### [LA GINECÓLOGA // POR: CROXVAMP](http://www.tatufics.com.ve/viewtopic.php?f=16&t=4703#p491745)

**Prólogo**  
  
Elena Katina despertó entre sollozos aquella madrugada. Había vuelto a tener esa pesadilla, pero lo peor era que ese horrible sueño estaba a punto de cumplirse. Tres semanas, en tan solo tres semanas se casaría aquella persona que consideraba el amor de su vida, la primera mujer a la que había amado, la única persona que había provocado en ella ese agradable cosquilleo en el estómago. Sí, y todo había sido culpa suya.  
  
Creo que antes de seguir con la narración debo contaros la historia de Elena.   
  
Elena, o Lena, como todo el mundo la llamaba, era la hija menor del magnate ruso Serguey Katin y de su esposa Inessa. Tenía 25 años y era bellísima, con una melena pelirroja y rizada que junto con sus pecas le daban un toque sensual, y unos ojos verdes grisáceos que le otorgaban una mirada felina. Era hermana de Anna (Anya) Katina, de 28 años, la cual se había encargado de ella desde la muerte de sus padres, que tuvo enormes consecuencias psicológicas para la pobre Lena. A los 16 años comenzó a ir a la consulta de un psicólogo, Yuri Vasiliev, el cual la aconsejó y le ayudó durante 8 largos años, incluso cuando hacía ya tiempo que psicológicamente no necesitaba la terapia. A los 23 años, Lena Katina había contraído matrimonio con el abogado Andrei Sokolov, un lince en su campo. La relación de noviazgo había sido tortuosa en sus inicios, sobre todo porque Andrei no era demasiado bien recibido en la casa ni por Anya ni por su marido, Vladimir Kozlov. La rivalidad entre los dos hombres se había hecho patente desde el primer día que se habían visto las caras, cuando Andrei consiguió que la ex mujer de Vladimir se quedase con todo tras el divorcio. Sin embargo, ella lo quería y él la quería, por lo que no encontraron ningún impedimento para contraer matrimonio.  
Todo se complicó cuando, un año después de su boda, su psicólogo se retiró y dejó el puesto a su hija, Masha Vasilieva. Al principio Lena la había tratado tan mal como solía tratar al servicio de su gran mansión, y con una desconfianza acrecentada por los incipientes sentimientos que sesión tras sesión se desencadenaban en ella. Lena no era estúpida, aunque se esforzase en parecerlo, sabía perfectamente que estaba empezando a sentir algo por su psicóloga, algo que nunca había sentido por ningún hombre. Y no solo eso, sino que cada vez se sentía más atraída hacia ella, hasta el punto de perder todo el interés que podía haber sentido por los hombres. Pero eso estaba mal, era antinatural. ¿Dos mujeres? Eso no podía ser, estaba mal. ¿Qué pensarían los demás? Y sin embargo no podía dejar de pensar en ella.  
Todas estas preguntas e inquietudes fueron las que destruyeron su relación con Masha. Su homofobia.  
Cuando por fin pudo acercarse a la psicóloga (que en un primer momento la mantuvo alejada por creer que era una mero proceso de transferencia erótica psicólogo-paciente), cuando había dejado a su marido (o más bien él a ella al encontrarla en la cama con Masha), cuando todo parecía estar dispuesto para que su amor triunfase, ella tuvo que mantener su mente cerrada. Seguía repitiendo que eso estaba mal, que no podían mostrarlo en público ni decírselo a su familia. Masha no pudo más y cortó la relación, era lo más sensato.  
Siete meses después, cuando finalmente Lena parecía hacer algún avance para erradicar su homofobia y así reconquistar a su amor, descubrió que Masha había encontrado a alguien que le podía dar lo que ella no había querido darle, a otra mujer de la que se había enamorado y con la que planeaba casarse lo antes posible, y eso la había destrozado.  
  
Volvamos a la historia. Lena se levantó y pasó al baño de su cuarto. Encendió la luz y entrecerró los ojos por efecto del brillo. Cuando se hubo acostumbrado, se lavó la cara y los dientes, se echó sus cremas y se miró al espejo. ¿Cómo podía preferir a Oksana antes que a ella, que era una diosa en la tierra? Había hablado mil y una veces con Masha, incluso una vez llegaron a besarse, pero había sido inútil ¡Era de locos! Esa maldita bollera le había quitado el amor de su novia en sus narices. Porque Lena no era lesbiana, no, a ella le gustaba llamarse *“heteroMashasexual”*. Aunque sí que había sentido deseo por otras mujeres, Lena o era capaz de aceptar lo que inevitablemente era, lo que siempre había sido y se había negado. Todos los prejuicios que la sociedad (no su familia) le había instalado en la cabeza eran difíciles de borrar. ¿Qué dirían sus amigas si lo supieran? Lo más seguro era que no se volvieran a acercar a ella.  
Lena se dio una ducha y al salir se puso unos tejanos claros, un jersey color crema fino y escotado y unos tacones elegantes y se arregló el pelo con ahínco. Cogió el móvil y las llaves del coche y cuando el reloj marcó las 6:30 h. salió de su habitación dispuesta a hacer un último intento para que Masha entrase en razón.  
Atravesó la casa evitando criados que se movían de un lado para otro preparándolo todo para el desayuno de sus jefes.  
  
- ¿No vas a desayunar, Lena? – preguntó una voz a su espalda antes de abrir la puerta de salida.  
- ¿Eres estúpida?, ¿no me ves irme? – se dio la vuelta con el ceño fruncido para ver a la osada y anciana ama de llaves –. Y como me vuelvas a llamar por mi nombre de pila, Svetlana, te aseguro que vas a durar muy poco en esta casa; para ti soy la señorita Katina.  
- Vamos, señorita, si llevo toda la vida en esta casa, prácticamente la he criado, no se ponga así.  
  
Lena soltó un suspiro, no estaba de humor para soportar impertinencias del servicio. Salió dando un portazo y pasó al garaje, donde arrancó su Fiat 500 Barbie color rosa tras bajar el capó. Salió del garaje y se paró en frente de la puerta de salida esperando que el portero la abriese. Esperó un minuto, dos, cinco… Salió del coche y se dio cuenta de que el empleado no estaba en su puesto de trabajo. Entró en la portería y a través del cristal pudo ver como el portero y el jardinero estaban absortos con algo que había en la calle. Eso era el colmo para Lena.  
  
- ¡Nikolaj! – le gritó -. ¿Se puede saber qué haces vagueando? Llevo casi diez minutos esperando a que abras la ma.l.dita puerta. ¿Para qué te pago?  
  
El joven portero se dio la vuelta de pronto al ver llegar a su jefa echa una furia. Le dio un pequeño golpe con el codo a Sasha, el jardinero, que se dio la vuelta al instante y miró hacia el suelo deseando ser invisible.  
  
- Discúlpenos, señorita Katina, pero estábamos viendo la mudanza de la casa de la mansión de al lado, al parecer el señor Viktor ya la consiguió vender – se explicó Kolia -. Ahora mismo le abro.  
  
El portero y el jardinero salieron corriendo del lugar antes de que su jefa tuviese tiempo para despedirlos. Elena miró curiosa el camión de la mudanza del que no dejaban de salir operarios cargados con cajas en dirección a la casa, y su interés aumentó al ver pasar un Opel negro excesivamente lujoso que aparcó al lado del camión, pues el tránsito de gente no le permitía pasar al garaje. Pero aquello que más la maravilló fue aquella muchacha morena y con unos maravillosos ojos azules que se bajó del vehículo…

**Capítulo 1: El de porque está obsesionada**  
  
Lena pudo escudriñar a gusto a la muchacha desde la lejanía mientras hacía grandes esfuerzos para que no se le cayese la baba y no parecer una lesbiana pervertida. Sus morenas piernas, su cinturita de avispa, aquellos pechos que se atisbaban a través del pronunciado escote de su camisa blanca cuyas mangas había remangado hasta los codos, su sonrisa coqueta con una chispa de picardía, la corta melena azabache que le caía desordenada hasta los hombros y, finalmente, esos ojos azules a través de los cuales podía ver el firmamento. Sí, desde luego esa mujer era toda una belleza. ”¿En qué estás pensando, Elena Katina?”, se dijo sacudiendo la cabeza para volver al mundo real, “es una mujer, y desde luego no es Masha”. El sonido de la puerta al abrirse la sacó de su ensimismamiento y avanzó con ritmo veloz hasta su ostentoso coche.  
  
- La nueva vecina está como un tren – oyó decir a Sasha, que estaba hablando con Nikolaj, cuando estaba arrancando el Fiat -. Cómo me encantaría tenerla así – hizo un gesto a nivel de la cintura bastante obsceno y grotesco mientras se reía -. Le iba a dar yo la bienvenida al vecindario.  
- Ni te esfuerces, jardinerucho de cuarta, está muy lejos de tu alcance – comentó Lena con la ventanilla bajada mientras salía con cuidado para no tener un accidente en la puerta de su casa.  
  
No era que le hubiese molestado que dirigiese esas vulgaridades sobre la nueva vecina en concreto, pero le resultaba repugnante que el servicio, gente de clase baja, se atreviese a proferir obscenidades refiriéndose a gente superior a ellos.  
  
  
Hacía por lo menos una semana que no había ido a la consulta de Masha. ¿La razón? Era obvio, ella le había pedido que se buscase otro psicólogo. Pero eso no importaba en ese momento, ese iba a ser el último intento desesperado por recuperarla (o eso decía siempre). Sentía que la chica la seguía amando, sabía que la seguía amando, pero le había hecho mucho daño, de eso era perfectamente consciente. Masha tenía que perdonarla, ¿dónde había quedado aquello de que el amor lo puede todo? No podía estar con Oksana, era una lesbiana demasiado masculina, le faltaba el camión, y el suyo era un camión de bomberos, con la sirena, la escalerita extensible y todo. Lena no, ella era muy femenina, incluso más que la psicóloga, la cual la miraba en ese momento sentada, como siempre, en su butaca con ese aire intelectual y tranquilo que la caracterizaba. Estuvieron así, en silencio, durante unos minutos hasta que por fin una de ellas se decidió a hablar.  
  
- Creí haberte dicho que no quería volver a verte – dijo Masha, que acto seguido soltó un profundo suspiro de resignación que resonó por toda la sala -. Y menos tan temprano.  
- No voy a dejar de intentarlo, mi amor, y lo sabes – Lena se acercó a la posición de la psicóloga y se arrodilló enfrente de ella. Acto seguido, la tomó de las manos y la miró directamente a sus ojos castaños -. Sé que me sigues amando, lo sé, me lo dice tu mirada, tus palabras, incluso cuando me das calabazas y me pides que te deje en paz puedo percibir lo que sigues sintiendo por mí.  
  
Masha se libró de las manos de la pelirroja con un gesto que casi resultó brusco. Se levantó y se alejó unos pasos de ella, acercándose a una de las pequeñas ventanas con marco de aluminio que proporcionaban luz natural a la consulta. Observó un rato el tráfico de las calles de Moscú, pensando en qué podía decirle a la chica para que la olvidase de una vez, porque ella iba a casarse con Oksana, que había resultado ser el amor de su vida, pero la obsesiva insistencia de Lena estaba empezando a desgastar su relación. Tenían cada vez más peleas, y siempre por lo mismo, así que iba a cortar esta cadena de persecución en la que se había visto envuelta. Se giró para mirar a la pelirroja, que se había sentado en su sillón de terapeuta y tenía la cabeza enterrada entre las manos. Sí, una vez la quiso y mucho, pero su desprecio hacia su sexualidad y la vergüenza que demostraba sentir por su relación habían conseguido que el amor que sentía por aquella personita alocada se convirtiese en desesperación por librarse de esa chica irritante y cerrada de mente que había resultado ser.  
  
- Elena, tienes un problema – dijo con un tono serio que trató que resultase lo más profesional e imparcial posible -. Creo que deberías hablar de esta obsesión malsana con otro profesional, sinceramente.  
- No estoy obsesionada, Masha – respondió escandalizada y se acercó hacia ella intentando tomarla de nuevo de las manos, pero ante sus evasivas desistió -. ¿Es que no puedes ver cuánto te amo?  
- No dudo que me amases hace tiempo, pero ahora ya no lo haces. Siete meses, siete largos meses tardaste en hablar conmigo después de que lo dejásemos, pero de repente te enteras de que me voy a casar con Oksana y recuerdas que me amas locamente.  
- Mi amor…  
- ¡Nada de “mi amor”, Lena! Estás enfadada porque ella es mejor para mí de lo que tú nunca lo fuiste, y solo quieres estar conmigo porque si te acepto tú serías ante tu propio juez interior “mejor” que Oksana, pero no me amas, no lo repitas más.  
  
Se hizo un denso silencio solamente interrumpido por el amortiguado sonido del tráfico y las respiraciones de las chicas, agitadas por la tristeza y la desesperación que ambas estaban sintiendo por causas totalmente opuestas. Lena se preguntaba si era posible, si podía volver a estar confundiendo sus sentimientos. Era muy cierto que no podía ni ver a la “leñadora” de Oksana, como ella la llamaba, pero eso no quería decir que por ello sintiese esa necesidad de estar con la psicóloga. Ella ya era muy superior a la leñadora, sus posesiones y la posición de su familia lo avalaban. Pero lo que sí era cierto es que solo sentía esa necesidad en sí misma, es decir, ya no pensaba en ella a todas horas ni anhelaba el roce de su piel tanto que tenía que llamarla a horas intempestivas de la noche para encontrarse en un hotel (porque por supuesto no iba a llevarla a su casa, lugar sagrado perteneciente a su familia), simplemente quería que volviese a ser suya, su posesión. Entonces… ¿ya no era lesbiana?, ¿o sí? Que supuestamente ya no amase a Masha no significaba que no lo fuese… Por hombres no se había sentido atraída, al menos no significativamente, y por mujeres… ¡No!, esa era su oportunidad de escapar de ese círculo de vicio antinatural y pecaminoso en el que había entrado y que la había confundido durante más de un año. Era su oportunidad para volver al redil y sentir la atracción natural hacia los hombres, como siempre debió ser.  
  
- No quiero que vuelvas por aquí a acosarme, Elena – le advirtió la psicóloga -. Si lo haces organizaré un escándalo que no te conviene para nada.  
  
Abrió la puerta para invitar a la pelirroja a irse. y cuando por fin esta hubo salido cerró con un portazo que hizo que Lena tuviese los oídos doloridos durante unos minutos y que la secretaria se girase asustada para mirarla.  
  
  
Volvió a la mansión a eso de las 12:00 h. Por curiosidad, miró a la izquierda antes de entrar en su propiedad. El camión de la mudanza y el Opel negro habían desaparecido. Al entrar a la casa pasó primero por la cocina y ordenó que le preparasen un sándwich vegetal como a ella le gustaba. En realidad era un sándwich de lechuga, sin nada más porque aún no era la hora de la comida. Aunque Anya le había echado muchas veces la bronca por no comer lo suficiente, Lena siempre le respondía “para tener un cuerpo escultural como el mío tienes que dejar de comer cosas que chorreen grasa, apúntatelo en algún lado”. Y era cierto que no se podía encontrar ni un gramo de grasa de más en el vientre plano de la pelirroja o en sus caderas, ni siquiera en sus perfectos y estilizados muslos. Una dieta baja en grasas y un horario estricto de ejercicios le habían otorgado un cuerpo perfecto, pero había que mantenerlo a diario. Lo cierto era que la maravillosa lotería genética que le había dado unos atractivos rasgos no había hecho lo mismo con su metabolismo, que era más lento que un caracol y le causaba una enorme tendencia a engordar. Lena recordó con una mueca de desagrado su más tierna infancia. Era la “niña bola”, o así la llamaban todos sus compañeros.  
  
Una vez terminado el almuerzo decidió relajarse un poco viendo la televisión. Estaba triste y confusa, y una horita de programación banal e insulsa era lo que le hacía falta para desconectar del horrible mundo en el que vivía. Eso sí, después iría derechita a hacer unos abdominales y unas cuantas sentadillas. Avanzó por el pasillo hasta llegar a una gran sala blanca amueblada con una mesa de cristal larguísima con sus correspondientes sillas a juego y decorada con varios cuadros de arte moderno que no entendía, que estaba conectada con el gran salón donde la esperaban su televisión de plasma de 150 pulgadas y los cómodos sofás de cuero negro. Iba a hacer el vago como nunca en su vida, y eso que no trabajaba, o eso creía ella. Tenían visita.  
  
- ¡Oh, Lena! ¿Dónde te habías metido? No te he visto en todo el día – la regañó Anya desde su ansiado sofá -. Te presento a nuestra nueva vecina, Yulia Volkova.  
  
Sí, Anya siempre adoptaba ese exagerado papel de mamá. Miró hacia donde señalaba su hermana y volvió a quedarse pasmada con esos ojos azules como el cielo. La morena se había cambiado de ropa, en ese momento llevaba puesto una camisa holgada de manca corta y unos pantalones vaqueros cortos. Además, se había recogido el denso flequillo hacia atrás con un par de horquillas negras que se camuflaban entre sus cabellos confiriéndole, así, más luz a su tostado rostro. Yulia se levantó y Lena, que a pesar de quedar encandilada por la belleza de la joven estaba muy harta de su confusa sexualidad ese día, se limitó a saludarla con un ligero apretón de manos y, viendo que le iba a ser imposible relajarse viendo la televisión, se dejó caer sobre la presidencial butaca que había pertenecido a su padre. A pesar de lo que parecía era muy cómoda y no sobresalía ninguno de los hierros interiores, no como pasa con los modelos actuales. Butacas así ya no se hacían.  
  
- ¡Lena! – la reprendió de nuevo su hermana.  
- ¿Qué? – Lena frunció el ceño sin saber qué había hecho mal.  
- Es Yulia Volkova – insistió Anya, pero su hermana menor puso la misma cara que cuando intentaba resolver un problema con integrales en el bachillerato -. Te he hablado mil veces de ella, es la distinguida ginecóloga que hemos contratado para que ocupe el puesto del doctor Nóvikov ahora que se jubila.   
  
¡Es cierto! Se me ha olvidado contároslo. Anya, al ser la hermana mayor, se hacía cargo de todas las empresas que sus padres les habían dejado al morir, pero también poseía la carrera de medicina, por lo que había fundado a sus 22 años una clínica en honor a sus padres que se había ganado gran renombre a nivel internacional. Allí trabajaban los mejores médicos de toda Rusia, de eso se podía estar seguro.  
  
- Es una eminencia reconocida a nivel mundial – prosiguió intentando que su hermana quitase esa cara de aburrimiento.  
- Para, Anna, o vas a hacer que me ruborice – dijo Yulia con una sonrisa tímida en el rostro.  
  
En ese preciso instante Lena pensó que se le iba a caer la mandíbula al suelo, por lo que apretó los dientes y se levantó de si asiento con bastante esfuerzo.  
  
- Genial, yo me voy a hacer mis ejercicios – comentó avanzando hacia las escaleras que la llevarían a su cuarto -. Un placer, señorita Volkova.

**Capítulo 2: El de porque es una irresponsable**  
  
Una semana había pasado desde que había salido de la consulta de la psicóloga. Bueno, una semana, seis horas y cuarenta y tres, cuatro, cinco… segundos. Sí, llevaba la cuenta. La mente de Lena Katina era en ese momento una mezcla desordenada y homogénea de sentimientos encontrados. ¿De verdad estaba obsesionada? Masha lo había significado todo para ella, o al menos eso había pensado, porque a dos semanas de la boda de la psicóloga ella solo podía pensar en si la camionera llevaría un frac. Era imposible, ¿cómo iban a hacerlo? ¿Sería una de esas bodas cutres en las que ambas llevarían vestido o ambas llevarían traje? Precisamente por eso las mujeres no deberían poder casarse, o eso era lo que pensaba ella. No tenía sentido ninguno. A ver, cuando el cura/juez/lo que fuese que utilizasen para oficiar la ceremonia dijese “ya puede besar a la novia”, ¿a cuál de ellas se referiría? Obviamente debía ser a Masha, porque la otra de “novia” tenía más bien poco. Si hubiese dicho “torta” sería otra cosa, pero “novia”, no, imposible. Igualmente no lo sabría, pues, como es evidente, no estaba invitada a la ceremonia.   
Lena había dedicado aquella soleada mañana de junio a recoger en una caja todo lo que le recordaba a la psicóloga, y se había sorprendido al descubrir que apenas había media docena de cosas: la camiseta que se puso la primera vez que hicieron el amor, el CD favorito de Masha, la tarjeta de su consulta, la entrada de la primera y única película que fueron a ver pues aunque la sala era oscura eso era demasiado público como para estar saliendo con ella todos los días, la única foto que se habían tomado juntas y el lazo que había envuelto el regalo de cumpleaños que le había hecho la psicóloga: un osito de peluche con un corazón que decía “TE QUIERO” al apretarle la barriguita y un folleto para una casita rural en el extrarradio en la que pasaron dos hermosos días fuera de la vista de la sociedad. Si lo pensaba con detenimiento, Lena se había portado realmente mal con su ex novia; no solo la había amargado con sus comentarios acerca de la homosexualidad, sino que también había arruinado todos sus planes para que no la viesen con ella en ningún lado. Ni siquiera recordaba haber ido nunca con ella a tomar un café.   
  
-Es perfectamente comprensible que me odie – suspiró con resignación mientras metía la caja en el armario, un lugar que le había parecido más que conveniente.  
  
Después de hacer su rutina de ejercicios diaria, Lena se metió a la ducha y en ese mismo instante empezó a sonar su móvil. Cómo no. Cerró el grifo y, maldiciendo entre dientes, se enrolló en una toalla para cruzar su cuarto hasta llegar al dichoso aparato sin mojar demasiado el suelo. Lo trasladó hasta el baño, dejándolo encima del lavabo, descolgó el teléfono y lo puso en modo altavoz con el mayor volumen posible para después volver a la ducha y abrir el grifo.   
  
- ¡¡¡¡¡Lenka!!!!! – gritó una muchacha desde el otro lado de la línea -. ¡Esta noche fiesta!  
- Me estoy duchando, Olya – le respondió sin muchas ganas de juerga -. ¿Se celebra algo?  
- ¿Cómo que si se celebra algo? – preguntó indignada su amiga -. ¿Hace falta que se celebre algo para irnos de fiesta todas nosotras?   
- No, la verdad es que no – respondió enjabonándose el pelo.  
- Vamos, Lena, no todos los días puede reunirse todo el grupo…  
  
Lena comenzó a aclararse el jabón con cuidado de que no le entrase en los ojos. Lo cierto es que hacía mucho tiempo que no veía a sus amigos. Ellos eran la élite de Rusia, y no lo decía ella, sino todas las revistas del corazón. Todos eran hijos de gente importante, pero lo más curioso es que cada una de sus amigas tenía el nombre de una de las Grandes Duquesas de Rusia: Olga (Olya), Tatiana (Tanya), María y Anastasia (Nastia); y por supuesto, el que no podía faltar, el hermano mellizo de Nastia, Alexey. Para Lena había sido siempre divertido en extremo salir con el grupo, conocía a Olga desde que eran pequeñas y se habían criado juntas, pero cada vez que salían a algún lugar todo se llenaba de paparazzi y sus nombres salían en las revistas sensacionalistas como: “la familia real y Elena Katina”. Cuando estaba con ellos, a pesar de tener su mismo estatus, se sentía inferior, y eso la molestaba bastante. Sin embargo, de entre todos no podía darle negativas a Olya, ella era como “la hermana que nunca tuvo”. Bueno, eso suena un poco cruel, pero Anna siempre se comportó más como su madre que como su hermana mayor.  
  
- … y vamos a buscar a unos chicos que nos hagan ver las estrellas – oyó concluir a su amiga cuando se lió con una toalla.  
  
Bien pensado, aquello podría tener su lado práctico. Por un lado podría olvidarse de todos sus problemas durante un tiempo, y por otro podría comprobar si definitivamente le gustaban los hombres o no. Era curioso, pero siempre le había gustado el sexo con los hombres y la idea del sexo con los hombres hasta que lo había hecho con Masha. Ese día su mundo se había vuelto patas arriba.  
  
- De acuerdo – contestó mientras se secaba el pelo con la toalla -. ¿A qué hora?  
  
Era ya media noche cuando “la familia real” y Elena Katina aparecieron por la discoteca más famosa de todo Moscú. La gente les abría paso con respeto para que pudiesen acceder al lugar, anonadados con el halo de seguridad y suficiencia que destilaba cada uno de ellos. Pero la más deslumbrante de esa noche fue sin la menor duda Lena, que había pasado tanto tiempo sin ir a fiestas que casi había olvidado lo bien que se podía sentir siendo admirada y deseada por todos y atosigada por la prensa. Se había puesto un vestidito negro brillante de finos tirantes que llegaba hasta la mitad de los muslos y con un escote palabra de honor que se ajustaba perfectamente a sus voluptuosas curvas dejando ver las sensuales pequitas que poblaban sus hombros, y lo había combinado con un brazalete plateado regalo de su hermana, un collar de finas cadenas y unos zapatos de tacón negros. Estaba despampanante, lista para la caza, y los demás lo habían notado.  
Se sentaron en uno de los sofás cercanos a la pista de baile y Alexey fue a por las bebidas. Esperaron unos segundos charlando animadamente del ambiente del lugar hasta que vieron aparecer al muchacho de pelo castaño y rizado apareciendo junto al barman, que dejó encima de una mesita de madera negra una botella enorme de vodka y seis vasos de chupito para después retirarse.  
  
-¿Y esto? – preguntó Nastia con el ceño fruncido.  
- Para que no tengamos que ir constantemente a la barra para pedir más copas – rió su hermano y empezó a servir el vodka.  
  
Estuvieron haciendo tiempo hasta que empezasen a entrar en calor. Para ellos no tenía ningún sentido empezar a bailar sin estar achispado. Lena intentaba participar activamente en la conversación ocultando todo lo que podía acerca de su vida y, al mismo tiempo, buscaba entre la multitud a aquel que sería su presa aquella noche. Estaba empezando a sentirse un poco contenta cuando reconoció a alguien entre el tumulto de gente. Ahí estaba, con una camiseta roja holgada que dejaba entrever sus morenos senos y unos pantaloncitos cortos seguidos de unas calcetas altas del mismo color que reafirmaban sus tersos muslos. Lena pudo observar que se había alisado el cabello completamente dejándolo con algo de volumen y que había desplazado la raya del pelo levemente a la izquierda dándole un toque más juvenil. Además, había resaltado con lápiz negro esos hermosos ojos azules que atrapaban continuamente la mirada de la pelirroja. Yulia Volkova. Si no se equivocaba, Lena había oído a su hermana decir que tenía incluso un año menos que ella, pero que era más madura, más responsable y bla, bla, bla… La morena estaba bailando junto a sus amigos una canción muy animada del grupo “The Pretty Reckless”, Lena creía recordar que la canción se llamaba “Goin’ down”. De cualquier forma, le estaban entrando unas ganas atroces de ir a bailar.  
  
- Chicos, ¿estáis ya lo suficientemente borrachos? – les preguntó y los demás asintieron.  
  
Su grupo ocupó el centro de la pista de baile, casualmente justo al lado de los amigos de la morena, pero antes de seguirlos necesitaría un poco más de líquido que la inhibiese. Cogió la botella de vodka por el cuello y se terminó el resto de su contenido que, a decir verdad, era un cuarto de la botella. Genial, ahora iba a tener un problema con la bebida. Se limpió el resto de líquido que había quedado en sus labios con la yema de los dedos y se lanzó hacia la pista mucho más contenta. Empezó a bailar animadamente junto a sus amigos, y pronto empezaron a acercársele “moscones”. Los chicos se aglomeraban alrededor de las muchachas, bailando pegaditos a ellas mientras los focos de la discoteca empezaban a hacer su trabajo y convertían la escena discotequera en una noche de desenfreno. En cierto momento, y a pesar de las parpadeantes luces que la hacían marearse y ver su alrededor en fotogramas, Lena pudo observar cómo Yulia la miraba. Sí, la había visto y la estaba mirando de una forma que no supo o no quiso entender. No estaba ahí para lanzarse miraditas con morenas de atrayente piel bronceada, no, estaba ahí para fol.lar con algún hombre que la hiciese volver a su acera.  
El alcohol, la atmósfera y la persistente mirada lobuna de la morena estaban haciendo su efecto en Lena, y comenzaba a sentir como su cuerpo se estaba calentando. Quiso ponerse de espaldas a ella, pero seguía sintiendo su mirada clavada en su nuca, y eso la excitaba más. No lo pensó, simplemente agarró a uno de los moscones por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia el baño que, afortunadamente, estaba desocupado. Se encerraron en uno de los cubículos y el muchacho, de unos veinte años, comenzó a besarla. Se notaba que el muchacho se esforzaba en cuanto a la técnica, rozando su lengua con la de ella pasionalmente, pero Lena no sentía nada, era más, todo eso la estaba empezando a hacer sentir incómoda. Pero no había por qué alarmarse, quizá el muchacho simplemente no era un buen besador. Faltaba la prueba definitiva. Empezó a desabrochar el cinturón del muchacho mientras éste la besaba con ahínco en el cuello, bajó su bragueta y el joven la empujó contra una de las paredes. Lena enroscó sus piernas alrededor de su cintura y el chico, tras sacar algo de un bolsillo, terminó de bajarse los pantalones.   
  
- Espera, espera – dijo con voz entrecortada mientras abría el paquetito del preservativo con los dientes -.Joder, como quema. Eso me pasa por bailar al lado de los focos.  
  
Sí, ya casi se le había olvidado. El condón, ese magnífico amigo de látex. ¿Hacía cuanto que no había visto uno? ¿Un año, un año y medio? Sí, eso no sonaba muy heterosexual, pero ella no era lesbiana. El muchacho terminó de colocarse con cuidado el condón en el erecto miembro y recolocó a Elena a su gusto contra la pared del cubículo. Fueron dos segundos, de reloj, dos segundos en los que Lena por fin vio la realidad, dos segundos en los que el muchacho tardó en introducirse dentro de ella y romper el condón. De verdad, la gente necesitaba más educación sexual y menos clases de religión. ¿Nadie le había dicho que los condones se desgastaban por culpa del calor? Eso lo sabía hasta ella, que era lesbiana. Porque sí, ya no había duda, era homosexual. Le había parecido tan grotesco, poco placentero y antierótico el breve acto que no podía seguir engañándose… O puede que fuera por el alcohol que empezaba a marearla. Bueno, ya lo pensaría por la mañana. El chico se quedó mirando el condón roto e hizo un ademán de continuar con el acto, pero Lena lo separó de un empujón, se colocó la ropa interior en su sitio y salió del baño, no sin antes retocarse el pelo con ayuda del espejito que había encima del lavabo.  
  
Abandonó la discoteca antes que sus amigos y tomó un taxi para ir a su casa. Se encontraba realmente mal, como si tuviese una batidora encendida dentro del estómago. “Nunca más, Lena, nunca más”, se repetía mientras entraba corriendo en su cuarto y llegaba con el tiempo justo para vomitar dentro del retrete. Si hubiese visto esa escena en tercera persona le habría parecido penosa, penosa y vulgar, como había resultado ser su noche de glamour. Cuando vació todo su estómago se incorporó lentamente apoyándose en el lavabo, se lavó la cara y los dientes y, a pesar de que no estaba en muy buenas condiciones, se aplicó su crema de noche. Después dejó caer el vestido al suelo, colocó el brazalete en la mesilla de noche y se tiró a la cama, quedándose completamente dormida. Esa noche, contra todo pronóstico, sus ebrios sueños estuvieron únicamente ocupados por esa mirada azul de la discoteca.  
Le hubiese gustado dormir ininterrumpidamente hasta el medio día siguiente, pero un gran golpe la despertó de su sueño. Levantó pesadamente la cabeza, aún no había amanecido y tenía una resaca horrible. Salió despacito al balcón y oyó como los golpes venían del tejado. Estiró una pequeña escalerita y, subiendo con precaución para no marearse y caer, observó como el jardinero y el portero estaban sentados en sillas plegables, cada uno con unos prismáticos. Era evidente hacia donde estaban mirando.  
- Sois unos malditos pervertidos – les gritó Lena enfadada provocando que los empleados se sobresaltasen y que le diese una profunda punzada en las sienes. Nota mental: no gritar cuando tienes resaca.  
- ¡Señorita Katina! – gritaron ambos saltando de las sillas y produciéndole mayor dolor de cabeza -. Nosotros estábamos… mirando las estrellas.  
- ¡Taparos, por favor! – gritó Lena sintiendo que le explotaría la cabeza… o los ojos al ver que ambos muchachos estaban empalmados. Ambos chicos plegaron las sillas y las utilizaron para taparse mientras se ponían más rojos que el pelo de su jefa -. Solo os quiero volveros a ver por aquí para que recojáis vuestro finiquito, ¡fuera de mi casa!  
  
Los chicos se pusieron del color de la leche y bajaron corriendo del tejado. Semejante nivel de ordinariez e irrespetuosidad no era normal ni siquiera en aquellos plebeyos. Agarrándose la cabeza para que no se le cayese, Lena cogió con asco uno de los prismáticos y los dirigió hacia donde habían mirado aquel par de degenerados. Se observaba la mansión de Yulia Volkova, muy parecida a la suya, pero ella tenía una gran piscina en el jardín en la cual pudo apreciar dos figuras. Se puso del color de su cabello cuando distinguió exactamente qué eran. La morena estaba con una muchacha, desnuda, en su piscina, besándose y más cosas que la profundidad del agua no le dejaba distinguir. Su morena piel era bañada dulcemente por los blancos rayos de la luna mientras hacía jadear a una afortunada chica que se agarraba frenéticamente a su pequeña espalda. Lena dejó caer los prismáticos y bajó lentamente a su habitación para después enterrar la cabeza debajo de la almohada. Sí, Yulia Volkova era lesbiana, y eso no podía evitar producirle al mismo tiempo un sentimiento de felicidad y otro de miedo.  
  
  
  
  
Seis días habían pasado desde que había pillado a esos dos depravados espiando a su vecina. Cuando se le hubo pasado la resaca, Lena le explicó a su hermana las razones que la habían llevado a despedir a semejantes elementos, y Anna había estado de acuerdo con su decisión, incluso le había dicho que estaba empezando a madurar poco a poco. Por supuesto habían tenido que renovar el servicio, y para ello Anya había pedido consejo al ama de llaves e incluso a la misma Yulia Volkova. Al parecer, el hermano de su jardinero necesitaba trabajo y era bastante competente y fuerte, por lo que desde ese día Mijail Popov se había incorporado a su puesto de trabajo. Podía sonar a tópico, pero Lena lo veía bastante amanerado, y no era su aspecto ni sus movimientos, sino, cómo decirlo… su aura, era una extraña sensación que le transmitía. Más tarde, Lena sabría que su gaydar había empezado a funcionar. Pero no adelantemos acontecimientos. En el puesto de jardinero colocaron a un muchacho que recomendó Svetlana, Dimitri Sokolov, o Dima, como a partir de ese entonces lo conocerían todos. Era un muchacho bastante joven, era fuerte, pero su constitución delgada lo hacía parecer todo lo contrario. Pronto conocieron el temperamento de Elena Katina, pero, siguiendo los consejos que les habían dado previamente, intentaron sobrellevar la situación lo mejor posible.  
Bueno, y dejando los hechos banales que se sucedieron en ese tiempo, pasemos a lo importante. Como he dicho antes, habían pasado seis días. Lena se levantó esa mañana antes de que la pesada de Katja, su criada, la llamase para desayunar. Fue corriendo al baño y cuando quiso orinar sintió un profundo ardor que hizo que se le saltasen las lágrimas.  
  
- ¡M.ier.da! – gritó entre dientes.  
- Lena, ¿estás bien? – su hermana, que la había oído gritar apareció en la puerta del baño sin llamar ni nada.  
- Sí, Anya, estoy gritando de felicidad – respondió con enfado -. ¡Dios, como arde!  
- Eso no es nada normal, deberías ir al ginecólogo.  
- ¿A qué ginecólogo? El doctor Nóvikov se ha retirado – se levantó del retrete subiéndose los pantaloncitos del pijama con cuidado y se lavó las manos.  
- ¿Cómo que a qué ginecólogo? Pide una cita en la consulta de Yulia, tonta.  
  
Lena se quedó petrificada mirando a su hermana. Cerró el grifo y se secó las manos antes de levantar el dedo índice acusadoramente.   
  
- ¿Me estás diciendo que vaya a la consulta de una bollera para que me inspeccione ahí? – preguntó con un tono que rezumaba indignación.  
- Para ya con la homofobia, ¿quieres? Yulia es una profesional, no te va a pasar nada – dijo su hermana con un suspiro de decepción.  
- Eso tú no lo sabes – Lena se metió en la ducha sintiendo un gran dolor en la zona inguinal.  
- Lena, ella es también mi ginecóloga y mírame – extendió los brazos –. El otro día tuve una consulta con ella y estoy enterita. Venga, que no muerde.  
  
La pelirroja se quedó en silencio unos segundos sopesando la posibilidad de aceptar el consejo de su hermana. Desde luego, ir con una infección o lo que fuese que tenía a la consulta de una doctora lesbiana la incomodaba bastante, pero, aunque quisiese ocultarlo, le daba bastante vergüenza hablar con Yulia Volkova. Últimamente la había estado observando bastante, y no como una obsesa depravada como Nikolaj o Sasha, sino que cada vez que salía a la calle a correr no podía evitar echar un vistazo a través de la valla que delimitaba su jardín. Eso del lesbianismo la estaba afectando más de lo que se esperaba. Se secó rápidamente y salió del baño.  
  
- ¿Para qué vas tú a la ginecóloga? – preguntó con el ceño fruncido mientras se ponía ropa decente.  
- Vlad y yo estamos intentando tener un hijo, pero nos está costando un poco.  
- Ya decía yo que escuchaba muchos gemidos por la noche, empezaba a creer que había fantasmas en la casa – sonrió.  
- ¡Lena! – la reprimió su hermana escandalizada.  
- Aunque, bueno, no sé como no lo he sabido antes – comentó mientras bajaban por las escaleras - . Los gemidos eran algo así como: ¡oh, Vlad!, ¡oh, sí Vlad! ¡Vlad!   
- ¿Alguien me llama? – preguntó el aludido que acababa de salir de la cocina.  
- Sí, Anya te busca – sonrió tras coger una tostada de la bandeja del desayuno y abrir la puerta.  
- ¡Lena! – la volvió a reprender su hermana, que estaba roja como un tomate -. Puede ser algo grave, hazme caso y ve.  
- ¿Por qué te crees que salgo tan temprano? Ánimo, tortolitos – les guiño un ojo y fue directa al garaje.  
  
  
Tardó poco más de veinte minutos, tráfico incluido, en llegar a la clínica. Solo había una persona esperando para entrar a la consulta en la que ya se podía ver una plaquita en la que ponía: “Dr. YULIA VOLKOVA – GINECOLOGÍA”. Le pareció algo inaudito que ella, una de las dueñas de la clínica, tuviese que esperar como cualquier otro paciente, pero como no estaba de humor para meterse en líos se limitó a pasar su tarjetita del seguro y esperar su turno. Media hora más tarde, la morena salió con una lista en a mano y pronunció su nombre con el ceño fruncido. Estaba muy guapa con la bata blanca y el pijama a juego. Lena se levantó despacio y pasó a la estancia. Estaba cada vez más nerviosa, aunque intentaba desesperadamente ocultarlo. Yulia le indicó que se sentase en una de las sillas de asiento de cuero que había enfrente de su escritorio y ella tomó asiento.  
  
- Bueno, señorita Katina, cuénteme que le pasa – dijo con una cálida sonrisa.  
- Pues mmm… esta mañana me he levantado con una necesidad urgente de orinar y al hacerlo he sentido un intenso ardor – respondió haciendo todo lo posible para no ponerse del color de su pelo.  
- De acuerdo – se levantó, abrió una cortina y se colocó unos guantes -. Por favor, quítese la ropa y póngase una de esas batas para que le eche un vistazo.  
  
Vale, eso ya se lo esperaba. Pasó a un pequeño cuarto donde dejó su ropa y se puso esa horrible bata de hospital. Al salir, Yulia la estaba esperando sentada en un taburete negro con ruedines enfrente de la mesa ginecológica. Tumbarse en esa posición siempre le había parecido bastante denigrante y vergonzoso, pero hacerlo estando la morena ahí le resultaba prácticamente imposible.  
  
- Adelante – le indicó la doctora.  
  
Lena se vio obligada a avanzar y a tumbarse con las piernas apoyadas en los dos brazos de metal que salían de la silla. Lo cierto era que la butaca en sí no era incómoda ni mucho menos, la incomodidad la proporcionaba la persona que iba a revisarte “los bajos”. Yulia levantó parte de la bata para dejar al descubierto la zona que necesitaba explorar.  
  
- Tienes toda la parte superficial hinchada – la informó mientras acercaba una mesita con herramientas -. ¿Y dices que te duele al orinar? – esperó a que Lena asintiese con la cabeza, pues no le salían las palabras -. ¿Sientes dolor en el abdomen o la pelvis?  
- Un poco – consiguió pronunciar.  
- ¿Has tenido relaciones sin protección dentro de un intervalo de siete días?  
- Mmm… más o menos – respondió comenzando a sentirse más incómoda de lo que ya estaba, si eso era posible.  
- ¿Cómo que más o menos?  
- El condón… se rompió al mismo empezar y paramos – finalmente, Lena se había puesto del mismo color que su cabello.  
- Siento decirle, señorita Katina, que esto tiene todo el aspecto de ser clamidias – la informó con tono frío y profesional -. Es una enfermedad infecciosa de transmisión sexual producida por una bacteria, pero tranquila, es de fácil curación. Aunque debería decirle a su pareja que fuese al médico para recibir el tratamiento.  
  
Ya, a su pareja. Lena ni siquiera le había preguntado su nombre. Ni siquiera le importaba, ni en ese momento ni mientras estaban juntos en el baño de la discoteca. Pero eso no se lo diría a la morena, no quería que pensase que además de irresponsable era una zo.r.ra. Puede que si lo mirabas desde una perspectiva medianamete normal, coger al primer tío que ves en una discoteca mientras estás borracha y cachonda por las miradas que te estaba echando la persona que ahora te estaba mirando los bajos e intentar fol.lártelo en los baños sí que la hacía parecer un poco p.u.ta, pero todo había sido por un bien mayor: aclarar sus dudas. Lo cual no significaba que le encantase eso de ser lesbiana, era obvio que iba a tener que ocultarse toda su vida y la gente creería que es una solterona, pero eso ya tendría tiempo de pensarlo más adelante. Yulia acercó un aparato parecido a unos prismáticos y orientó la luz hacia la zona que quería observar. Al coger un largo instrumento metálico con forma de pico de pato el temor se reflejó en la cara de Lena.  
  
- Tranquila, esto es un colposcopio y me permitirá obtener imágenes de las paredes vaginales, y esto otro se llama “espéculo” y sirve para abrir las paredes de la vagina y así poder explorar por dentro – la informo de modo bastante poco tranquilizador -. Es necesario por si la infección se encuentra también en zonas más profundas.  
- De… de acuerdo – Lena empezó a sentir que le faltaba el aire y a respirar con más velocidad cuando la doctora ajustó el colposcopio.  
- Vas a notar que está un poco frío, si te duele me avisas, ¿vale? – esperó a que la paciente asintiese y comenzó su labor.  
  
Aunque Yulia no tardó más de cinco minutos en su exploración, a Lena se le hizo muy largo. Al menos, al finalizar, la morena le dijo que no había signos de infección más allá de la parte más superficial, lo cual era una buena noticia. Le prescribió una serie de antibióticos y le ordenó abstinencia sexual por una semana (como si eso fuese a ser un problema), tras lo cual le dijo que volviese a verla a la consulta para otra revisión. En otro momento, en otras circunstancias, quizás incluso lo habría interpretado como una insinuación y se hubiese atrevido a responderle con una indirecta sutil, pero que la morena le hubiese recetado antibióticos para curarse una ETS no invitaba precisamente a ningún juego de seducción. Le hubiera encantado percibir al menos una cierta tensión sexual en el ambiente, o alguna mirada indiscreta de la doctora. ¿Qué podía haber más sexual que aquello? Bueno, a excepción del sexo en sí. Definitivamente no había sido una bonita primera toma de contacto, pero solo esperaba que aquello no acabase completamente con sus posibilidades con Yulia Volkova.

**Capítulo 3: El de porque no se debe mancillar la relación de una mujer y su ginecóloga, es lo más sagrado.**  
  
Elena Katina había evitado todo lo posible salir de casa durante esa semana. Cuando volvió de la consulta de Yulia tras pasar por la farmacia donde, por cierto, había pasado un bochorno enorme, su hermana le preguntó qué le había dicho la doctora. Por supuesto, se había visto obligada contárselo. Cierto es que Anna le echó la bronca por su irresponsabilidad y que acabaron gritándose, pero podía haber sido peor, podía no habérselo dicho, Anya podía haber hablado con Yulia y podría haber salido el tema, entonces sí se habría liado la cosa y la pelirroja, aunque se esforzarse en aparentarlo, no era tonta. El tratamiento era largo, pero al menos habían sido unas simples clamidias cogidas a tiempo y no un herpes o el VIH, eso habría sido horrible. Nota mental: nunca más fo.llar en baños con extraños.  
Cuando el nefasto séptimo día llegó Lena ya estaba mucho mejor. No le dolía al orinar, ya no tenía la región hinchada… Desde luego esos antibióticos que le había recetado Yulia habían hecho maravillas. “Como sea tan buena en su trabajo como en otros aspectos nos vamos a llevar muy pero que muy bien”, pensó Lena mientras esperaba a que la anterior paciente saliese de la consulta. Le resultaba en cierto modo liberador no tener que pensar en si los comentarios que asaltaban de vez en cuando su cabeza eran un producto de su aburrimiento o si de verdad sentía atracción por las mujeres. Habiendo salido de su confusión, solo un objetivo ocupaba su mente: conquistar a Yulia Volkova. La muchacha le gustaba y era lesbiana, además de ser su vecina. Eso era mucho más práctico que ir a un bar de esos de lesbianas y gays en donde la podía ver cualquier persona. Además la morena era ginecóloga, y por lo que había visto tiempo atrás desde su tejado parecía tener muy contentas a sus conquistas, y la pobre Lena llevaba sin fol.lar en serio unos… ¿Cuánto? No tenía ni que preguntárselo: siete meses y medio. Tener sexo cuando quisiese era una de las ventajas de estar casada, pero tuvo que jubilarse el maldito viejo y ser sustituido por Masha. Ella antes vivía feliz en la ignorancia de su verdadera sexualidad, lo había tenido todo: un marido, dinero, un futuro con niños… ¿y qué tenía en ese momento? Nada… bueno, el dinero. Todo por culpa de los malditos homosexuales, y sobre todo de Masha, que había despertado su lesbianismo dormido donde quiera que estuviese descansando.  
Se arregló unos mechones de la cabellera pelirroja justo antes de que Yulia apareciese por la puerta despidiendo con un gentil gesto a la paciente, una mujer de unos cincuenta y tanto años a la que seguramente acabaría de llegarle la menopausia. Al sentir la mirada de la pelirroja en ella, la doctora le hizo un gesto de la cabeza para que entrase en su consulta.  
  
- ¿Cómo se encuentra, señorita Katina? – le preguntó mientras abría la puerta del pequeño vestuario.  
- Perfecta – Lena sonrió y se metió para cambiarse.  
  
Al salir expuso una mueca por tener que volver a sentarse en la mesa ginecológica, pero como no le quedaba más remedio no hizo ningún comentario. Volvió a ponerse nerviosa una vez que Yulia se enfundó sus guantes dispuesta a hacer su trabajo. A penas cruzaron unas breves palabras. No le gustaba que la morena fuese tan fría, tan profesional, como si ella no le llamase la atención. Por el amor de Dios, Yulia era lesbiana y ella era una belleza rusa, ¿por qué narices no se fijaba en ella? Tumbada en la silla con las piernas separadas y mirando al techo, Lena frunció el ceño ante ese pensamiento.   
  
- ¿Le he hecho daño? – preguntó de repente la doctora con un tono preocupado mirándola por encima de sus piernas.  
- No – respondió más frustrada que otra cosa.  
- Si le hago daño en algún momento quiero que me lo digas, es importante – repuso Yulia de nuevo con ese tono frío que empezaba a crisparle los nervios a la pelirroja.  
- No me has hecho daño, en serio, solo estaba pensando.  
  
Yulia cogió entonces unas pinzas muy largas y una especie de bastoncillos metidos en cápsulas para a continuación ajustar la luz y el colposcopio a la zona que estaba examinando.  
  
- Si no es indiscreción, ¿en qué pensaba? – continuó diciendo mientras seguía con su tarea.  
  
Sí, aquella era una situación más que extraña para comenzar su primera conversación larga, pero bien mirado las condiciones en las que se solían ver no es que fuesen de lo más normales para alguien que intenta conquistar a otra persona… y ambas eran chicas… Además, con tal de poder escuchar la sensual voz de la morena, Lena habría hablado haciendo el pino en un puente colgante sobre un volcán a punto de erupcionar. Puede que estuviese algo desesperada…  
  
- Estaba pensando… ¿es usted siempre un témpano de hielo, doctora Volkova? – respondió Lena, y, al contrario de lo que se esperaba, la morena esbozó una sonrisa que desembocó en una breve risita.  
- No soy fría, soy profesional – se defendió sin perder la sonrisa mientras tomaba una muestra -. Esto ya está bien, pero para asegurarnos voy a realizar unas pruebas en el laboratorio, que la recepcionista le vuelva a dar cita para dentro de un mes.  
  
Lena asintió con la cabeza y pasó a cambiarse. Sí, a Yulia le era completamente indiferente, y tener clamidias no había arreglado nada. Pero no iba a rendirse, eso no iba con los miembros de la familia Katin, ellos eran ganadores, y pensaba conseguir a la morena costase lo que costase. Salió del vestuario terminando de ponerse la camiseta en su sitio y recogió un papel que le extendió la doctora.  
  
- Por si acaso, no tenga tampoco relaciones en este mes, y recuerde que debe tomar precauciones en sus relaciones futuras, señorita Katina – dijo con un tono que a la pelirroja le pareció más una reprimenda -. La clínica recibirá pronto el resultado de las pruebas.  
  
\*\*\*  
  
Sí, desde luego era una gran belleza, pero era una chica muy extraña… y algo inconsciente y alocada. ¡Además era su paciente! Si había algo que Yulia Volkova tenía claro en su vida era la separación entre el trabajo y su vida, y no podía mostrarse de forma que no fuese profesional ante ninguna paciente, aunque fuese esa vecina pelirroja que la volvía loca. Aún recordaba cuando la había visto en la discoteca. Estaba preciosa ahí, bailando con sus amigos, con la luz de los focos incidiendo en su roja melena mientras se movía al ritmo de la música. Y después se había ido con ese chico al baño. Estaba segura de que había sido ese el desgraciado que le había pasado las clamidias. Cuando los había visto irse le había hervido la sangre, estaba segura de que la pelirroja le había estado lanzando miraditas durante toda la noche, pero podía haber sido su imaginación. A veces le costaba recordar que la heterosexualidad existía en el mundo.  
  
- ¿Por qué no vas a pedir sal? – le preguntó su amigo Dimitri mientras cogía aquella tarde un bol con palomitas y se sentaba a su lado en el gran sofá de la nueva casa de Yulia.  
- ¿Cómo voy a hacer eso, Dima? Es una barbie hetero, una barbie hetero que acaba de pasar las clamidias que algún tío le pegó. Además, sé que incluso ha estado casada – respondió mientras cogía un puñado -. Mmm… Qué buenas, están saladas.  
- ¡Ay, mi pequeño saltamontes! ¿No has pensado que puede que sea bisexual? Tú misma lo dijiste, te estaba mirando como una depredadora.  
- Las miradas se malinterpretan, tú más que nadie deberías saberlo – respondió Yulia mientras se recostaba contra el hombro de su amigo.  
- Eso ha sido un golpe bajo, lo que me pasó con aquel rubio del bar fue completamente distinto – se quejó con una mueca y cogió el mando del DVD -. Y ahora cállate que va a empezar la película.  
  
\*\*\*   
  
- ¿Qué tal? ¿Te ha violado la malvada ginecóloga homosexual? – preguntó Anya con un deje irónico cuando vio a su hermana entrar esa noche por la puerta con paso firme.  
  
Lena había estado todo el día fuera, no había querido volver a casa. Se había pasado reflexionando toda la tarde, preguntándose por qué la enigmática morena no había sucumbido a sus encantos todavía… además de por el hecho de que acababa de pasar unas clamidias. Su ginecóloga la inquietaba de alguna manera, había algo en la sensación que la producía mirarla que, más allá de una calidez en todo el cuerpo, la impulsaba a besarla, a tocarla, fuera de todo contexto sexual. Eso era lago que nunca le había sucedido, ni siquiera con su ex marido, y la asustaba tanto como el "aura homosexual", como a Lena le gustaba llamarlo, que rodeaba a Yulia. Algo le decía que, a pesar de todo, tenía altas posibilidades con la morena. No podían ser imaginaciones suyas, la morena le había estado lanzando miradas furtivas durante la fiesta, como invitándola a ir hacia ella. Lena cerró los ojos y se dio varias bofetadas mentales por haberse comportado como una estúpida y, en vez de haber ido a por ella, haber conducido al chico que le contagió la m.al.dita ETS aquel hacia el baño. Estaba segura de que había sido un castigo del karma, como todo lo que pasaba en su vida últimamente.  
  
- Anya – Lena iba a responderle: “no, no me ha violado, ese es el problema”, pero se contuvo -. La relación entre un ginecólogo y su paciente es lo más sagrado, no la mancilles con semejantes comentarios.  
  
- Venimos alegres hoy – Anna levantó las cejas y fue hacia la sala de estar -. Ya tienen la cena preparada, date prisa o se va a enfriar.  
  
Lena subió deprisa a su cuarto y dejó el bolso encima de la cama. No iba a rendirse cuando por fin se había curado, ni iba a dejarse doblegar por las dudas que la asaltaban. Lo tenía decidido, no iba a esperar un mes para hablar con Yulia, por algo eran vecinas. Iba a utilizar todas sus armas para conquistarla.

**Capitulo 4: El de que si tienes sal, orégano o lo que sea.**  
  
  
Aquella mañana de domingo Yulia se había despertado temprano, había desayunado una tostada con aceite de oliva y sal, se había ido a correr durante una hora y media y al volver se fue directa a la ducha. A las doce de la mañana sonó el timbre de la puerta. Aún no tenía servicio, y tampoco quería que el portero la llamase cada dos por tres para preguntarle si quería dejar pasar a una determinada persona, así que le había hecho una lista de personas a las que dejase pasar siempre como Anya Katina, Dima… Yulia se secó rápidamente el cuerpo, se puso una camiseta holgada de Nueva York y un coulotte blanco y, mientras se secaba el pelo con la toalla que llevaba en una mano, abrió la puerta. Al otro lado de esta apareció la exuberante pelirroja ataviada con un top azul ajustado a sus maravillosos pechos y unos pantaloncitos cortos que dejaban ver unas larguísimas piernas blancas salpicadas con algunas pecas. El corazón de la ginecóloga dio un vuelco, y al reparar en las peligrosas curvas de su vecina y la sonrisa pícara que habitaba en sus labios empezó a sentir un intenso calor que la recorrió desde el corazón hasta una zona muy inferior de su cuerpo. Empezó a salivar y su pulso se aceleró. La chica había comenzado a hablar, pero Yulia era incapaz de escucharla, solo podía luchar contra las irrefrenables ganas que sentía de darle un mordisco. ¿Un mordisco? Sí, un mordisco, eso era lo que sentía Yulia Volkova en ese momento, una necesidad imperante de devorar a la pelirroja, de recorrer todo su cuerpo y no dejar nada, que toda ella fuese suya. Tuvo que agarrarse al marco de la puerta y apretarlo fuertemente para evitar la tentación de introducirla en la casa, empujarla al sofá y arrancarle la ropa.  
  
- ¿Yu…lia? – preguntó la chica con el ceño fruncido.  
- S…sí, perdona, ¿qué decías? – contestó ésta intentando evitar sonrojarse.  
- Decía que se nos ha acabado la sal y los sirvientes están ocupándose de algo que les ha mandado Anna…   
- Sal, entonces – dijo notando la sangre bombear en sus sienes de forma dolorosa.  
- ¿Puedo… esperar dentro? Está dando mucho el sol aquí fuera y no me he echado crema solar… me puedo quemar – dijo con un tono que a Yulia le pareció irresistiblemente adorable.  
- Claro, ponte cómoda, enseguida vengo.  
  
La morena fue con paso apresurado y firme a la cocina y se dejo caer sobre la encimera unos segundos, intentando tranquilizarse. *Respira*, se decía una y otra vez. Se incorporó y cogió un paquete de sal justo al tiempo en el que la pelirroja aparecía por la puerta.  
  
- Toma, la sal – dijo mientras le entregaba el paquete -. ¿Algo más?  
- Eh… sí, ¿no tendrías orégano de este grande…?  
- ¿Perejil?  
- Sí, perejil, como sea – sonrió la pelirroja.  
- Déjame ver…   
  
La morena cogió un pequeño taburete desplegable y lo situó enfrente de uno de los armarios, se subió encima y empezó a rebuscar en la parte más alta. Lena, mientras tanto, disfrutó enormemente de las agradables vistas que le brindaba la falta de ropa y la buena forma física de la morena. Tuvo que controlarse para no ponerse a babear y acercarse a esas piernas ligeramente bronceadas que la llamaban en su mente. No podía apresurarse, ere una de las reglas de la seducción. Cuanto más la provocara y más la tentase a tocarla, más la desearía la morena, más se divertiría y, sobre todo, más increíble sería el sexo en el momento en el que decidiese acabar con el juego de la seducción. La morena dio por imposible encontrar lo que buscaba y bajó de las alturas, provocando una brusca reacción en Lena, que tuvo que hacer alarde de sus reflejos para que la morena no la viese babeando salvajemente por ella.  
  
- Lo siento, pero no encuentro el perejil – dijo con una mueca.  
- No pasa nada, muchas gracias por todo – la pelirroja sonrió ampliamente dejando ver una hilera de perfectos dientes blancos.  
- Un placer, señorita Katina – respondió Yulia con algo de frialdad, a punto de darle un ataque al corazón. Como la pelirroja siguiese por esa línea le iba a dar un golpe de calor.  
- Hasta luego, doctora Volkova – dijo Lena con un tono sereno mientras avanzaba hacia la puerta.  
- No estamos en la consulta, llámeme Yulia.  
- Lo haré cuando usted deje de llamarme “señorita Katina” – Lena sonrió por última vez y salió de la casa.  
  
\*\*\*  
  
Tres días habían pasado desde que se habían visto por última vez. Lena ni siquiera había dejado la sal en la cocina, la había llevado a su habitación y se pasaba horas mirándola y reflexionando sobre el resultado de su primera incursión en el “territorio enemigo” y sus próximos movimientos. En un inicio había creído percibir en su vecina un ligero azoramiento, una brecha en su armadura de hielo, pero después había vuelto a mostrarse indiferente con ella. Peor Lena estaba segura de que lo conseguiría, solo tenía que sacar el armamento pesado y ese día que la intensidad del sol había disminuido pensaba hacerlo. En Moscú no solía hacer mucho calor nunca, pero el cambio climático estaba haciendo estragos y de vez en cuando sufrían olas de calor como la de aquel fin de primavera. Lena se puso el bikini más sexy (y no por ello obsceno) que encontró, se echó el protector solar más fuerte que existía en el mercado y, tras esperar media hora, cogió una tumbona y sus gafas de sol y subió a la terraza del tejado. Colocó la tumbona en la parte más cercana a la casa de la morena y se dispuso a tomar un poco el sol. A Lena, por lo general, no le gustaba tostarse al sol, sobre todo porque lo único que conseguía cada vez que lo intentaba era o quemarse o llenarse de pecas, pero esa vez haría una excepción. Esperó unos segundos a la sombra hasta que vio aparecer a la morena en el jardín con un café en la mano. Colocó la tumbona lo más horizontal que pudo, se tumbó boca arriba con las gafas de sol bien puestas. En cierto momento echó un vistazo por el rabillo del ojo y pudo ver a la morena observándola. Esperó unos segundos más y se decidió a comenzar el ataque. Se incorporó levemente en su tumbona y expuso su sonrisa más brillante.  
  
- Buenos días, vecina – saludó alzando un poco la voz para que pudiese oírla.  
- Buenos… días – fue todo lo que Yulia pudo articular sin que se le cayese la mandíbula al suelo -. Ten cuidado no te vayas a quemar.  
  
La morena inclinó un poco la cabeza de forma coqueta, sin ni siquiera darse cuenta. Lena Katina estaba increíble con ese bikini negro con bordados plateados destacando contra su pálida piel. Resaltaba sus formas de forma sutil e insinuante, y hacía un perfecto efecto bajo los sedosos rizos pelirrojos que le caían en cascada sobre los hombros. Tuvo que hacer un esfuerzo inhumano para retirar la mirada y pasar a la casa sin parecer exaltada. A ese paso iba a tener serios problemas cardiovasculares, pero ¿qué iba a hacer? Quizá podría estrechar su relación con la pelirroja (sin comérsela) y comenzar a tantearla para descubrir su orientación sexual. Pero… ¿y si se acercaba mucho?, ¿y si se enganchaba de verdad a su vecina y luego ella no podía corresponderla? ¿Iba a arriesgarse a que le partiesen el corazón?  
  
Lena estaba tan enfadada que se tiraba del cabello. ¿Cómo podía haber pasado a la casa así como si nada? ¿No lo había hecho bien? Había cogido su mejor bikini y se estaba exponiendo a un cáncer de piel y la ginecóloga había vuelto tan campante a su casa sin dirigirle apenas la palabra. Pero no iba a rendirse, iba a conseguir derretir a esa mujer de hielo, porque ella era Elena Katina.  
  
Sí, si no juegas no ganas.  
  
\*\*\*  
  
El sábado de la siguiente semana, Lena tuvo por fin su oportunidad para comenzar con un ataque directo. Las obras que su hermana estaba realizando en la casa (para hacer un “futuro cuarto para bebé”) habían hecho que tuviesen que cortar el agua en toda la casa. La pelirroja vio en este hecho la perfecta oportunidad para dejar sin habla a la morena, lo que no sabía era que esta había decidido, por fin, comenzar la guerra por su parte.  
Ataviada con su bikini y un simple pareo de seda, y con las gafas de sol bien ajustadas en su sitio, la pelirroja atravesó su jardín para llegar a la puerta de la morena. El portero estaba leyendo el periódico y ni siquiera la miró; eso la habría molestado unos meses antes, pero en ese momento estaba demasiado concentrada en su tarea como para que le importase. Se sorprendió al descubrir a la morena regando las plantas del jardín con una larga manguera de color verde a la que había añadido un dosificador de agua, para ser más ecológica.  
Yulia levantó la mirada y todo el calor que no sentía debido a la delgadez de las prendas que portaba la golpeó como si fuese un tsunami al ver a su vecina. Sabía que debía controlarse para no asustar a la pelirroja, pero, de una forma u otra, iba a atacar.  
  
- Buenos días, Lena – saludó sonriente provocando de nuevo la sorpresa de la pelirroja -. ¿Hoy no tomas el sol?  
- No, los obreros hacen demasiado ruido en esa parte y no me puedo relajar a gusto – explicó correspondiendo a su sonrisa -. Además, hace demasiado calor. Daría lo que fuese por refrescarme, pero nos han cortado el agua.  
- ¿Refrescarte? – Yulia quedó unos instantes en silencio, sufriendo un gran debate en su interior entre su parte más políticamente correcta y sus verdaderos deseos. Dibujó una amplia sonrisa cuando dirigió la manguera hacia Lena, que levantó las cejas y recibió un gran chorro de agua mientras la morena no dejaba de reír.  
  
Lena, enfadada en un primer instante, cambió completamente su expresión al notar la enorme transformación de la actitud de su vecina hacia ella. Divisó a un par de metros de ella un cubo de agua que Yulia había llenado previamente, avanzó hacia él y lo cogió con un poco de esfuerzo. Yulia dejó de reírse y, sin dejar de sonreír, volvió a mojarla con la manguera. Lena sonrió y me lanzó el agua que, aunque la morena intentase esquivarla, le dio de lleno. Ambas empezaron a reír y a mojarse mientras se perseguían y corrían por todo el jardín. La que más agua había recibido era Lena, hasta que consiguió arrebatar la manguera a Yulia y las tornas del juego cambiaron.  
Empapadas, ambas se tumbaron a la sombra al lado de la piscina de Yulia para poder secarse sin quemarse. Yulia se quitó la camiseta y los pantalones cortos que llevaba y los puso al sol, al lado del pareo de Lena, quedando en ropa interior. Pensándolo bien, no hay tanta diferencia entre un bikini y la ropa interior, pero fue lo suficiente para dejar a Lena si habla durante un buen rato, simplemente observando las deliciosas curvas de la morena mientras esta mantenía los ojos cerrados e intentaba pensar con claridad para no cometer alguna imprudencia.  
  
- ¿No tienes servicio? – preguntó Lena en un momento dado manteniendo los ojos ocultos por sus gafas de sol.  
- No, aún no – respondió sin abrir los ojos -. Sabía que lo necesitaría al mudarme a una casa tan grande, pero lo cierto es que no sé ni por dónde empezar a buscar.  
- Estoy segura de que Svetlana puede darte buenas recomendaciones – dijo la pelirroja y se tumbó de lado mirando a Yulia, quien hizo lo mismo -. ¿Cuántos años tienes?  
- 24.  
- ¡Wao!, tienes un año menos que yo y ya eres una ginecóloga con prestigio mundial – susurró Lena -. Yo, en cambio, no he hecho demasiado con mi vida.  
- ¿Por qué dices eso? Anna me dijo que tenías la carrera de psicología y que te habías graduado con buenas notas.  
- Sí, bueno, eso fue hace tiempo – respondió con una sonrisa nostálgica -. No llegué a ejercer, en cuanto me gradué me casé y… en fin, me casé.  
  
Quedaron unos segundos en silencio antes de que Yulia se atreviese a volver a hablar.  
  
- Pero ya no estás casada, si no me equivoco. ¿Por qué no lo intentas?  
  
Lena se encogió de hombros considerando realmente sus palabras. Antes de conocer a Masha, la psicología la fascinaba, y le encantaba poder ayudar a la gente a superar sus problemas… o más bien le encantaba la sensación de ser la única que podía resolver los problemas de una persona. Siempre había envidiado el trabajo del doctor Vasilev, ahí sentado reflexionando objetivamente sobre lo que oía mientras ella se esforzaba por abrirse y sacar todo el dolor que llevaba dentro. Parecía siempre tan tranquilo mientras ella lloraba que empezó a sentir una inquietante curiosidad por su trabajo, que luego se convirtió en fascinación y derivó en una vocación natural. Pero al casarse, Andrei le había dicho que no quería que estuviese psicoanalizándolo siempre y ella había decidido no seguir con ello. Craso error. Después conoció a Masha y… ya no encontraba ningún sitio para poder poner su consulta sin sentir dolor, todos le recordaban a su oficina del centro de Moscú con ese gran ventanal. Si un psicólogo no se siente a gusto en su oficina… ¿cómo va a hacer su trabajo?  
  
- Si no es indiscreción – Yulia volvió a hablar -, ¿puedo preguntarte por qué te divorciaste?  
- Mmm… es… complicado – Lena se tumbó boca arriba sopesando la oportunidad que se le estaba brindando.   
  
En ese momento podría dejar claras sus intenciones, podía dejar claro que también pertenecía al “team gay”, pero las palabras se quedaban atascadas en su garganta. Volvió a observar a Yulia con detenimiento. Ojos azules como el océano, como el firmamento, como dos pequeñas cuevas llenas de brillante cuarzo y zafiros, melena azabache hasta los hombros, una sonrisa que te dejaba sin respiración, piel levemente tostada y curvas menos pronunciadas que las suyas pero increíblemente atrayentes. Empezó a embargarla una necesidad imperiosa de besarla dulcemente, de acariciarla allí, tumbadas en la hierba, al lado de la piscina, durante toda la vida. Suspiró ante este pensamiento y cerró los ojos unos segundos para concentrarse. Yulia observaba hipnotizada todos sus movimientos, interpretando en ellos un gran pesar que, pensaba ella, procedía de los pensamientos sobre su divorcio. Se dio una bofetada mental por haber sacado el tema, y estuvo a punto de abrazarla cuando la pelirroja volvió a hablar.  
  
- Mi relación con Andrei era… complicada desde antes de casarnos – comenzó a explicar -. Es lo que llamaríamos un “ganador”, con todo lo que eso conlleva: era ambicioso, guapo, inteligente, algo temperamental y egocéntrico… nos llevábamos muy bien, éramos muy iguales, quizá él fuese incluso más egocéntrico que yo – rió -. Pero… - miró a la morena y la vio tan cerca que no pudo evitar que se le encendiesen levemente las mejillas - … no estaba enamorada de él, era más que nada como un gran amigo, como un hermano… y finalmente me enamoré de alguien más…  
  
Yulia la observaba atentamente, comprendiendo lo que le costaba hablar de su divorcio, de su anterior vida de casada que tan pronto, había oído contar a Anya, había acabado. La hermana de la pelirroja apenas le había contado nada del tema, no por nada en particular, sino porque ni ella misma sabía lo que había pasado entre su hermana y Andrei. Simplemente, le había dicho, un día habían comenzado a discutir a gritos, Andrei se había marchado hecho una furia y ella había empezado a llorar. Yulia se había imaginado problemas relacionados con la familia o el trabajo, lo que no podía imaginarse era lo que Lena dijo a continuación.  
  
- … me enamoré de mi psicóloga.

**Capitulo 5: El de que le enseña cosas sobre el lobby gay.**  
  
¿Psicóloga? ¿Acabado en “a”? Había oído bien, ¿cierto? Una voluptuosa y empapada pelirroja tumbada a su lado en el césped de su piscina le había confirmado que le gustaban las mujeres. No podía terminar de creérselo. Yulia se incorporó un poco y se apoyó en los antebrazos mientras Lena la observaba atentamente.  
  
- ¿Eres…? – no sabía cómo terminar la frase. ¿Bisexual?, ¿lesbiana? ¿Acaso importaba? ¡le gustaban las chicas, tenía una oportunidad!  
- Les…biana, supongo.  
- ¿Supones? – Yulia frunció el ceño confundida.  
- Supongo que lo soy – Lena se incorporó hasta quedar sentada -. Nunca había sido lesbiana y un día de repente empiezo a sentir curiosidad por mi psicóloga. Nunca había sido lesbiana, no sé cómo ser lesbiana.  
-Bueno, empezando por el principio, ¿a ti te gustan las mujeres? – Lena asintió despacio, como meditando si era una buena idea o moralmente correcto admitir semejante cosa -. ¿Y te atraen los hombres?  
  
La pelirroja miro fijamente a Yulia, como tratando de desentrañar lo que la doctora pretendía con esa pregunta. Lo cierto es que no se lo había planteado, simplemente se había obsesionado con las mujeres, bueno, con su psicóloga, y con el problema moral y social que ello acarreaba. En ese momento no amaba ni se sentía atraída por su ex marido, pero ¿había estado enamorada de él alguna vez? Sí, había sentido pasión, y lo había querido mucho, pero no había sentido ni la mínima parte del amor y la atracción que sí había sentido con Masha, y ni mucho menos la atracción que sentía hacia la morena. Había tenido “amores” de todo tipo: amor de verano, amor de preescolar, amor escolar, amor adolescente… pero nunca, con ninguno de esos chicos, se había sentido tan… unida como cuando se enamoró de Masha. Pero si le atraían aunque fuese poco… eso debía bastar, ¿no?  
  
- Me… atraen, supongo.  
- Tú supones mucho, ¿no? – Yulia esbozó una elocuente sonrisa, lo cual hizo que se acelerase el corazón de la pelirroja -. Bueno, ten en cuenta que la sexualidad, sobretodo la femenina, es muy flexible. Existe una teoría que dice que todos somos bisexuales, nos decantamos entre una acera u otra en un mayor o menor porcentaje.  
- ¿Y qué porcentaje sería el tuyo? – Lena miró fijamente los azules ojos de la doctora, retándola a responder a su inquisitiva pregunta.  
- Mmmm… Adivinas – Yulia sonrió y se mordió el labio ante lo adorable que le pareció la cara de fastidio que expuso su vecina -. Puedo darte pistas, si quieres.  
- ¿Ah, sí? Vale, ¿te has acostado alguna vez con un hombre? – preguntó Lena con malicia.  
- Sí… - respondió la morena arrastrando las palabras -. Pero eso no tiene por qué significar nada.  
- ¿Con cuántos hombres te has acostado? – insistió.  
- … dos…   
- ¿Y mujeres? – Lena hizo la inevitable y peliaguda pregunta, pero no estaba segura de querer saber la respuesta.  
- … varias…  
- Di un número – insistió.  
- No sé…. Entre veinte y… ¿cincuenta?  
  
A Lena se le cayó el alma a los pies. Era obvio que su vecina era muy lesbiana, ¿pero cincuenta chicas? ¿Cómo podía ella competir contra cincuenta chicas? Articuló una mueca que intentó que no fuese de fastidio, haciendo parecer que se había atragantado. Yulia sabía que esa siempre era una situación difícil, y no es que ella fuese promiscua, pero había descubierto su verdadera sexualidad en la adolescencia, donde las hormonas están en ebullición y el amor fluye… y, bueno, ella resultaba muy atractiva tanto para mujeres como para hombres, ¿qué le iba a hacer?  
  
- Bueno, entonces ha quedado claro que estás más en la acera del lobby gay que en la hetero – se le ocurrió decir a Lena tras un largo e incómodo silencio, provocando una carcajada por parte de Yulia.  
- ¿Lobby gay? – preguntó sin parar de reírse.  
- Sí, el “poder homosexual”, los que captan gays y presionan y chantajean a los gobiernos para conseguir más derechos.  
  
Decir que Yulia se quedó a cuadros sería quedarse muy corto. Puso los ojos en blanco y sintió ganas de tirarla a la piscina. Quizá, pensó, ese fuese el problema de la pelirroja, sus prejuicios antiguos y desmedidos. Decidió, pues, en ese momento, enseñar a aquella preciosa y alocada chica a ver las cosas como realmente eran.  
  
- ¿Quieres que vayamos a tomar un café a una cafetería cercana? – le preguntó a la pelirroja.  
- Claro, espera, que voy a cambiarme.  
  
\*\*\*  
  
- Lo primero que debes saber – comenzó Yulia tras unos minutos de banal conversación – es que no hay ninguna superorganización que nos mande para “convertir” heteros en gays, no nos dan puntos canjeables por cafeteras ni nada parecido.  
- No me digas – respondió Lena mientras daba un sorbo a su capuccino.  
- Sé que sonará a tópico, Lena, pero – se inclinó sobre la mesa – es solo otra forma de amor, y tú lo has sentido, ¿por qué tiene que ser diferente o estar mal?  
- Porque las cosas no son así, no es natural.  
- La homosexualidad se da en más de 1500 especies animales… ¿o eran 15000? En fin, ¿qué hay más natural que eso? Es más, hasta se ha encontrado un yacimiento con un hombre gay del paleolítico – explicó con un punto de emoción en la voz que a Lena le resultó adorable.  
- ¿Y eso como lo saben?  
- Era un hombre enterrado con objetos de mujer – respondió con un encogimiento leve de hombros.  
- ¿Y eso no es un tópico?  
- Sí, puede ser, pero ha sido así mucho tiempo – sonrió y bebió un sorbo -. Al igual que todas las lesbianas no somos camioneras, no todos los gays son afeminados.  
- Eso sí que no me lo creo, ¿cómo se les va a distinguir entonces?  
- ¿Distinguir? – Yulia frunció el ceño - ¿Para qué, si no eres un futuro ligue? Igualmente, los homosexuales tenemos un maravilloso gaydar.  
- ¿Gaydar? – Lena se reacomodó en su asiento. La charla le estaba resultando tan interesante como incómoda, pero aguantaría lo que fuese por poder seguir observando a Yulia… ¡Es decir, acostarse con Yulia! Ya no sabía ni qué sentía por la morena, tan intelectual, elegante, segura, amable, paciente, profesional, guapa… “Céntrale, Katina”, se dijo.  
- Nuestro radar gay, podemos ver a una persona e intuir si se decanta más por las fotos en color o en blanco y negro – sonrió ampliamente por su ingeniosa e improvisada analogía -. Por ejemplo, mira a esa chica.  
  
Ambas miraron en la dirección que indicaba Yulia. Había una chica de pelo rubio platino sentada al lado de un fornido muchacho de origen cubano. Delgada, labios carnosos, muy femenina, nada a primera vista podía indicarle a Lena que esa chica no fuese absolutamente heterosexual.  
  
- Es lesbiana – sentenció Yulia.  
- ¿Lo sabes porque es una de las que te has tirado? - preguntó Lena con cierto fastidio.  
- No, tontita, es por la impresión general que te da, es por su… ¿cómo lo diría? Su aura – respondió –. Y el chico es claramente gay – continuó mientras se deleitaba viendo a una confundida Lena echándose hacia atrás en su silla para cambiar de perspectiva e intentar captar lo que Yulia veía -. Venga, te toca, vamos a ver… esa chica.  
  
Lena miró en la dirección en la que Yulia apuntaba con un gesto de la cabeza y vio a una muchacha de pelo castaño, de traje formal, hablando por el móvil. La chica percibió la mirada de ambas y se giró para mirarlas.  
  
- Es lesbiana – dijo Lena con voz serena.  
- ¿Lo sabes porque te la has tirado? – bromeó Yulia con una amplia sonrisa en el rostro.  
- Sí – respondió Lena con voz áspera y alzó la mano para saludar a la chica, dejando a Yulia atónita -. Hola, Masha.

**Capitulo 6: El de que nunca encontraba aparcamiento para el camión.**  
  
- ¡Lena!, ¿qué haces aquí? – preguntó Masha tan sorprendida como recelosa ante la pelirroja mientras colgaba el teléfono.  
- No te preocupes, estoy tomando café con una amiga – respondió Lena con serenidad.  
  
A Yulia la palabra “amiga” le sentó como una patada en el estómago, pero se esforzó en mostrar una expresión despreocupada, pues sabía que la situación estaba siendo más incómoda para Lena que para ella. Por otro lado, la pelirroja estaba haciendo esfuerzos inhumanos por mantener la compostura delante de Masha y demostrarle que había pasado página sin parecer una niña pequeña y caprichosa, como siempre le gustaba recordarle la psicóloga. Lena tuvo que reprimir una sonrisa de suficiencia cuando los ojos de su ex rodaron hasta encontrarse con Yulia y sus pupilas se dilataron por la atracción que, estaba segura, la ginecóloga despertaba en todas las chicas.  
  
- Hola, soy Masha, encantada – Lena pudo ver como le profería una de esas sonrisas encandiladoras que le solía poner a ella al terminar las sesiones y entornó los ojos.  
- Yulia, encantada – la morena se limitó a continuar con su actitud despreocupada mientras observaba discretamente todas las expresiones de la pelirroja.   
- ¿Y dónde te has dejado a tu esposa? – espetó Lena para llamar la atención de su ex.  
- Oksana está aparcando.  
- El camión, supongo – respondió Lena con su malicia natural e inconsciente -. Debe ser difícil aparcar cosas tan grandes y extravagantes en una ciudad grande.  
  
Yulia miró primero a Lena y luego a Masha, y luego repitió el gesto. La tensión era tal que se podía cortar fácilmente con un cuchillo. La situación se asemejaba mucho a una silenciosa partida de ajedrez de esas que Yulia había visto por la televisión, y no estaba tampoco muy segura de quién llevaba las de ganar. A penas unos segundos después, alguien pronunció el nombre de la psicóloga y apareció por la puerta una mujer de unos veinticinco años, tan alta como para poder jugar en un equipo profesional de baloncesto, delgada, de pelo rubio muy corto y con cara de mala leche. Llegó a la mesa de las chicas y lo primero que hizo fue lanzar una mirada iracunda a Lena, lo cual no le gustó absolutamente nada a la morena.  
  
- ¿Qué estás haciendo aquí, loca? – prácticamente escupió las palabras, con tanto desprecio que Yulia estuvo a punto de levantarse de su asiento, pero mantuvo la calma.  
- Tomando un café, ¿y tú? – respondió con un tono, solo en apariencia, relajado -. Creí que los, perdón, las camioneras sólo ibais a bares para poder escupir a gusto en el suelo y esas cosas que no se hacen en lugares de categoría.  
- Mira, nena, que te… - empezó a decir, pero la mano de Masha la frenó.  
- Tranquila, cariño, está aquí tomando un café con su amiga Yulia.  
  
Oksana reparó por vez primera en la morena y su expresión pasó de ser la de un toro bufando a una similar a la del Joker. Lena levantó la ceja con incredulidad y a continuación reprimió una sonrisa maligna. Yulia, por su parte, empezaba a sentirse incómoda por la mirada de la mujer.  
  
- Bueno, amiga por ahora – dijo Lena con una sonrisa y la pareja la miró con el ceño fruncido -. Aún tengo que aprender mucho – dirigió su mirada hacia Yulia, quien le sonrió tímidamente – pero estoy trabajando en ello.  
- Yo que tú tendría cuidado con ella, Yulia – comentó Oksana -. Empiezas siendo su amiga, salís un tiempo y cuando te das cuenta de que solo en una niña malcriada y consentida se vuelve una psicópata.  
  
Yulia frunció el ceño, y antes de que Lena se levantase para responderle de mala manera la cogió de la mano y dirigió su mirada más fría hacia Oksana. Lena miraba a la ginecóloga bastante sorprendida.  
  
- Disculpa, pero te pediría que retirases lo que acabas de decir y te disculpases con Lena.  
- ¿Qué? No pienso hacerlo, es la pura realidad.  
  
Yulia calló durante un par de segundos y luego se levantó con Lena aún cogida de su mano, depositó un par de billetes encima de la mesa y se bebió el último trago de café.  
  
- Siendo ese el caso, tendréis que disculparnos, chicas, pero iremos a algún lugar con mejor compañía – Lena se levantó también con cara de incredulidad -. Menos mal que no tengo el Opel en doble fila, nunca habría encontrado aparcamiento para un camión.  
  
\*\*\*  
  
Una vez en el coche, se mantuvieron las dos en silencio por un par de minutos. Yulia, intentando tranquilizarse, y Lena procesando lo que acababa de pasar. Nunca había sido defendida así por nadie, ni siquiera por su marido. Miró a la morena y dejó caer la cabeza sobre el reposacabezas del asiento. Finalmente, Yulia la miró y Lena posó sus labios sobre los suyos durante un segundo que ambas disfrutaron en extremo.  
Cuando se separaron y abrieron los ojos, Lena solo pudo decir: "Eres la persona más increíble que he conocido"

**Capítulo 7: El de que me hagas caso que soy tu ginecóloga y soy una autoridad suprema**  
- Eres la persona más increíble que he conocido – pronunció Lena con un hilo de voz que resultó perfectamente audible a los oídos de la doctora.  
  
Yulia tardó en reaccionar un segundo. ¿Debía darle otro beso o sería muy precipitado? El beso había sido muy corto, demasiado, pero sin embargo único. La morena había disfrutado ese beso más de lo que recordaba haber disfrutado uno en mucho tiempo. Acarició la mejilla de Lena con el dorso de la mano y colocó suavemente un mechón de cabello pelirrojo tras la oreja de la chica. Todo en aquel momento la invitaba a besarla: el coche, la sombra, la propia Lena… Sin embargo decidió contenerse, no quería echarlo todo a perder.  
El camino de vuelta a casa lo pasaron en completo silencio. Lena pensaba en el encuentro con Masha y Oksana, y estaba confundida por lo que sentía: nada. Bueno, por supuesto las puyas de la machorra del demonio le hacían bastante daño, pero ahí estaba su brillante y sexy doctora para defenderla. La morena había hecho por ella lo que nadie antes: había confiado en ella, en que ya no era una loca, la había defendido de los insultos de Oksana y sin apenas conocerla. ¿Sería esa la razón? Si Yulia llegaba a conocerla lo suficiente también se alejaría de ella. No se había atrevido a devolverle el beso, ¿estaría pensando en ese momento en si había hecho bien al defenderla o si las acusaciones contra ella eran completamente justas? Cierto era que, siendo su ginecóloga, la conocía mejor que mucha gente, pero también había sido testigo de su vergonzosa ETS…  
Yulia, por otro lado, miraba a la carretera con las mejillas levemente encendidas. Intentaba tranquilizarse, y no dejaba de preguntarse por qué a esas alturas de su vida se había puesto colorada. La pelirroja le rompía todos los esquemas, desde luego. No terminaba de asimilar las palabras de la muchacha, tan profundas, eran lo más sincero que le habían dicho nunca. Se sintió profundamente arrepentida de no haberle devuelto el beso, pero habría sido en cierto modo inapropiado, el coche no era lugar para hacerle a la pelirroja todo lo que se le estaba pasando por la cabeza… Sí, desde luego el casto beso había revolucionado sus hormonas.   
El coche frenó suavemente cuando el sol empezó a esconderse, y volvió a ponerse en marcha para pasar al garaje de Yulia. No quiso aparcarlo ella, sino que le dio la orden al portero mientras ella conducía a Lena al interior de la casa. Al abrir la puerta se imaginó empujándola contra el sofá y besándola como no lo había hecho en el coche, pero no podía hacerlo, la pelirroja estaba claramente consternada por el episodio en la cafetería, no podía ser tan insensible. Respiró hondo y le pidió que se pusiese cómoda en el sofá mientras hacía unas palomitas con sal. Cogió la bolsa de maíz con sal y la metió despreocupadamente en el microondas mientras sacaba dos vasos.  
  
- ¿Qué quieres de beber? – le preguntó desde la cocina.  
- Solo agua, gracias – respondió aún en su propio mundo.  
  
¿Le resultaría desagradable a la doctora? En fin, se estaba curándose de unas clamidias, y ella había sido su doctora. Sí, por eso había estado tan callada y no la había besado, quería dejar claro que entre ellas lo máximo que habría sería una amistad, o quizá solo una relación maestra-alumna en el “arte del lesbianismo”. Lena se había dado cuenta esa misma tarde de algo muy importante: lo que un par de semanas atrás había sido solo un juego de seducción, se había convertido en su más puro sentimiento. Sí, se estaba enamorando de Yulia, eso era evidente, pero no estaba siendo correspondida, y eso la frustraba en extremo. Frunció el ceño y esperó a que Yulia llegase con las palomitas y las bebidas.  
  
- ¿Vamos a ver una película? – preguntó algo contrariada.  
- Sí, creo que así podrás empezar a ver las cosas de otra manera – sonrió la morena mientras se dirigía a una estantería llena de películas.  
  
Pasó el dedo por el lomo de varias carátulas hasta que encontró las que buscaba. Inclinó la cabeza hacia un lado pensativa, no sabía si elegir “Rosas Rojas” o “No imagino otra vida”. Quizá, después de lo que había pasado por la tarde, la primera no fuese del todo apropiada, pues trataba de una mujer que recién casada se enamora de una florista. “Sí, mejor la segunda”, pensó. Cogió la película en cuestión, encendió la tele y la introdujo en el DVD para luego sentarse en el mismo sofá que la pelirroja, pero algo separada. Lena no dijo ni una palabra más, se limitó a ver la película y a comer palomitas. No pensó que fuese a ser una película tan romántica, ni tan bonita. En ella, Tala, de Jordania y familia rica, y Leyla, una hindú con residencia en Londres, se enamoran perdidamente antes de la cuarta boda de la primera. Tala en un principio no puede hacer frente a su orientación sexual, mientras que Leyla, había salido del armario, se muestra algo fría con ella. En la escena final de la película, Lena ya estaba recostada sobre el hombro de Yulia mientras bebía el último trago de agua.  
  
*“- ¿Qué les dijiste? – preguntó Leyla mientras caminaban por la feria.  
- Que estaba enamorada – respondió Tala con una sonrisa – de una mujer hermosa, inteligente… y torpe.”  
Leyla rió y la siguiente escena las mostró a ambas besándose apasionadamente mientras entraban a una habitación.* Al llegar a este punto, Yulia, con los dientes apretados, se levantó y dejó los recipientes vacíos en el fregadero. Lena continuó contemplando la escena unos segundos, pero finalmente frunció el ceño, puso en pausa la película y siguió a la morena a la cocina.   
  
- Dime una cosa, Yulia – comenzó llamando la atención de la doctora -. ¿Te resulto desagradable?  
- ¿Qué? – la morena frunció el ceño y comenzó a lavar los vasos con cierto nerviosismo.  
  
Lena permaneció unos segundos en silencio, observando cómo Yulia le volvía la espalda otra vez. No podía ni siquiera mirarla a la cara, era evidente que lo había fastidiado todo. Se tapó la cara con las manos y respiró hondo para contener las lágrimas. Eso ya no era su pequeño juego, estaba sintiendo cosas que nunca antes había sentido, cosas fuertes y dolorosas que no le estaban gustando nada, el amor y el rechazo.  
  
- Da igual, siento lo del coche, creo que debería irme – fue hacia el salón para apagar la televisión y Yulia salió tras ella.  
- ¡No, espera, Lena, espera, no te vayas, por favor! – dijo con desesperación, y al intentar agarrarla, tropezó con la mesita haciendo que ambas cayesen, por fortuna, al sofá.  
  
Lena se dio la vuelta con dificultad y el corazón le dio una sacudida cuando vio que la morena estaba encima de ella. Yulia, por su parte apretó los dientes por el golpe que se había dado en la rodilla contra la mesita y maldijo mil veces en su cabeza a su mal.dita suerte, pero cuando fue consciente de la situación se quedó sin respiración. Una encima de la otra, la penumbra rota por el leve fulgor de la televisión, el silencio absoluto de la mansión. Lena con los cabellos desperdigados por el sofá, Yulia semi levantada para no aplastarla, apoyándose en su brazo izquierdo mientras que con el derecho se retira la melena oscura hacia un lado. Poco a poco, Yulia se acercó a la pelirroja y la besó. Se contuvo al principio, pero poco a poco el dulce beso fue convirtiéndose en una lucha encarnizada de labios, lenguas y caricias. Puso la mano libre sobre la cadera de la pelirroja y apoyó la rodilla en el sofá, entre sus piernas, para estar más cómoda. Su cuerpo empezaba a arder como si se estuviese quemando, y la pelirroja no se quedaba atrás. Oía el rápido ritmo cardiaco de Lena como si fue música celestial, quería besar cada resquicio de blanca piel, sentir cada candente roce de la chica en la suya. Recorrió un camino con sus besos desde la boca de la pelirroja hasta su cuello, y después hasta su clavícula. Con un rápido gesto, Lena cambió las posiciones, tomando así el control de la situación. Yulia se mordió el labio y recibió el beso de la pelirroja acariciando sus piernas y subiendo hacia sus caderas en un concierto de agitadas respiraciones. Poco después comenzó a acariciar su vientre y a levantarle la camiseta, pero entonces Lena, haciendo un esfuerzo que le resultó sobrehumano, se paró en seco y se separó poco a poco intentando regular su ritmo cardiaco. Cuando pudo hablar la miró con una sonrisa.  
  
- Lo siento, no puedo hacer esto – hizo una mueca mientras se sentaba de rodillas sobre la morena -. Aún no ha pasado un mes.  
- Lo del mes es preventivo, estás curada – susurró intentando volver a besarla, pero Lena le hizo la cobra. ¡Le hizo la cobra! ¡A ella!  
- Lo siento, pero mi ginecóloga me advirtió que no mantuviese relaciones en un mes, y creo que es lo más… inteligente y… maduro hacerle caso.  
- Lena – la morena se incorporó desesperada por cómo se estaba tornando la situación, ansiosa por volver a besar a la pelirroja -. Hazme caso, que soy tu ginecóloga y una autoridad suprema. Puedes tener tantas relaciones como quieras… conmigo – sonrió ampliamente.  
  
Lena sonrió levemente con mirada pícara. Se acercó lentamente a los labios de la morena, acariciando sus caderas y su cuello, y tumbándola poco a poco. Cuando estaban a unos escasos milímetros, Lena volvió a separarse y se levantó con gran esfuerzo del sofá.  
  
- Precisamente porque eres una autoridad suprema, Yulia – dijo mientras recogía sus cosas -. Lo más prudente sería esperar las dos semanas que faltan, y cuando lo pienses con la mente fría verás que tengo razón.  
  
Se acercó a la morena y le dio un profundo beso en los labios para después guiñarle el ojo y salir por la puerta. Yulia seguía quieta y tumbada en el sofá. Se puso un cojín encima de la cara y lo apretó unos segundos para ahogar su frustración. Un minuto después se levantó y subió al piso de arriba. Se dio una ducha helada y se puso una camiseta grande de manga corta que usaba como pijama. Antes de irse a dormir vio a través de la ventana y las cortinas, cómo la pelirroja saltaba a su cama y enterraba la cabeza bajo la almohada. Esa noche a penas pudo dormir, solo sonreír.  
  
\*\*\*  
  
Habían pasado una semana y cuatro días desde aquello, y no había visto a Yulia desde entonces, pero sería lo mejor hasta que pasase el mes. Había decidido retomar su carrera, pero como llevaba mucho tiempo sin estudiar decidió apuntarse a algunas clases de oyente. Además, toda su frustración por no poder ver a la morena había recaído en la pobre Svetlana, su sirvienta, que había tenido que hacer el doble o triple de trabajo y también había tenido que soportar sus gritos e insultos completamente gratuitos. Pero en fin, esa era su familia, la mujer había pasado con los Katin la mayoría de su vida, y ya se acostumbraba al trato de Elena. Sin embargo, esa semana había sido demasiado, la señorita nunca se había comportado así hasta ese extremo, aunque en los últimos años sus excesos eran bastante frecuentes nunca se había parecido tanto a Satanás. Svetlana sabía que a Lena le ocurría algo, y estaba dispuesta a hacer lo que fuese para averiguarlo. Por eso aquel jueves salió temprano de su casa y adelantó tareas en la casa mientras la señorita Katina seguía durmiendo. Cuando ésta se fue a la universidad, entro en su habitación con el ceño fruncido y empezó a escudriñar cada rincón del cuarto. Nada en la mesita de noche, nada en el escritorio, nada debajo de la cama, nada en el baño, nada dentro del armario, nada en las estanterías. Nada. No podía ser, tenía que haber algún indicio que explicarse el extraño comportamiento de la señorita. Al principio lo atribuyó al, por otro lado extraño, divorcio, pero de eso ya había pasado mucho tiempo. Svetlana se arregló el uniforme y frunció el ceño. Hizo la cama de la señorita y arregló su habitación. Cuando fue a correr las cortinas vio algo que le pareció curioso: la vecina de enfrente estaba mirando hacia la habitación de Lena con una taza de café en una mano, y en cuanto vio a la asistenta dejó de hacerlo. ¿Qué tenía que ver esa mujer en todo aquello? Svetlana negó lentamente con la cabeza, se estaba emparanollando. No tenía por qué pasarle nada a la señorita, simplemente tenía un carácter de mil demonios.  
  
  
Yulia se vistió y salió hacia el trabajo. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo su pelirroja, porque era SU pelirroja. Estaba siendo al espera más desesperante y amarga que había realizado nunca, pero seguramente ese día llegarían los resultados del laboratorio, o eso llevaba esperando toda la semana. Cuando llegó a la consulta se recogió el pelo en una cola de caballo, se puso la bata y salió a ver las citas que tenía ese día. Cuatro embarazadas para empezar, con sus hormonas incluidas.  
  
- ¡Ah, doctora Volkova! – la llamó la recepcionista y Yulia se dio la vuelta señalándole a la paciente que entrase -. Han llegado los análisis de la señora Ajmátova y de la señorita Katina.  
  
Yulia abrió mucho los ojos, reprimió una sonrisa y cogió ambos paquetes. Respiró hondo antes de entrar en la consulta y los guardó en un cajón antes de comenzar con su trabajo. La mañana pasó muy lenta, pero la doctora intentó mantener su habitual profesionalidad. Cuando por fin llegó la hora de comer, abrió el cajón y sacó un paquete blanco con el sello del hospital y con el nombre de Elena Sergéyevna Katina. Lo observó unos segundos en silencio y, finalmente, lo abrió con manos temblorosas. No era el procedimiento habitual abrirlo sin estar delante de la paciente, pero por esa vez haría una excepción. Cruzó los dedos y miró los resultados. Todo estaba completamente bien, perfecto, como si nunca su dulce pelirrojo se hubiese acostado con un mal.dito tío en una mal.dita discoteca. Daba igual el pasado, había que enfocarse en el futuro. Se lanzó hacia el teléfono y marcó apresuradamente el número de la casa de su vecina.  
  
- Residencia Katin – oyó decir a la criada que la había pillado aquella mañana mirando hacia la habitación de Lena.  
- Buenos días, llamó desde la consulta de la doctora Volkova para informar a la señorita Elena Katina de que sus análisis han llegado antes de lo esperado, por lo que sería conveniente que se pasase cuanto antes – respondió Yulia con la voz más impersonal que pudo.  
- Verá, señorita, la señorita Lena no está en casa ahora mismo… - comenzó a decir, pero se oyó el sonido de la puerta y la dulce voz de la pelirroja gritándole algunas cosas que Yulia prefirió no entender -. Espere, que acaba de llegar, se la paso.  
-Quítate de ahí y ve a hacer la comida, vas a durar más poco… – decía la pelirroja desde el otro lado -. ¿Diga?  
- Señorita Katina, acaban de llegar sus resultados, ¿sería posible que se pasase al final de la tarde? – Yulia mantenía el tono frío, pero una sonrisa se mantenía permanentemente en sus labios.  
- ¿Yulia? Sí… claro, allí estaré.  
  
Tras colgar el teléfono Lena se sintió un poco sorprendida por el tono de la doctora. ¿Sería siempre así en el trabajo? No volvería a tratarla con displicencia por haberla evitado ese tiempo, ¿verdad? Aunque bien pensado, le correspondía llamar a la recepcionista. Lena articuló una enorme sonrisa y corrió escaleras arriba hacia su habitación para decidir qué iba a ponerse. Svetlana miró recelosa a la pelirroja y fue a la cocina a hacer la comida, algo pasaba efectivamente con la vecina.  
Sacó todo de su armario, lo volvió a meter, hizo una primera clasificación, eliminó lo que pudiese ser sospechoso, la ropa de zo… de fiesta, la demasiado formal, la demasiado informal y se quedó, tras varias horas de elección y sin comer, con… nada. Volvió a sacarlo todo y decidió quedarse con unos pantalones vaqueros cortos y una camisa blanca sin mangas algo holgada. Se maquilló discretamente y se enfundó unos tacones apropiados. Estaba lista para matar. Cuando bajó las escaleras, Svetlana la miró con una ceja levantada mientras limpiaba la lámpara.  
  
- ¿Por qué me miras así? – preguntó indignada por la osadía de la criada.  
- No la miro de ninguna manera, señorita Katina.  
- Presta atención a tu trabajo, no sé ni para qué te pago si te pasas el día cotilleando y viendo la telenovela…   
  
  
Media hora después, la pelirroja entraba por la puerta de la clínica y se sentaba en la sala de espera. Solo la separaba una pared de su sexy doctora y de los resultados de las pruebas. Seguramente todo habría ido bien y por eso la había llamado con tanta urgencia… o podía haber ido mal y por eso se había mostrado tan fría… En unos minutos lo sabría.  
La puerta de la consulta se abrió momentos después y de ella salió una mujer muy embarazada y su amada Yulia, quien recorrió con la mirada toda la sala de espera, vacía excepto por la voluptuosa pelirroja. Contuvo una sonrisa, quería hacerla sufrir un poquito por haberla evitado esos días. Le hizo una señal para que pasase, se sentó en su butaca y sacó los resultados. Lena entró a la consulta cerrando la puerta tras de sí y se sentó en una de las sillas.  
  
- Señorita Katina, acabo de recibir sus resultados y he de decir que no he encontrado ningún signo de que continúe padeciendo ninguna ETS – dijo sin levantar la vista de los papeles.  
- Entonces… ¿estoy completamente curada? – Lena abrió mucho los ojos y esbozó una sonrisa.  
  
La pelirroja se levantó y rodeó la mesa directa a darle un beso a Yulia. Ésta, sin embargo, se levantó y le hizo un gesto con la mano para que se esperase. Pasaron un par de minutos en silencio mirándose hasta que Yulia miró el reloj de pared y esbozó una sonrisa.  
  
- Acaba de terminar mi jornada laboral – y cogió de la mano a Lena.

**Capítulo 8: El de que se niega a hacer un trío con Yulia y su vena.**  
  
- Acaba de terminar mi jornada laboral – Yulia cogió la mano de Lena y la empujó hacia sí.  
  
Comenzaron a besarse como si sus vidas dependiesen de aquello. Lena rodeó el cuello de la doctora con sus brazos y soltó su pelo. Mientras tanto, Yulia metía las manos por debajo de la camisa de la pelirroja, ansiosa por sentir el roce eléctrico de su pálida piel. Pudo notar, articulando por ello una sonrisa pícara, que la pelirroja estaba ardiendo. Empezó a bajar con sus ansiosos besos por el cuello de Lena hasta llegar a su clavícula, donde encontró la primera barrera de ropa. Chasqueó la lengua y Lena recuperó la boca de la doctora mientras se desabrochaba la camisa. La morena deslizó sus manos hasta los pechos de Lena en una caricia que dificultó la tarea de la pelirroja, la cual comenzó a llevar poco a poco a la doctora hasta la camilla. Lena tenía que reconocer que hacerlo en la consulta le estaba dando mucho morbo, y más sabiendo cómo era la morena en lo referente a su trabajo.  
  
- Espera, espera – jadeó Yulia recuperando el control de sí misma -. Aquí no, este es un lugar de trabajo sagrado. Vamos a mi casa.  
  
Lena alzó una ceja con incredulidad. ¿En serio en pleno calentón iba a obligarla a ir diez minutos en coche hasta su casa solo para no mancillar la mal.dita consulta? Miró directamente a la morena a los ojos, e hizo el último intento por quedarse lanzándose a su cuello. Lo recorrió poco a poco dando pequeños mordisquitos que provocaron que saliese más de un gemido de la doctora. Yulia comenzaba a perder la cabeza, la ropa le estorbaba tanto que la sentía arder, y estaba desesperada por devorar cada trocito de su vecina, pero tenía que ser responsable, como siempre. Con gran fuerza de voluntad se separó de la chica y abrió la puerta. Una leve ráfaga de aire consiguió aclararle un poco las ideas.  
  
- Lena, son solo diez minutos, y aquí no hay nada que… decaiga en ese tiempo – sonrió.  
  
La pelirroja entrecerró los ojos y suspiró, resignada. No iba a cumplir su fantasía de hacerlo en la consulta de la morena, pero eso no iba a evitar que fuese épico. Se acercó lentamente a los labios de la morena, aunque quisiese empotrarla contra la pared, lanzarla contra la camilla y hacerle cosas que en muchos lugares se considerarían ilegales, con penas de prisión bastante altas. Cuando pudo sentir el cálido aliento de Yulia, se mantuvo unos segundos inmóvil, jugando con ella, soportando la tentación, finalmente se alejó y empezó a andar por el pasillo hasta el garaje de la clínica. Yulia tiró la bata del uniforme dentro sin mucha preocupación, cerró rápidamente la puerta y salió corriendo por el pasillo sin ni siquiera despedirse de la recepcionista para alcanzar a la pelirroja. La encontró apoyada sobre el capó de su coche, y tuvo que reprimirse al máximo para poder, al menos, entrar en el vehículo. Sin dejar de besarse, Lena se sentó en el asiento del copiloto, dando a entender que tampoco se cumpliría su fantasía de hacerlo en el coche de la doctora. La pelirroja era cada vez más consciente de que le iba a tener que esperar hasta llegar a casa. Sin embargo, estaba decidida a que la espera provocada por Yulia impacientase tanto a la doctora como lo estaba haciendo con ella.   
La ginecóloga subió rápidamente al coche, se puso el cinturón y puso la llave en el contacto. Sabía perfectamente que estaba haciendo esperar demasiado a Lena, pero no podía dejar que el calentón infernal que sentía cuando su vecina la besaba rompiese su ética profesional. A mitad de camino tuvieron que pararse en un semáforo, cosa que Lena aprovechó con mirada pícara para poner una mano en la rodilla de su acompañante y subir poco a poco acariciando el interior de su muslo. Yulia hubiese deseado poder decir algo para pararla impulsada por su conciencia, pero ninguna palabra salvo meros gemidos eran capaces de salir por su boca. Al semáforo le quedaba poco para ponerse en verde, y esperaba, en vano, que la pelirroja retirase su mano; sin embargo ella seguía subiendo sin pudor ninguno, limitándose a deleitarse con las muecas de placer reprimido que esbozaba la doctora. Cuando llegó a su entrepierna, el semáforo se puso en verde y Yulia pisó a fondo, provocando una sonrisa en la pelirroja quien, por miedo a sufrir un accidente automovilístico, retiró la mano.  
Al llegar a la propiedad de la morena, ni siquiera se molestó en pasar el coche, simplemente tocó el claxon e hizo salir al portero, quien se encargó de todo mientras la morena llevaba velozmente y cogida de la mano a Lena. Abrió con violencia la puerta, y de la misma manera la cerró, dirigiéndose rápidamente a la pelirroja y arrinconándola contra la pared. La miró un par de segundos a los ojos, disfrutando de ese extraño verde grisáceo, y captó sus labios. Se besaban con fiereza, como si fuese una batalla encarnizada de amor, en un momento dado, la pelirroja se abrió paso con su lengua entre las líneas enemigas de Yulia y ambas se fundieron en un beso completo. Habían sacado la artillería pesada, y la batalla era cada vez más encarnizada. A esta se sumaron las manos y las caricias, que desesperadas por desbaratar las defensas enemigas dejaban cada vez más prendas de ropa tirada por el suelo. La batalla se trasladó por acción de Lena al sofá mientras la morena acariciaba su vientre y besaba su cuello, tumbándola por completo en el mullido mueble de cuero. Ya podían oírse los gemidos de la pelirroja cuando apareció un componente inesperado: el timbre. Ambas chicas miraron con el ceño fruncido hacia la puerta y decidieron hacer caso omiso de las demandas de la persona que estaba tras ella, la cual no dejaba de ser cada vez más insistente.  
  
- Yulia, no me ignores, sé que estás en casa, ¡ábreme! – era la voz de Dimitri, su inoportuno amigo.  
  
La ginecóloga se echó las manos a la cabeza, indicó con un gesto a Lena que fuese hacia la habitación, cogió su camisa, y mientras se la ponía avanzó hacia la puerta maldiciendo a todo lo que se le ocurría. Dima entró como un torbellino sin fijarse de la ropa que poblaba el suelo y se tiró en el sofá que hace poco, pensó Yulia, había ocupado el candente cuerpo de Elena. La doctora estaba intentando contener sus instintos homicidas cuando su amigo comenzó a parlotear sobre cosas sin sentido.  
  
- A ver, a ver, Dima, tranquilo – dijo la morena con impaciencia y se sentó a su lado -. Estoy un poco ocupada así que se breve.  
- Pues Grisha me ha, me ha… abandonado para ir con sus amigos a ver el fútbol – estaba a punto de echarse a llorar -. ¿Te lo puedes creer?  
- No, esto es increíble – la rabia de la morena iba en aumento -. ¡¿Me has interrumpido… para venir a quejarte sobre que tu nuevo novio ha ido a ver el partido con sus amigos?!  
  
El muchacho reparó por vez primera en el panorama en el que se encontraba: la ropa por el suelo, la vestimenta desaliñada de Yulia, una cabellera pelirroja asomando levemente por la puerta del dormitorio de la misma… Tragó saliva siendo consciente del cabreo de la morena, bueno, de la morena y de la vena que parecía estar a punto de reventarle en al frente. Sonrió con desenfado para intentar disculparse, se levantó lentamente del sofá y oyó sonar su móvil. Miró el mensaje que le acababan de mandar con una sonrisa.  
  
- Mira, Yuli, es Grisha, que ya vuelve a casa… - su sonrisa se transformó en una mueca de miedo y salió corriendo hacia la puerta.  
  
Yulia tomó aire para tranquilizarse y entró en su habitación con una sonrisa, la pelirroja la estaba esperando prácticamente desnuda en la cama y en una posición más que sugerente, un poco… muy harta de esperar. Se deshizo de la camisa y se reclinó lentamente sobre la pelirroja, volviendo al ardiente fuego de sus besos. Las manos de Lena se dirigieron impacientes hacia el pantalón de Yulia, el cual prácticamente arrancó de su dueña y tiró a una esquina de la habitación. Yulia sonrió por el ansia de la pelirroja, quien en un rápido movimiento quedo a horcajadas encima de ella y le sujetó los brazos juntos contra la almohada dejándola indefensa. Lena se acercó lentamente a sus labios, dejando a Yulia deseosa de un beso hasta que se lo suplicó en un susurro. Poco a poco bajó hasta dar con sus redondeados pechos, y justo cuando la cosa se estaba poniendo interesante volvieron a tocar al timbre. Lena puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre un lado de la cama mientras Yulia, como un huracán, se dirigió a abrir la puerta sin ni siquiera preocuparse de su vestimenta.   
  
- Desde luego, yo tengo que haber hecho algo horrible en otra vida – mascullaba entre dientes.  
  
Afortunadamente, aunque no para ella, era Dima de nuevo. Al parecer el chico buscaba emociones fuertes y por ello se atrevía a volver por aquella casa en aquel momento.  
  
- Se… me ha caído el móvil aquí al salir corriendo – se excusó mientras se agachaba para coger el teléfono sin poder quitar la mirada de los enfurecidos y llameantes ojos de la morena.  
  
Y tan pronto como había llegado, se fue. Yulia intentó tranquilizarse y volver a la habitación, donde Lena la seguía esperando con una mueca de fastidio en la cara. Cuando iba a volver a acercarse a los deliciosos labios de la voluptuosa pelirroja, su móvil empezó a sonar.   
  
- ¡¿Pero qué pasa hoy?! – exclamó desesperada buscando sus pantalones mientras Lena escondía la cabeza bajo la almohada, desesperada por la situación.  
  
Finalmente, encontró los pantalones y rebuscó en los bolsillos hasta encontrar el móvil, que no dejaba de sonar. Lo abrió con desesperación sin mirar ni siquiera quién la llamaba.  
  
- ¿Diga? … ¡Mamá! – exclamó dándose pequeños cabezazos contra el armario -. No, no quiero que me guardes pollo… sí, mamá… no, mamá… - y mientras su madre seguía hablando, tapó el auricular para pedir inaudiblemente perdón a la pelirroja.  
- Te das cuenta de que si no fueses tan cabezota ahora mismo estarías teniendo el quinto orgasmo sobre la camilla de tu consulta, ¿verdad? – dijo Lena algo cansada mientras se incorporaba.  
  
La morena frunció el ceño y, finalmente, tras jurarle y perjurarle que se alimentaba bien y que no trabajaba hasta muy tarde, logró colgarle a su madre. Cuando guardó el móvil se dio cuenta de que la pelirroja había salido de la habitación y se ponía cada una de sus prendas de nuevo.  
  
- ¿Cómo?... ¿Te vas? – preguntó desesperada la doctora.  
- Lo siento mucho, Yulia – dijo poniéndose la camiseta -. Pero no voy a esperar más de una hora para poder estar contigo, y llevamos 65 minutos, el momento ha pasado por hoy – se arregló la ropa -. Además, no pienso hacer un trío contigo y con tu vena enfadada – comenzó a ir hacia la puerta -. Mañana hablaremos, yo… estoy agotada.  
  
\*\*\*  
  
Svetlana llegó de comprar víveres para la casa de sus señores aquella mañana y lo que vio le confirmó definitivamente que algo serio le estaba pasando a Elena Katina. Al dejar todo en la cocina para que las demás criadas lo colocasen y dirigirse al salón, pudo asistir a un espectáculo muy extraño. Al principio solo escuchó la música, tranquila y relajante; después captó el olor del incienso, y finalmente observó a la pelirroja sentada y en posición de meditación, ausente de todo ese estrés e irascibilidad que siempre la caracterizaba. La sorpresa fue tal que la mujer no pudo decir nada.  
  
- Sveta, ¿ya has llegado? – dijo Lena con voz sosegada e incluso amable, lo cual hizo que la criada estuviese a punto de llorar, pero extrañamente no de felicidad, sino de espanto, terror porque algo le estaba pasando a su señora.  
- Señorita Katina… ¿está usted bien? – preguntó con cautela acercándose a ella muy despacio.  
- ¿Qué si estoy bien? – Lena esbozó una sonrisa algo triste que resultó imperceptible para la criada ya que la pelirroja se encontraba de espaldas a ella -. Esa es una pregunta compleja, Sveta – continuó con los ojos todavía cerrados, dejándose llevar por la música, y cambió de posición a una de yoga -. Anoche, después de estar durante 65 largos minutos esperando para echar el polvo de mi vida, el polvo que marcaría un antes y un después en la historia del siglo XXI, me fui a casa prácticamente en estado de shock. Eso no podía estar pasándome a mí, pero no fue hasta que subí a mi cuarto y me desvestí cuando empecé a sentirme furiosa – hablaba tan despacio y tan tranquila, que Svetlana empezó a asustarse de verdad -. Tenía dos opciones, tirarme desde la terraza y morir a dos velas o llamarte a ti a tu casa y gritarte un rato – volvió a cambiar lentamente de posición sin abrir los ojos -. Iba a hacer lo primero, pero obviamente no me sé tu número de teléfono, por lo que bajé a por la guía telefónica. Pero, de repente, oí una melodía procedente de la televisión, era un anuncio de yogur sobre un montón de gente que hace yoga, y me dije: “¿Me pongo a hacer meditación y yoga o soporto oír la horrible voz de una criada a las tres de la mañana?” y aquí estoy desde entonces, reprimiendo mi enorme frustración y mis ganas de estrangular de forma no sexual a cierta persona – respiró hondo y se dio la vuelta para mirar a la criada -. Así que, respondiendo a tu pregunta, no, no estoy nada bien. Recoge esto y que me preparen el baño.  
  
Svetlana siguió con la mirada a la pelirroja mientras esta subía las escaleras. Era evidente que algo muy fuerte estaba pasando, y no iba a parar hasta averiguar en qué andaba metida Elena Katina.

**Capítulo 9: El de que es un capítulo muy largo.**  
  
El viernes de la semana siguiente, por la tarde, Lena volvió con sus ejercicios de relajación, dispuesta a volverse una persona sosegada y paciente. Paciencia, eso era lo que le hacía falta en cantidades industriales para lidiar con la doctora. Aquella semana solo había podido hablar con su hermosa morena una vez porque al parecer todas las embarazadas de Moscú habían decidido ponerse de parto, y habían quedado para cenar. Definitivamente, el karma la estaba castigando por sus malas acciones pasadas, porque eso ya no era ni un poquito normal. Para poder estar con la morena había decidido cambiar, y si para eso tenía que volverse una fuente interminable de calma y dulzura, estaba dispuesta a hacer yoga y meditación hasta que se alineasen todos sus chakras y entrase en armonía con el universo. Y si conseguía aprender a levitar, pues eso que se llevaba. ¡Hey! Pero funcionaba, ¿eh? Aunque inicialmente había tratado con bastante escepticismo el tema de la paz interior, poco a poco iba consiguiéndola. Hacía ya una semana que no había gritado a ninguno de los criados, ni siquiera a Svetlana, aunque los seguía tratando como a la "chusma" que eran, pero en tono clamado. Se podría decir que su enorme frustración sexual era la gasolina de su fuerza de voluntad para no dirigirse a la consulta de la ginecóloga y violarla en aquel “lugar sagrado”.  
Por otro lado, esa paz y espiritualidad la estaba ayudando bastante con sus progresos en el campo de la psicología, hasta el punto de que su hermana, viéndola tan tranquila, y bastante sorprendida por ello, le había propuesto abrir un área de psicología en la clínica. Sin embargo, Lena tenía que pensárselo bien. Sí, sería maravilloso tener su propia consulta y poder ejercer al fin, pero tenía que tener en cuenta su salud mental. Estaría trabajando todo el día en la misma clínica con Yulia, con la sensual y cabezota Yulia, a la que maldecía por sentarle tan bien la bata de médico. Se apoyó sobre los antebrazos dejándose mecer por la suave música y el delicioso olor del incienso, levantó el cuerpo y comenzó a hacer la postura del escorpión.  
  
- ¡J.oder, Lena! – exclamó Vlad, su yerno, cuando pasó junto con su hermana por el salón.  
- Lenok, te vas a hacer polvo la espalda – avisó Anya yendo hacia ella.  
- Tranquila, Anna, respira hondo y que no cunda el pánico – contestó pausadamente manteniendo la asana -. Por cierto – estiró las piernas, pasó el apoyo a sus manos, hizo el pino y poco a poco volvió a estar erguida con los pies en la tierra mientras respiraba profundamente -, Anya, dime cuándo y me tienes trabajando en la clínica, muchas gracias por la oportunidad – sonrió ampliamente a su hermana y le dio una pequeña palmadita a Vladimir -. Svetlana, recoge eso.  
  
Todos miraron anonadados la salida de Lena, y cómo subía por la escalera, casi como si flotase hacia su habitación. Anna tenía una extraña expresión en su rostro, y a Vlad parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. La criada terminó de recoger los instrumentos de yoga y apagó la música.  
  
- ¿Os dais cuenta de que algo serio le tiene que estar pasando? – comenzó Sveta.  
- Me está dando miedo – agregó Anya -. Nunca me había dado las gracias por nada.  
- Y a mí nunca me había tocado para nada, y mucho menos de forma amistosa – concluyó su marido.  
- Creo que la señorita Elena nunca debió dejar de ir a terapia – comentó la criada y Anya la miró.  
- Sveta, el cambio está siendo muy positivo, nunca la había visto tan relajada…  
- Pero, Anya – se explicó -, está tranquila, sí, pero igual de… lamento la palabra, pero está igual de borde. Es como si se estuviese guardando todo su enfado… por no hablar de lo que me dijo ayer…  
  
El matrimonio frunció el ceño y la señora de la casa le hizo un gesto a la criada para que se sentase en uno de los sillones mientras ellos tomaban asiento en el sofá. Para Anna Katina, su hermana siempre había sido todo un misterio, desde pequeñita. A raíz de la traumática muerte de sus padres, su hermana había cambiado completamente, volviéndose en un inicio reservada, después desarrollando una enfermedad psiquiátrica y finalmente convirtiéndose en todo un huracán malcriado y ansioso de atención, y ella ya lo tenía asumido. Siempre llegaba tarde y borracha a su casa, saliendo continuamente de fiesta con “la familia real”, y nunca se había preocupado por mantener el patrimonio familiar, solo por gastarlo. Después de terminar la carrera, se casó con el enemigo de su propio marido, seguramente solo para hacerle la competencia, y poco después el matrimonio fracasó, lo cual era bastante previsible. Sin embargo, a raíz de su matrimonio, pareció sentar un poco la cabeza. Dejó de salir tan a menudo, continuó con la terapia a pesar de que Yuri Vasilev ya no ejercía, incluso se hizo amiga de su hija Masha. Se comportaba tan rara o más que siempre, pero al parecer se sosegó un poco. Y después, de la noche a la mañana, Andrei le pidió el divorcio, y ella sin mediar palabra aceptó. Le había preguntado mil y una veces sobre la causa de la ruptura de su matrimonio, pero ella nunca había querido decir nada. Luego pasó por una etapa muy extraña: salía pocas veces de fiesta e iba el doble de veces al psicólogo, a veces se iba y no volvía en días y otros se mantenía encerrada en su habitación. Llego a pasar por una etapa no hacía mucho tiempo atrás en la que, aunque quisiese ocultarlo, no dejaba de llorar. Anya ya no se atrevía a preguntarle qué le pasaba, y, de repente, volvió de fiesta con unas clamidias. Quizá eso era lo que le había hecho recapacitar sobre su vida y tomárselo todo con más calma, al fin y al cabo, una enfermedad de transmisión sexual no era nada para tomarse a la ligera, podía haber sido VIH. En cualquier caso, esa vez sí que quería saber qué le pasaba a su hermana, si estaba madurando no quería desatenderla, sino apoyarla.  
  
- Pues, verán, señores – comenzó la criada Svetlana -. El otro día, cuando empezó con la meditación y las posturas estas raras que parecen de circo, le pregunté cómo estaba y ella me contó que había esperado más de una hora para poder... acostarse con alguien, pero que al final no lo había hecho y que estaba reprimiendo su frustración… sexual mediante el yoga – terminó de contar y tragó saliva -. ¿Creen que estará metida en algún asunto de drogas o prostitución?  
  
Tanto Vladimir como Anya esbozaron una sonrisa un tanto peculiar. Sí, les hacía gracia que a la caprichosa Elena le estuviese costando por una vez conseguir lo que quería, y además la ingenuidad de la anciana era bastante graciosa. Anya se levantó y subió rápidamente las escaleras hacia el cuarto de su hermana. Cuando abrió la puerta se la encontró poniéndose una camisa roja de manga corta. La pelirroja observó cómo su hermana se apoyaba en el marco de la puerta con una sonrisa que no le gustó nada. Frunció el ceño.  
  
- ¿No me piensas decir quién es el hombre que te está haciendo sentar la cabeza de una vez por todas?  
  
Lena desvió la mirada y se puso unas finas medias negras encima de las cuales colocó una falda del mismo color con detalles plateados. Anya se acercó a ella con una sonrisa inquisitiva que hizo que las alarmas de peligro se disparasen en la pelirroja, al mismo tiempo que sentía que el corazón se le subía a la garganta.  
  
- No sé a qué te refieres – respondió mientras se calzaba unos botines negros con un fino tacón de aguja y pasó al baño para maquillarse, cerrándole la puerta a su hermana en las narices.  
- Vamos, dime detrás de quién vas, ¿o me vas a hacer creer que te estás vistiendo así para ir de compras? – insistió Anya.  
- Pues no, graciosa – dijo la pelirroja intentando no temblar para poder pintarse bien los ojos -. Tengo una cena.  
- ¿Una cena… o una cita? – preguntó perspicazmente la hermana.  
  
Lena se mantuvo en silencio, respiró hondo varias veces y consiguió tranquilizarse. Todo era gracias a la meditación y al yoga, habían hecho maravillas con ella. Terminó de arreglarse, se echó perfume con olor a jazmín y abrió la puerta. Anna levantó una ceja ante lo guapa que se había puesto su hermana para una simple cena. Llevaba el pelo pelirrojo, suelto y ondulado cayendo sobre sus hombros en cascada, se había pintado los ojos de forma que resaltaba al máximo su color verde grisáceo, llevaba poca base, notándosele aún las pecas, los labios de un tono rojo no muy agresivo, pendientes largos con brillantes plateados, camisa roja sin mangas y con un par de botones abiertos, resaltando sus vertiginosas curvas, falda negra con detalles plateados, no tan corta como para ser de mal gusto pero lo suficiente como para provocar infartos, las medias negras estilizaban sus piernas, y como remate final unos botines negros de aguja que indicaban que iba a por todas. Esta vez, pensaba Lena, no iba a darle a la doctora ni un poquito de margen para que no la tirase sobre la cama en cuanto que la viese. Aunque sería una pena que la cena que iba a prepararle la morena se echase a perder.  
  
- Cita – sentenció Anya con una sonrisa.  
- Cena – la corrigió Lena intentando no dar muestras de su mentira -. Voy a cenar con Yulia Volkova, me la encontré el otro día cuando salía hacia la universidad y le mostré mi escepticismo ante que pudiese apañárselas sin servicio – improvisó con gesto neutral y tono indiferente mientras cogía su bolso -. Así que me invitó a cenar para que lo comprobase por mí misma, y acepté.  
  
La cara de Anya en ese momento era todo un cuadro. Elena Katina, su hermana, que no quería ir a la consulta de Yulia porque era lesbiana a pesar de tener una fuerte ETS, le estaba diciendo que se iba a cenar con la susodicha doctora y se había vestido para matar. No tenía ningún sentido, eso era el mundo al revés. Lena sabía que eso le iba a traer problemas, pero en ese momento solo le interesaba que esa noche se iban a oír gritos en todo el vecindario, y no iban a ser de miedo ni de dolor precisamente. La hermana de la pelirroja le posó el dorso de la mano en la frente.  
  
- No tienes fiebre – respondió casi en un susurro ante el ceño fruncido de Lena.  
- Ya vale, Anya, que voy a llegar tarde – espetó la pelirroja sacándose de encima a su hermana y saliendo de la habitación, pero ésta la siguió aún sin poder creérselo.  
- ¿Vas a ir a cenar a casa de Yulia Volkova así vestida? – continuó incrédula.  
- ¡Ay, Anya, para ya con la homofobia! Solo voy a cenar a casa de una vecina y futura compañera de trabajo – dijo mientras bajaba las escaleras -. Y a mi ropa no le pasa nada.  
- ¿Yo homófoba? – Anya seguía sin poder creérselo -. Si lo pregunto precisamente por ti.  
- A ver – Lena se paró antes de salir a la calle ante la expectante mirada de su hermana, Vlad y la criada -. Que Yulia sea homosexual no significa que le gusten todas las chicas, no es que me vaya a violar ni nada por el estilo – “bueno, eso ya lo veremos”, pensó reprimiendo una sonrisa.  
  
Su hermana se quedó unos momentos en silencio y luego abrazó fuertemente a Lena. Era lo más racional y maduro que la había oído decir nunca. Lena suspiró profundamente, ansiosa por llegar a la casa de la morena y así estar a salvo de esas miradas indiscretas. Ambas hermanas se separaron y la pelirroja comenzó a atravesar el jardín.  
  
- Por cierto, quizá después vayamos de fiesta, así que llegaré tarde – les gritó desde la puerta de la propiedad.  
  
\*\*\*  
  
Cuando tocó el timbre de la casa de la morena, Lena estaba mucho más tranquila. Aunque sabía que tendría que andarse con ojo si no quería que su familia descubriese su pequeño secreto, no iba a pensar en eso esa noche. Por nada del mundo iba a dejar que algo arruinase su noche de sexo desenfrenado, no esa vez. Se oyeron pasos en el interior, y la puerta dio paso a una sonriente Yulia Volkova, dejando a la pelirroja con la boca literalmente abierta. La morena llevaba el pelo rizado desde un poco más debajo de las raíces, y se había maquillado discretamente resaltando esos maravillosos ojos azules que durante varios segundos dejaron absorta a Lena. La pelirroja se quedó sin respiración al observar cómo Yulia había sacado la artillería pesada: llevaba un finísimo y corto vestido negro que se ajustaba a sus caderas y con un escote de pico hasta prácticamente el ombligo que dejaba lo justo a la imaginación. Por si fuera poco ya, la sugerencia se acentuaba con un collar de finos cordeles que caían justo entre sus pechos. El calor empezó a apoderarse de Lena, la cual solo pudo besar fogosamente a la morena para mostrar su encanto. Desde luego, toda la paz interior que conseguía con la meditación se alteraba deliciosamente cada vez que veía a la ginecóloga.  
La puerta de la casa se cerró y en la apacible noche solo pudo oírse el canto de los últimos pájaros que se dirigían a sus moradas. Dentro de la mansión, Lena solo disfrutaba de la dulce miel de los labios de Yulia, que, previsora, había prescindido de preparar la cena. La lengua de la pelirroja traspasó la barrera de los dientes de la doctora, quien la guiaba poco a poco hacia el dormitorio. Había apagado el móvil, la televisión, e incluso el gas, por si acaso, había desconectado el teléfono y había ordenado al portero que no se le ocurriese bajo ningún concepto dejar pasar a nadie que no fuese Lena. Ésta tumbó a Yulia en la cama con cuidado y comenzó a besar y mordisquear poco a poco su cuello mientras se deleitaba con los suaves gemidos de la doctora.  
  
- Qué lástima que el vestido vaya acabar tan pronto en el suelo, con lo bien que te queda – susurró en un momento dado al oído de Yulia, quien, divertida, se dejaba hacer mientras acariciaba los muslos de su vecina.  
  
La morena había aprendido de sus errores, no pensaba retrasar ni un minuto más el momento. Su cuerpo se caldeaba hasta lo inimaginable mientras el ansia de recorrer todo el cuerpo de la pelirroja aumentaba. Sin embargo, las cosas tenían que hacerse bien. Yulia se incorporó un poco y se quitó el colgante y los pendientes, dejándolos a buen recaudo en la mesita de noche, y lo mismo hizo Lena, con una extrañamente tímida sonrisa en los labios. La morena volvió entonces a recorrer su cuello con sus besos mientras le desabrochaba uno a uno los botones de la camisa, la cual pronto acabó en el suelo. Yulia se colocó encima de Lena y comenzó a recorrer su cuerpo con sus besos, llegando hasta su vientre, quitándole tanto los pantalones como las medias, y comenzó a acariciar suavemente y muy despacio el interior de sus muslos. Ella liberó a Yulia de su vestido. Por supuesto, debido al corte de éste, la morena no llevaba sujetador, y Lena, incorporándose hasta dejar a la morena sentada a horcajadas encima de ella, retiró los rizos morenos de sus hombros y comenzó a besarle el pecho, recorriendo en círculos con su lengua los pezones de la doctora y acariciando su espalda mientras oía una infinidad de suspiros de placer. Incorporándose un poco más, se situó encima de la morena, bajando con sus besos hacia sus caderas.  
  
- No me había fijado en que llevabas un piercing en el ombligo… – sonrió Lena y acarició el pequeño brillante suavemente con su lengua, provocándole un grato escalofrío a la ginecóloga.  
  
Continuó bajando hasta llegar a la lencería, que retiró cuidadosamente del cuerpo de la morena. Entonces Yulia captó la atención de Lena y la hizo volver a sus labios para, con ágiles dedos, retirar el fino sujetador de encaje y liberar los redondeados pechos de la pelirroja. No pudo hacer otra cosa que sonreír y morderse el labio ante semejante descubrimiento. Se lanzó voraz hacia Lena con chispas en los ojos, acariciando con la lengua y la mano izquierda sus pezones, y con la mano derecha bajando con continuas caricias hasta su entrepierna. Los gemidos de Lena empezaron a subir de volumen en cuanto la morena rozó la leve y húmeda hendidura aún cubierta por su ropa interior, cosa que rápidamente solucionó. Habiéndose desprendido de toda la ropa, Yulia se incorporó levemente para poder mirar a la pelirroja a la cara. Comenzó a impacientarla acariciando la parte interna de sus muslos de arriba a abajo con una sonrisa algo sádica mientras que Lena no dejaba de suspirar con los músculos tensos y de intentar que se acercase más a la doctora para poder besarla; y cuando parecía que la pelirroja iba a revelarse, sin previo aviso, Yulia comenzó a masajear en círculos el pequeño y sensible botón ya hinchado que comenzaba a sobresalir del centro de deseo de la pelirroja. Lena soltó un gemido bastante audible, sorprendida y necesitada de la morena. Colocó una mano en la espalda de esta para aproximarse más a ella, y con la otra comenzó a masajear sus pechos mientras recorría en un camino sinuoso de besos su clavícula.  
  
- No, quiero verte – susurró una Yulia con respiración entrecortada incorporándose un poco más y separando levemente a la jadeante pelirroja de sí.  
  
Con una recién adquirida e impresionante flexibilidad fruto en gran parte del yoga, Lena arqueó la espalda levemente hacia atrás, apoyando los brazos en la cama. Deseaba tocar a la morena más que nada en aquel momento, pero pronto llegaría el momento del éxtasis y no estaba para ponerse a discutir. Yulia se incorporó un poco más dejando a la pelirroja retorciéndose bajo su cuerpo, y en cuanto comprobó que los ahogados gemidos de su vecina aumentaban de volumen introdujo el dedo corazón. Lena soltó un gran suspiro al mismo tiempo que su rostro se contrajo en una mueca de placer que resultó el mayor de los afrodisiacos para la morena. Los movimientos de cadera suplicantes de la pelirroja aumentaban la fricción de las embestidas de Yulia, que poco a poco introdujo otro dedo más haciendo que la pelirroja apretase los dientes. El ritmo aumentaba paulatinamente hasta hacerse vertiginoso, mezclándose los altos gemidos que Lena no podía ya retener en su garganta con la respiración entrecortada de Yulia, hasta que una ardiente corriente eléctrica sacudió a la pelirroja extendiéndose por todo su cuerpo. La morena observó aquel cuerpo perlado de sudor contrayéndose en espasmos bajo ella y la placentera sonrisa satisfecha de Lena, y se dejó caer con la respiración entrecortada a su lado.   
  
Se mantuvieron en silencio alrededor de un minuto, intentando regular sus desbocados ritmos cardiacos y captar todo aquel aire que parecía faltar en la habitación. Tanto para Lena como para Yulia había sido algo sobrenatural. Era muy evidente que la doctora tenía muchísima experiencia, pero no había sido solo por eso. La forma en la que se amoldaban sus cuerpos, sus besos, caricias, todo había resultado extrañamente nuevo tanto para una como para la otra. Pero no había acabado aún. Cuando hubo recuperado un poco el aliento, y aun sintiendo su cuerpo débil y extasiado de placer, Lena se subió encima de Yulia a horcajadas y la miró con la cabeza levemente inclinada hacia un lado. Acarició con el dorso de la mano su mejilla, como pensativa, quizá meditando sobre lo que estaba sintiendo por la morena en aquel instante, no solo deseo sino también algo más profundo, cálido y apacible a la vez que excitante. Se inclinó para besar su frente y volvió a incorporarse, deslizando las yemas de los dedos por su cuello, el hueco entre sus pechos, su abdomen plano, y parándose en el diminuto piercing. Solo quería sentir la suavidad de su piel, poder recorrer cada milímetro de su cuerpo y provocarle tanto o más placer del que ella había sido capaz. Se mordió el labio y besó dulcemente los labios de la morena, bajando en un pequeño recorrido hacia su oreja, su cuello, clavícula, pechos y vientre, deleitándose con el dulce sonido de los suspiros de Yulia. Estiró las rodillas y se situó de frente al húmedo tesoro de la morena, deteniéndose a besar el interior de sus muslos en un baile apacible que poco a poco iba desesperando a la doctora. Cuando oyó las manos de Yulia cerrarse sobre las sábanas para resistir el ansioso impulso de reclamar a la pelirroja, acarició su hendidura con la lengua, provocando un espasmo de placer en su vecina. Podría haberlo hecho rápido, salvaje incluso, pero sometió a la doctora a un desquiciante vaivén de caricias extasiantes culminadas con un orgasmo superior al esperado que sacudió violentamente el cuerpo de la morena, tras el cual se relajó y se abrazó a la pelirroja, que ya había ocupado su lugar junto a ella. Miró directamente a los ojos por varios minutos a Lena, preguntándose en silencio cómo podía existir alguien como ella y por qué había elegido quedarse a su lado, quizá solo esa noche, quizá más. Yulia se acomodó un poco más en la cama y abrazó a su querida pelirroja por la cintura de forma incluso posesiva ante el pensamiento de que Lena pudiese levantarse e irse, de que no volviese, de qué pasaría a partir de ese momento.  
  
- Aún sigo esperando mis otros cuatro orgasmos – susurró a su oído cuando Lena le dio la espalda, agarrando suavemente su brazo para mantenerse abrazada a la doctora.  
  
Lena sonrió con los ojos cerrados y comenzó a acariciar el brazo de la morena disfrutando del cálido y suave tacto de su piel.  
  
- Los tendrás cuando accedas a hacerlo en la consulta – sentenció provocando una sonrisa esperanzada en Yulia, pues eso significaba que aún les quedaba tiempo juntas.

**Capítulo 10: El de que solo hasta que se acabe el morbo.**  
  
  
Los primeros rayos del alba comenzaron a traspasar la ventana e incidieron en la piel de la pelirroja, que sintió una cálida e intensa sensación de plenitud al salir de su sueño. Abrió los ojos poco a poco, casi con pereza, y se encontró acurrucada en el hueco del hombro de Yulia. Estaba tan guapa cuando dormía, como un ángel de piel dorada que la abrazaba sin querer dejarla marchar. ¿Cuándo había empezado a sentir todo aquello por la doctora? Se conocían desde apenas un mes y realmente no habían hecho otra cosa que no fuese intentar acostarse, ¿por qué había empezado a sentir todo eso? En ese momento, aunque se vio asaltada por una infinidad de preguntas, solo le importaba no hacer ruido para que Yulia no se despertase. Quería observarla mientras dormía tranquila, sin trabajo, sin interrupciones, sin los propios prejuicios de la pelirroja, que sabía que eran muchos. Podría haberse pasado así horas, pero sucumbió a la tentación de acariciar la mejilla de la doctora y ésta se despertó con una sonrisa en los labios.  
  
- Buenos días, dormilona – susurró Lena sin apartar los ojos de ella.  
- Buenos… - bostezó encantadoramente - … días, pelirroja. ¿Has dormido bien? – se incorporó un poco y se frotó los ojos.  
- Más que bien, tienes un colchón muy confortable – estiró la mano y retiró un mechón moreno descolocado de la cara de la doctora.  
- ¡Ah! ¿Todo el mérito va a llevárselo el colchón? – levantó una ceja y agarró con suavidad la mano de Lena para llevársela a los labios y depositar un suave beso en sus nudillos.  
- Bueno, digamos que lo que hace más cómodo al colchón es que estés tú encima de él – comentó arrastrando las palabras, sonrió y le dio un pequeño beso en los labios que Yulia quiso prolongar atrapando su labio inferior con los dientes.  
- Y también lo hace mucho más sexy – sonrió dejando ir al labio de la pelirroja.  
- Doctora Volkova – Lena sonrió y se puso de rodillas sobre la cama – no conocía esa faceta suya tan narcisista.  
  
La morena se mantuvo unos segundos en silencio, recorriendo de arriba abajo con los ojos el cuerpo desnudo de la pelirroja y arrancándole un leve rubor que le resultó muy tierno. Finalmente se incorporó y, comenzando a acariciar con las yemas de los dedos el abdomen de Lena, se acercó a su oído.  
  
- Todo se pega, señorita Katina – susurró con una sonrisa pícara y acarició con los labios el lóbulo de la oreja de la pelirroja.  
  
Ésta aguantó la sonrisa, empujó a Yulia y se colocó encima de ella deleitándose con la visión de su dorado cuerpo y su característica sonrisa hasta llegar a sus profundos ojos azules. Tenían un poder extraño sobre la pelirroja, eran como imanes, no podía apartar la vista de ellos. Lena esbozó una sonrisa y se tumbó a su lado algo incorporada, sujetándose la cabeza con una mano.  
  
- Yo no soy narcisista, simplemente no muestro falsa modestia, me limito a aceptar la realidad tal y como es – observó la sonrisa de Yulia, quien cogió la almohada y la situó debajo de su cabeza -. Yulia – la llamó algo más seria y la morena frunció el ceño – esto es injusto.  
- ¿Qué es injusto, preciosa? – alargó la mano y acarició la pecosa mejilla de la pelirroja con lentitud.  
- Me siento en desventaja, tú sabes muchas cosas de mí pero yo no sé casi nada de ti – contestó haciendo un puchero.  
- Yo diría que me conoces muy bien – articuló una sonrisa de medio lado bastante provocativa.  
- Lo digo en serio, Yulia, te conozco tanto como otras cincuenta chicas.  
- Touché – la morena entrecerró los ojos. Estaba gratamente sorprendida por el interés que estaba demostrando la pelirroja, eso significaba que lo de la otra noche no había sido importante solo para ella -. Sabes que puedes hacerme cualquier pregunta que desees.  
- Quiero saber cosas sobre ti – Lena se acercó un poco más a la doctora, hasta provocar el leve roce de sus pieles.  
- Mmm, a ver… - Yulia se acomodó de forma que quedase mirando a su vecina -. Nací en un pequeño pueblo al norte de Moscú, mis padres se llaman Oleg y Larissa; los quiero mucho, aunque, como viste el otro día, mi madre es un poco… inoportuna – sonrió -. Cuando tenía diez años nos trasladamos a la ciudad, fui a un instituto público donde me adelantaron un par de cursos y conseguí una gran beca para estudiar medicina en Harvard. He estado en EEUU hasta hace unos meses, viniendo en fechas muy señaladas y finalmente te he conocido – sonrió.  
- Pero cuéntame algo más de tu vida – se quejó Lena.  
- Creo firmemente que mi vida ha empezado esta noche, mi amor – susurró.  
  
Lena la observó con el corazón acelerado. No podía creer lo que la doctora había dicho. La embriagó una sensación profunda y cálida, un cosquilleo que hacía mucho tiempo que no había sentido. El sentimiento se intensificó hasta obligar prácticamente a la pelirroja a besar a la ginecóloga. Sin embargo, no fue un beso salvaje o furioso como los de la noche anterior, fue un beso dulce, pausado, un beso con el que intentó y consiguió transmitir todos sus sentimientos sin necesidad de palabras. Se mantuvieron así largo rato, besándose con amor; Lena seguía sosteniéndose la cabeza con una mano, mientras que con la otra se dedicaba a acariciar el cabello de Yulia, y ésta, completamente tumbada en la cama, se limitaba a acariciar con una mano la pierna de la pelirroja. Cuando por fin se separaron, ambas tuvieron que emplear un tiempo para conseguir controlar sus corazones.  
  
- Sigo sin estar conforme con lo poco que me has contado – Lena volvió a hacer pucheros sacando una sonrisa a la doctora.  
- ¿Y si te cuento algo más personal? Un secreto, tal vez… – comenzó Yulia haciéndose la interesante y, ante la afirmación de su pelirroja, se acercó a su oído -. En realidad soy rubia – le susurró.  
- ¿En serio? – Lena, asombrada, se había dado por contenta.  
- Sí, me tiño el pelo desde los 16.  
- Mmmm… eso explica muchas cosas… - bromeó con una sonrisa pícara.  
- Tonta – la morena sacó la almohada de debajo de su cabeza y le arreó un golpe a Lena -. Eso no explica nada.  
- No te me pongas de morros, que era una broma – la pelirroja se subió a horcajadas sobre la doctora y empezó a hacerle carantoñas y a besarla.  
  
De repente, un pitido horrible empezó a resonar por toda la habitación. Lena se sobresaltó, cayendo hacia el otro lado de la cama y Yulia se dirigió veloz a apagar el insufrible despertador. De repente, la pelirroja cayó en que no había vuelto a casa en toda la noche y ya habrían llegado los criados.  
  
- ¿Qué hora es? – preguntó con la voz muy aguda.  
- Son las… - la morena bufó al mirar la hora en el reloj despertador -. Es prácticamente medio día.  
- ¡Jo.der! – exclamó Lena y se levantó corriendo de la cama, cogiendo y poniéndose de corre prisas todas las prendas que encontraba por el camino.   
  
Yulia dejó el despertador en su sitio, se puso la ropa interior y una camiseta ancha que sacó de su armario y se dirigió tranquilamente hacia el salón, donde la pelirroja se estaba volviendo loca para buscar uno de sus botines. El zapato se encontraba a sus pies, por lo que la morena se agachó, lo recogió, y abrazó por detrás a su vecina para que se calmase.  
  
- Lena, Len, tranquila, mi amor, respira hondo – le susurró al oído y apoyó la barbilla en su hombro.  
  
La pelirroja hizo varias respiraciones profundas, intentando volver al estado de relajación que había conseguido tras tantas horas de meditación. Cuando su ritmo cardiaco volvió a ser normal, se dio la vuelta y abrazó a la doctora durante largo rato. No quería soltarla por nada del mundo. En ese momento, estar junto a Yulia le resultaba lo más parecido a la plenitud de vida, a la armonía con el universo. Pero, ¿y si las descubrían? No podría soportarlo, igual que cuando estaba con Masha. ¿Qué diría la gente? Pero… si lo ocultaba… ¿perdería también a la doctora? Se le hizo un nudo en el estómago con solo pensarlo, y volvió a faltarle el aire. Yulia, sin dejar de abrazarla, la sentó en el sofá. Permanecieron así unos instantes y, finalmente, la separó de ella.  
  
- ¿Qué te preocupa, pelirroja? – preguntó preocupada mientras le acariciaba la mejilla.  
- Yulia, yo… lo siento, pero no puedo… - intentó decir al borde de las lágrimas.  
  
En el interior de Lena se estaba desarrollando una encarnizada batalla entre su amor y su mayor miedo. Ya era demasiado tarde para pensar en su vida sin la doctora; no sabía cómo, pero Yulia se había introducido en cada célula de su cuerpo, en cada pedacito de su alma. Sin embargo, ¿qué diría Anna?, ¿y Vlad y Svetlana? Los criados la mirarían por encima del hombro, y era obvio que no podría ir con ella a restaurantes o simplemente a la calle y mostrarse mínimamente cariñosa, lo había visto por la televisión, casos de homosexuales agredidos en plena vía pública, sangrando, siendo apaleados por grupos homófobos que, lamentablemente, abundaban en Rusia. Simplemente por haberse dado un beso. Y lo más triste es que nadie se paraba a ayudarlos, a salvarlos, simplemente alentaban a sus agresores.  
  
- Cariño, te entiendo, algún día te contaré lo difícil que fue para mí también salir del armario – intentaba tranquilizarla Yulia -. Y sé que es aún más difícil para ti, por tus… lo siento, pero tienes muchos prejuicios y… ¿por qué sonríes? – la doctora frunció el ceño.  
- Sonrío porque… - Lena acababa de caer en algo, una cosa que creía que no sucedería nunca - … no estaba angustiada en ningún momento porque pensase que lo que hemos hecho… o lo que siento por ti, Yulia, esté mal – observó la cariñosa sonrisa de la doctora y recibió un pequeño beso en los labios -. Quiero que quede clara una cosa, Yul, lo que ha pasado esta noche ha sido lo más maravilloso que me ha sucedido en la vida, y lo que siento por ti es tan puro que no puede estar mal, me da igual que la gente diga lo contrario.  
- Entonces, ¿cuál es el problema? – respondió encantada por el asombroso y gratificante cambio de actitud de la pelirroja.  
- El problema es que aún tengo miedo, mi amor, miedo a que la gente que quiero me odie, que cuchicheen a mis espaldas, miedo a que nos hagan daño – tragó saliva y recibió el protector abrazo de la morena con gran sumisión.  
- Lena, entiendo tus temores, yo también los tengo – comenzó diciendo -, pero no se puede vivir sometida a ese miedo, tienes que sobre ponerte a él – la separó de su cuerpo y la miró a los ojos -. Tienes tanto derecho a ser libre y feliz como todas las personas que piensen lo contrario – continuó con voz seria y tranquilizadora -. Esto tienes que aprenderlo, pero a tu ritmo, yo no te voy a meter ninguna clase de prisa, sé lo difícil que es esto, mi amor, pero todo mejora.  
- Entonces… ¿estás de acuerdo con llevar nuestra relación clandestinamente?  
- Solo hasta que se le acabe el morbo – respondió con esa sonrisa tan característica -. No voy a esperar toda la vida, Lena, pero te voy a dar algún margen de tiempo, sé que lo necesitas, y eso lo respeto.  
  
\*\*\*  
  
Evitando a todos los criados, Lena subió las escaleras con los zapatos en la mano para hacer el mínimo ruido posible, pero justo cuando ya había abierto la puerta de su habitación…  
  
- ¡Lena! ¿Acabas de volver? – la voz de Anna apareció desde el fondo del pasillo -. Estaba preocupada, ¿dónde has estado toda la noche?  
  
La pelirroja tuvo que improvisar rápido una escusa, una que no diese pie a muchas preguntas incómodas sin respuesta. Así que, como hacía cuando era adolescente y se iba de fiesta, se sirvió de la resaca.  
  
- Habla más bajo, por favor, me va a estallar la cabeza – entre cerró los ojos para simular que le molestaba la luz y con la mano libre se tocó la frente.  
- Anda que… por muy seria en su trabajo que sea la doctora Volkova no deja de tener 24 años… - suspiró su hermana -. Échate un rato. Espero que al menos os lo hayáis pasado bien de juerga.  
  
“Muy pero que muy bien” pensaba Lena con una sonrisa reprimida mientras cerraba la puerta de su cuarto. No tenía ganas de dormir, y no podría hacerlo, no sin abrazarse a Yulia. No creía que pudiese dormir sin ella nunca más.   
Se puso ropa cómoda y volvió a sus ejercicios de meditación. Que estuviese muy satisfecha sexualmente no significaba que de ese momento en adelante no fuese a necesitar la mayor paz interior posible.  
  
\*\*\*  
  
Aquel fin de semana, Elena Katina parecía otra persona completamente nueva. No le gritaba a los criados, hacía ejercicio y meditación, recogía sus propias cosas, se ofreció enérgicamente a llevar algunas cartas que habían llegado por error a la vecina, ¡y fue amable con Svetlana! Nadie daba crédito a lo que le estaba ocurriendo a la pelirroja, era una fuente de felicidad y energía inagotable.   
El lunes por la mañana se levantó temprano, pues entraba a trabajar junto con su hermana. Desayunó las tortitas que Svetlana le había preparado con la intención de que le gritase, como siempre, que quería matarla a base de grasas. Y no solo se las comió, sino que también felicitó a la criada y le dio las gracias antes de salir pitando a sacar el coche. Las caras de Vlad, Anya y Sveta adoptaron la misma expresión de incredulidad. Esa ya no era la Elena que todos conocían y, por fin, se convencieron de que algo extraordinario tenía que haberle pasado.

**Capítulo 11: El de que las profanaciones tienen que ser por orden de antigüedad.**  
  
El hombre no dejaba de llorar desconsolado con las envejecidas manos tapándole los húmedos ojos, o quizás la imaginaria vergüenza que le producía quella incómoda situación. Ya iba por el segundo paquete extragrande de pañuelos de papel. Lena solo podía pensar en que su consulta estaba quedando hecha un asco, tendría que hablar con Anna para contratar a alguien que limpiase la sala después de que saliesen los pacientes. Podrían contratar al sobrino de Svetlana, así la criada se callaría de una vez y podría dejar de oír sus quejas continuas sobre “su pobre Evgeni, que se había quedado en paro”. Ya tenía bastante con soportar, asimilar y ayudar a solucionar, como buena psicoterapeuta, todos los problemas de sus pacientes como para encima aguantar también los de una criada. Estaba intentando cambiar, en serio, no decía nada sin pensar varias veces en cómo le podría sentar a la persona a la que se dirigía provocando silencios a veces prolongados que la hacían parecer bastante estúpida. Yulia se lo había dicho: aunque cada ser humano sea diferente y sienta diferente, al relacionarnos con los demás somos responsables de lo que provoquemos en el resto de personas. Y no es que a ella le gustase hacer daño a los demás, simplemente no se daba cuenta. Si fuese una paciente ajena a sí misma se autodiagnosticaría una gran carencia de inteligencia emocional, eso lo tenía claro desde que había empezado en su primer año de carrera. Pero estaba intentando ser mejor persona.  
Durante las tres semanas que llevaba trabajando había estado muy ocupada debido a la gran cantidad de pacientes que había tenido. Al principio le resultó demasiado agotador, incluso se derrumbó a solas en su habitación un par de veces. Habían sido demasiados pacientes de golpe para una completa novata, demasiados sentimientos juntos; pero lo iba llevando mejor, había aprendido a crear una especie de barrera entre su propia alma y los sentimientos transmitidos por sus pacientes. No os confundáis, Lena, como he narrado antes, tenía bastante poca inteligencia emocional, y sería normal pensar que con los pacientes sería igual. Pero no. Cuando trabajaba era otra persona diferente a la Lena que tenía que morderse la lengua para no gritarle cualquier improperio a los criados, y también ayudaba mucho que la mayoría de los pacientes tuviesen una posición social elevada, como era lo evidente al trabajar en una clínica privada. Se sentía más a gusto tratando con gente de un entorno conocido, como era el mundo del dinero, lo cual le permitía relajarse y no soltar tanto veneno con sus palabras sin darse cuenta.  
  
- Lo… siento… mucho – sollozaba el hombre.  
- No pasa nada, Igor – respondió Lena con voz tranquila -. Es completamente normal, Krista era muy importante para ti.  
  
Lena echó otra mirada a sus notas. Acostumbraba a llevar en su libreta la ficha del paciente que trataba y apuntaba todas sus conversaciones e impresiones. No solo lo hacía por la cantidad de pacientes que tenía a la semana, sino también porque serían una prueba determinante en cualquier caso, no era la primera vez que una persona bajo tratamiento psicológico cometía alguna locura y algún abogado trataba de echarle la culpa al terapeuta. Además, siempre había visto a su propio psicólogo con una libreta y a ella siempre le había dado curiosidad qué escribía dentro. Ahora ella haría sufrir con eso a sus pacientes, lo cual la hacía sentir poderosa.  
  
**DATOS DE IDENTIFICACIÓN**  
  
**Apellido y nombre:** Igor Terasov  
**Lugar de Nacimiento:** San Petersburgo (Rusia)  
**Fecha de Nacimiento:** 25/06/1940  
**Edad:** 73 **Sexo:** Varón **Teléfono:** 495 88 96 25  
**Estado Civil:** Casado --> *(Con una mujer de 26 años)*  
**Profesión:** Jubilado, propietario de varias empresas.  
**Dirección Domiciliaria:** Bulvarnoye Koltso 25, Moscú.  
**Fecha de la inicio de la terapia:** 13/09/2013 *... y lo que nos queda...*  
  
**ANAMNESIS FAMILIAR:** Familia adinerada, padres divorciados ya fallecidos, tres hermanos mayores ya fallecidos con los que no mantenía una buena relación, igual que con sus padres.   
Hace dos años se casó con Ivanna Fiodorovna Krascova, que actualmente tiene 26 años.   
  
**MOTIVO DE CONSULTA:** Muerte de su tortuga, Krista.  
  
**EVOLUCIÓN DEL PROBLEMA:**   
- *En la primera sesión se puede observar el escepticismo del paciente ante las terapias psicológicas, y trata el problema con aparente serenidad. Mueve nerviosamente la rodilla, un hombre de su edad se la va a hacer polvo. Insiste en contar cómo conoció compró la tortuga, en su infancia. Se muestra un poco reticente a hablar de su niñez. Se niega a hablar de su familia. Declara que no va a volver a la consulta.*  
- *En la segunda sesión llega antes de la hora, y eso que no iba a volver #ironíaON. Insisto en hablar de su familia, pero lejos de comentar cosas de su infancia, el paciente se refiere a su esposa. Tiene exactamente 26 años (típico caso de la cazafortunas y el viejo verde). Aunque me da mucho asco no puedo dejar de preguntar por su actividad sexual. Nula. Es evidente que se acuesta con el nuevo socio de paciente [revisar marco de la puerta por si la ha rayado con los cuernos].*   
- *En la tercera sesión comenzamos retomando el tema de la tortuga. Al parecer era la heredera principal de su patrimonio. Es un viejo verde excéntrico. Recuerda la primera vez que tuvo que cambiarla de piscina. Se pone a llorar…*  
  
**VALORACIÓN PERSONAL:**   
- *Muy probable la existencia de un complejo de inferioridad al ser el menor de tres hermanos. No descarto que los matase para quedarse con la herencia de sus padres, puede que por eso no quiera hablar de ellos.*  
- *Importantes carencias afectivas ante el abandono emocional que sufrió por parte de sus padres en su infancia*.   
- *Es muy probable que esté sufriendo una o varias infidelidades, seguramente con su nuevo y joven socio. Se niega a verlo. Viejo verde.*  
  
**DIAGNÓSTICO:** Depresión.  
  
**RECOMENDACIONES:**  
- *Despedir al socio, pero rápido*.  
- *No volver a poner a un animal como heredero.*  
- *Divorciarse de su esposa, es muy probable que asesinase a la tortuga por la herencia (¿denunciar?).*  
- *Firmar un acuerdo prematrimonial la próxima vez... si es que no la palma antes.*  
- *Dejar de gastarse el dinero en un psicólogo porque se le haya muerto la mal.dita tortuga, ocupa horas en las que podría estar atendiendo a gente con problemas reales, y encima me aburre.*  
- *No volver a ponerse esa corbata tan horrible.*  
  
  
Por supuesto, al pasar sus notas a ordenador eliminaría ciertas cosas y lo pondría “correcto”, era lo que le había recomendado Anya después enterarse del tipo de comentarios personales que ponía su hermana en las fichas de sus pacientes. ¡Pero es que algunos problemas eran tan surrealistas! Como el del hombre que tenía miedo a que, en algún lugar del mundo, por remoto que fuese, un pato estuviese mirando en su dirección.  
El anciano miró el gran reloj que había en un rincón de la elegante consulta de la pelirroja y se levantó. Ya había pasado la hora, al fin. Lena se levantó para despedirle y el hombre le dio un abrazo. La psicóloga intentó aguantar el tipo, y en cuanto notó que el hombre bajaba la mano peligrosamente por su espalda abrió la puerta y lo despidió con una sonrisa.  
  
- Madre mía – suspiró, cerró la puerta, se sentó en su escritorio y dejó la libreta encima de la mesa -. Lo que tengo que aguantar...  
  
La verdad, se lo había montado bien. Tenía su consulta forrada en madera, sus grandes estanterías plagadas de libros que, por supuesto, había leído, un sofá amplio y cómodo, su butaca de psicóloga pero con estilo, un diván para el que lo prefiriese, grandes ventanales y su amor, un antiguo reloj de pie heredado de su familia. Antes de morir sus padres estaba en la casa, junto a la butaca de su padre, pero cuando redecoraron el lugar para darle un aspecto más moderno guardaron varias cosas en un almacén. Otro de los antiguos muebles que había incorporado a su consulta era su escritorio de caoba con grandes cajones que databa del siglo XVII, a juego con la silla. Le habría encantado poner sobre él una foto de la morena, pero solo tenía un par de plumas en un bote, un protector de la madera y una foto de sus padres y de su hermana. Miró con aprehensión la carísima alfombra persa, ahora plagada de pañuelos sucios. ¡Tenía una mald.ita papelera a su lado! Al menos era su último paciente del día.  
  
- Viejo pervertido y guarro… – maldijo por lo bajo mientras avanzaba hacia la puerta.  
  
Por suerte, su hermana estaba pasando por delante en ese preciso instante. Siempre la había impresionado ver a Anna con la bata de médico, parecía que había nacido para llevarla, y además le daba un toque de seriedad. Con ella puesta, extrañamente, le recordaba muchísimo a su padre, quizá por ese aura de autoridad que ambos desprendían.  
  
- Anya, ¿tienes un momento? – la aludida se dio la vuelta para mirarla y asintió con la cabeza.  
  
Ambas retornaron a la consulta y, con dedo acusador y el ceño fruncido, la pelirroja señaló el desastre que Igor Terasov había organizado.  
  
- Necesito a alguien que limpie esto, yo soy psicóloga, no recogedora de mocos – hizo un gesto de asco y su hermana suspiró, en el fondo estaba en lo cierto -. Podemos contratar a Evgeni.  
- ¿El sobrino de Sveta? – preguntó Anya anonadada.  
- ¿Hay más personas con ese nombre horrible? – bufó, cuando se enfadaba le seguía saliendo el veneno sin poder controlarlo -. ¿A qué viene ese tonito?  
- Es que… estoy muy orgullosa de ti, de verdad – la doctora abrazó a su hermana, quien al principio se resistió, pero luego le devolvió el abrazo.  
  
En ese momento alguien tocó a la puerta y la abrió. Por detrás de la misma surgió la mismísima Yulia Volkova, con el pelo por los hombros, lacio y suelto, y el flequillo recogido hacia atrás con horquillas. Al ver el panorama al principio se quedó un poco descolocada, pero cuando distinguió a Anya sonrió con calidez. Esto fue percibido por la aguda mente de Lena, que sonrió por la momentánea confusión de la morena.  
  
- Doctora Katina… – al ver que ambas la miraban sonrió -. La Katina pequeña – aclaró y Lena frunció el ceño ante el matiz -. ¿Podemos hablar?  
- Yo os dejo, que tengo una cena, hablaré con Evgeni y él se encargará de esto en adelante, pero hoy lo tendrás que recoger tú – dijo saliendo.  
- Dame un solo segundo – le susurró a Yulia y salió corriendo por la puerta -. ¡Anya! Solo una pregunta más. Parece una tontería pero es seria.  
- A ver, dime – frunció el ceño, su hermana se lo estaba tomando muy en serio, y eso era algo magnífico.  
- Si tenemos sospechas de que alguien ha matado a alguien según lo que se cuenta en la terapia, tenemos como médicos el deber moral de denunciarlo a las autoridades, ¿verdad?  
- Por supuesto, ¿quién ha matado a quién?  
- Estoy casi segura de que la mujer del señor Terasov mató a Krista – confesó con voz profesional – y no sé a quién denunciarlo – intentaba explicarse desesperada, era la primera vez que se enfrentaba a un caso como ese.  
- ¿Cómo que no sabes a quién denunciarlo? ¡A la policía!  
- ¿Y qué le importa a la policía el asesinato de una tortuga?   
  
Anya se quedó unos minutos callada. Ahora comprendía que su hermana pusiese algunas burradas en sus informes. Desde luego, lo de alguna gente no era normal, e iban a sacar loca… más loca a su pobre hermana. Se preguntó si había sido buena idea que su hermana comenzase a ejercer, era una persona de estabilidad emocional frágil, de eso era consciente. Miró el reloj, se tenía que ir, no tenía tiempo para las excentricidades de un viejo rico y su mujer 47 años menor que él. Se conocía el caso, no merecía la pena ni tratarlo.  
  
- Cariño, la doctora Volkova te está esperando, mañana lo discutimos, que me tengo que ir – respondió con aspecto cansado y corrió hacia la puerta.  
- ¡Qué poca consideración que tienes con los animales! – le gritó mientras volvía a la consulta enfadada, estaba completamente segura de que no la había tomado en serio, como siempre.  
  
Pero no era momento de pensar en eso. Por fin en tres semanas iba a estar a solas con la morena. Porque no, desde aquel día a penas se habían visto por los pasillos unas cuantas veces, y se habían dado unos cuantos besos prohibidos tras las esquinas, ocultas de la indiscreta mirada del resto de gente, sobre todo de su hermana. Habían sido unos días muy estresantes para la pelirroja, y encima Yulia había comenzado a pasar consulta en hospitales públicos un par de veces por semana (Lena lo llamaba “voluntariado”). Entró corriendo en la consulta y cerró la puerta tras de sí. Yulia había recogido con unas pinzas extensibles su consulta, enviando todos los pañuelos a la papelera. Era adorable, por algo la amaba. Sí, la amaba, era evidente.  
  
- Cuanto tiempo sin verla, doctora Volkova – saludó con una sonrisa y tono calmado -. Lamento haberla hecho esperar.  
- No se preocupe, doctora Katina… pequeña – sonrió al ver como Lena volvía a fruncir el ceño y se acercó lentamente a ella -. Me he tomado la libertad de arreglar un poco su consulta, como usted ha dicho, hace mucho que no nos vemos, y quiero que el reencuentro sea perfecto.  
- ¿Cómo de perfecto? – preguntó siguiéndole el juego pero sin moverse.  
- Hoy es viernes, doctora Katina, y este fin de semana lo tengo completamente libre – llegó a su posición y acarició con sus manos la cadera de la pelirroja.  
- ¿Sí? Pues ahora que lo dice, este fin de semana estoy ocupada – se acercó un poco más a Yulia y rodeó su cuello con los brazos -. Tengo planeado hacerle el amor a mi novia hasta que no tengamos fuerzas para levantarnos de la cama… y también tenemos que ver alguna película.  
- Estoy segura de que a ella le encantará su plan – le dio un corto y dulce beso en los labios -. Su novia es una mujer muy afortunada.  
- Y tanto que sí – sonrió y le dio un beso algo más largo -. Pero si la viese usted, doctora Volkova, sabría que la afortunada en realidad soy yo.  
  
Yulia sonrió ampliamente y comenzó a besar a su novia, al principio con dulzura, pero poco a poco la intensidad de sus besos fue subiendo. Mientras la llevaba poco a poco hacia el diván, sus lenguas tomaron contacto, diciéndose todo lo que no habían podido decirse durante la semana. La morena se quitó la bata tirándola al suelo y comenzó a besar y mordisquear el cuello de Lena, que intentaba controlar sus gemidos pues aún quedaban algunas personas en el edificio y no quería por nada del mundo que las descubriesen, obviamente. Además, esa situación se le hacía muy familiar, y tenía una pequeña venganza que cobrarse. Una venganza buena, tampoco creáis que la muchacha tenía malas intenciones.  
Sintió como la morena empezaba a calentarse, y cómo recorría con caricias todo su cuerpo hasta llegar a sus pechos. Entonces fue cuando le “dio la vuelta a la tortilla”, nunca mejor dicho. Con un rápido movimiento, Lena las hizo cambiar de posiciones, quedando la pelirroja encima de la otra. Se adueñó de la boca de Yulia, besándola posesivamente, e incluso excitándola con algún que otro pequeño mordisco en el labio inferior. Llegó incluso a meter la mano por debajo de la fina camisa blanca de la morena, sintiendo su candente tacto, acariciando suavemente su vientre plano mientras se deleitaba con sus suspiros y aquellos gemidos que intentaba ahogar en su garganta. Cuando llegó en un dulce recorrido de besos al límite entre su barbilla y la oreja, tras mordisquear su lóbulo, de repente, paró.  
  
- Espera, espera – le susurró al oído y comenzó a separarse lentamente a pesar de los gemidos de protesta de la morena.  
- ¿Qué pasa? – preguntó confundida.  
- Aquí no, esta es mi consulta y es un lugar sagrado, no puedo profanar el lugar en el que mis pacientes me abren su alma, sería traicionar su confianza – recitó con tono solemne.  
- Pero… pero… no es justo – ahora era Yulia la que actuaba como una niña caprichosa, provocando que Lena esbozase una amplia sonrisa.  
- Yulia, Yulia… - comenzó arrastrando las palabras y retirando la mano de debajo de su blusa -. Aquí tiene que haber reciprocidad, cuando hagamos el amor en tu consulta, lo haremos en la mía – terminó con una sonrisa de suficiencia y le dio un pequeño beso en los labios -. Las profanaciones por orden de antigüedad.  
  
Lena se levantó y la morena frunció el ceño, todavía tumbada en el diván. Seguía demasiado excitada como para creerse lo que la pelirroja le estaba haciendo, debía de ser una broma. Llevaba tres semanas sin prácticamente verla después de aquella memorable noche, y cuando por fin podía volver a hacerle el amor ¡y en su consulta!, ella le decía que no. Bueno, en cierto grado debía entenderlo, la pelirroja no quería romper su ética profesional, igual que ella. Pero es que… ¡era su consulta!, y eso daba mucho morbo. Vale, se sentía como una pervertida por haber pensado eso. Pero es que… ¡lo estaba haciendo por venganza!  
  
- ¿De verdad vas a desperdiciar una noche conmigo? – preguntó esperanzada de que todo fuese una cruel broma.  
- Cariño, tómalo como una inversión a corto plazo – respondió con esa sonrisa triunfal permanente mientras se arreglaba la ropa -. Esta noche termino de pasar las fichas y me tienes todo el fin de semana para ti – sonrió y le dio un beso un poco más largo -. Además, ya sabes lo que he dicho: cuando profanemos tu consulta, profanaremos la mía.

**Capítulo 12: El de que hay que salvar a los mapaches**  
  
  
- ¡Svetlana! – llamó Lena desde la sala de estar provocando que todos los criados diesen un brinco por el susto.  
  
La señorita Katina llevaba mucho tiempo sin elevar la voz dentro de la casa, incluso aunque hubiese estado sometida a mucha presión. Eso lo sabía especialmente la pobre Sveta, que estaba más que asustada por el cambio de comportamiento de su señora. Svetlana había visto crecer a ambas hermanas desde que entró a trabajar a casa de los Katin cuando Anna tenía solo un añito, ¡incluso había sido ella la que había llamado a una ambulancia cuando la señora Inessa se había puesto de parto! Al parecer, Lenita tuvo ganas de nacer en plena reunión de las amigas de su madre. La pequeña Anna siempre había dado muestras de ser como el señor Serguey: tranquila, un poco mandona, y muy madura para su edad. Y por supuesto, la señorita Lena tenía muy buenas características también, algo más parecidas a las de su madre: inquieta, valiente y muy responsable para lo que hacía falta. Ambas niñas habían dado muestras de ser extraordinariamente bellas e inteligentes desde una muy temprana edad, y, a pesar de su diferencia de edad, siempre habían estado muy unidas. La adolescencia para Ana resultó bastante pacífica, era muy responsable y se centraba en sus estudios, y Lena siempre había resultado ser una alumna ejemplar, contando con numerosos amigos… hasta ese fatídico día.   
  
Sucedió cuando Anna tenía 18 años y Lena 15, los señores murieron en aquel terrible accidente. Llamaron a la casa mientras las chicas estaban en clase, y Svetlana atendió el teléfono. Las lágrimas se le saltaron al oír la horrible noticia, y una gran tristeza la embargó al pensar en lo que sufrirían las niñas. Se dirigió primero a la universidad y esperó a que la señorita Anna saliese de un examen de Anatomía para el que había estado estudiando muy duramente, no quería amargárselo. Cuando Anya la vio en la puerta al salir del examen su sonrisa de satisfacción por un trabajo bien hecho se borró, sabía que algo malo había pasado. Fueron a un lugar algo más solitario, así lo había querido Sveta, nadie tenía que interrumpirlas. Cuando se lo dijo, observó apenada como las lágrimas salían incontrolablemente de los ojos de la señorita, pero ésta no dijo nada, simplemente se sentó a llorar en el suelo algo más de un cuarto de hora con la espalda pegada a la pared. A Sveta se la partió el corazón al verla así y sin poder hacer nada para consolarla. Cuando pasó ese tiempo, sin poder impedir que las lágrimas continuasen saliendo de sus ojos y con el rostro congestionado, cayó en la cuenta de que tenía que decírselo a su hermana, su hermanita, su hermana de 15 años, Lena. Era perfectamente consciente de que la noticia iba a arruinarle la vida. Y así pasó. Ambas se dirigieron al instituto de la niña y el secretario, tras oír lo ocurrido, las acompañó a la clase de la chica. Los pasillos se hicieron tan estrechos para Anya que incluso empezó a sentir algo de claustrofobia mientras comprendía que el momento de destrozar a su hermana se acercaba. Estaban en mitad de la hora de Química, el secretario tocó a la puerta y llamó un momento a la profesora. Anna pudo ver a su hermana por unos segundos. Llevaba la pelirroja melena recogida en una cola alta con algunos mechones sueltos y estaba hablando con su amiga Shura aprovechando que la profesora había salido. Dios, aquella chiquilla era tan feliz, brillaba con su propia luz, y era tan parecida a su madre, pero sus ojos eran claramente de su padre. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo podría destrozar así a su hermana pequeña? Ni siquiera escuchó lo que el secretario y Svetlana le decían a la mujer, simplemente observaba a su hermana con cuidado de no ser vista. La profesora comprendió perfectamente la situación y llamó a Lena, que apareció la puerta con el ceño fruncido y entre un coro de murmullos completamente asombrados porque estuviesen reclamando a la alumna más brillante del curso. Al ver a Sveta sonrió, pero este gesto se disipó rápidamente al ver la cara enrojecida de su hermana y al reparar en las expresiones de los otros tres adultos. “¿Qué pasa?” había preguntado con el ritmo cardiaco en aumento. Svetlana nunca olvidaría lo que pasó a continuación. Cuando Anya se agachó para abrazar a su hermana y le susurró la nefasta noticia al oído, los cuatro adultos derramaron lágrimas. Pero Lena no. La pelirroja simplemente se separó de su hermana conteniendo la respiración, con un gesto inexpresivo y la tez cada vez más pálida, y simplemente volvió al aula a sentarse en su sitio. Por mucho que sus compañeros preguntaban, ella no respondía, y por muchos meses no volvió a hablar.   
Fue al segundo mes de completo silencio cuando las alucinaciones comenzaron. Primero, le había dicho posteriormente al doctor Vasilev, eran simples figuras que desaparecían rápidamente, como si estuviesen huyendo de ella. Después comenzó a oír sus voces, tenían la manía de comentar y criticar todas y cada unas de sus acciones, desde coger una taza más grande o una más pequeña hasta sentarse en el sofá erguida o tumbada. Se sentía cada vez más perseguida por ellas, intentaba pasar desapercibida ante todo el mundo, no querían que las voces de las personas se sumasen a las de su cabeza. Además, algunas veces le decían que hiciese daño a gente que conocía, y no quería caer en la tentación de hacerles caso. Sus notas comenzaron a bajar pues no podía concentrarse ni en estudiar ni en los exámenes, simplemente las voces no se callaban. Al menos podían haberle chivado las respuestas. Las alucinaciones visuales eran cada vez más frecuentes, y la gente imaginaria ya no huía de ella como antes, sino que la perseguía, la observaban desde los rincones, desde debajo de las mesas, desde las estanterías… Llegó un momento en el que las voces le resultaron ininteligibles, era como una multitud de gente hablando al mismo tiempo, y sentía que las personas que la rodeaban, Svetlana, su hermana, sus criados, sus compañeros de clase… todos la espiaban, e incluso podrían meterse en su cabeza y leer su mente, robar sus recuerdos. Entró en una espiral que solo la hundía más y más en un oscuro mundo de sombras que le hicieron ver que solo ella brillaba en aquel mundo. Lo demás no importaba en absoluto, solo su luz.  
Había pasado medio año desde que sus padres habían fallecido cuando Anya la encontró en el tejado de su casa. Llamó corriendo a Sveta, pues pensó que su hermana pequeña iba a suicidarse, lo cual habría sido más normal dado los únicos acontecimientos que lo que le dijo: “¿No lo entiendes, Anya? Tengo una misión en la vida: debo fundirme con el universo para evitar que la población de mapaches de la selva Amazónica desaparezca, y solo yo puedo hacerlo”. Por ese entonces, Lena acababa de cumplir los 16 años. Anna quiso evitar a toda costa internarla e inflarla a pastillas, por lo que encontró al doctor Yuri Vasilev, que le propuso una alternativa para tratar la esquizofrenia paranoide que se le había diagnosticado a su hermana. Lena prácticamente vivía en la consulta de aquel hombre. Conversaban sin parar durante horas, aunque al principio la pelirroja se mostrase reticente a hablar. A los cinco meses las voces desaparecieron, las alucinaciones visuales y los delirios fueron perdiendo fuerza, y al año de comenzaron a tratar el problema de sus padres, ya teniendo consultas de una hora dos veces por semana, y luego una. Cuando Lena cumplió 17 años por fin pudo llorar por la muerte de sus padres. Estuvo inconsolable al menos 6 días. Y al entrar en la universidad fue cuando conoció a la “Familia Real”. Svetlana y Anya sabían que esa gente no ejercía una buena influencia sobre Elena, que desde que los conoció llegaba de madrugada borracha y vomitando, siempre de fiesta, siempre con un chico nuevo, su humor se agrió y comenzó a comportarse como una caprichosa y una consentida. Su egocentrismo se acentuó cada vez más, al igual que su desprecio por los demás, sobre todo por Svetlana. Nadie excepto Yuri podía hablar con ella.   
Cuando Anya conoció a Vlad, éste aún estaba casado, y Lena no dejaba de repetírselo, como si le gustase torturar a su hermana con ello. Incluso llegó a salir y posteriormente a casarse con el abogado de la exmujer del mismo. Luego el doctor Vasilev se jubiló y, suponía la criada, a raíz de aquello el matrimonio de la pelirroja se desestabilizó; llegó su divorcio y una época un tanto extraña que culminó en una leve depresión, todos en la casa habían sido conscientes de eso. Desde hacía años, Lena no hablaba con nadie más que con el señor Yuri, y suponía que su hija Masha no seguía los mismos procedimientos.  
  
Lo que sí que era evidente es que la pelirroja había cambiado en un par de meses como 8 años de terapia no habían conseguido cambiarla. Era como si no fuese Elena Katina, la niña caprichosa e inmadura que ella había visto crecer, era como si la nueva señorita Katina fuese la persona que le hubiese correspondido ser si sus padres no hubiesen muerto. A esa conclusión habían llegado los criados, y era lo que más preocupaba a Svetlana. ¿Qué podía haber sido tan fuerte e importante en la vida de la pelirroja como para dar lugar a semejante cambio?  
  
- ¿Sí, señorita? – preguntó la criada saliendo de su ensimismamiento.  
- Han sido unos días agotadores, así que voy a pasar el fin de semana fuera, no hace falta que hagáis comida para mí – respondió la pelirroja con una maleta en la mano -. ¿Me haces el favor de comunicárselo a Anya? Iré directamente a trabajar el lunes por la mañana.   
- Claro, señorita, pero ¿a dónde le digo que va? – preguntó la criada -. Para localizarla por si pasa algo.  
- Yo… no me iré lejos – se limitó a responder mientras avanzaba hacia la puerta -. Si me necesitáis llamadme al móvil, lo tendré siempre encendido.  
  
La pelirroja salió velozmente por la puerta y minutos después oyó el rugido del motor de su coche. Desde luego, la señorita Katina había dado un cambio a su vida de 180 grados.  
  
\*\*\*  
  
Yulia estaba tumbada en el sofá haciendo zapping cuando el timbre de la puerta sonó. Era su querida pelirroja, y venía bien cargada de bolsas.  
  
- ¿Y todo esto? – preguntó la morena extrañada.  
- Ya que he tenido que dar un rodeo he hecho unas compras – sonrió y le dio un pequeño beso en los labios mientras pasaba -. Coge la maleta, por favor, que voy a meter esto en el frigorífico.  
  
La morena sonrió al ver la enorme maleta que había traído la pelirroja. No esperaba menos de ella. La cogió por el asa y la arrastró hacia la habitación. Cuando salió, Lena había ocupado su sitio en el sofá.   
  
- ¡Ladrona de sitios! – exclamó de broma mientras escalaba por detrás del sofá y se tiraba encima de la pelirroja.  
  
Lo cierto es que la doctora Volkova nunca habría esperado comportarse de esa manera tan juguetona con nadie. Nunca lo había hecho, ni siquiera con sus anteriores parejas, pero Elena la inspiraba, con ella se sentía cómoda y quería explorar cada parte de su ser, recobrar todos aquellos aspectos de Yulia Volkova que una vida de obligaciones la habían obligado a encerrar. Eso solo podía conseguirlo su pelirroja.  
  
- No, que me aplastas aunque seas una miniatura – rió Lena intentando acomodarse.  
- ¿Cómo que miniatura? – la morena comenzó a hacerle cosquillas -. ¡Retíralo!  
- ¡No! – gritaba Lena entre risas sin parar de retorcerse bajo el cuerpo de Yulia.  
  
La morena continuó torturando a base de cosquillas a su novia cuando, de repente, paró y agarró las muñecas de esta, inmovilizándolas por encima de su cabeza. Se miraron largo rato a los ojos. Lena perdida en el intenso azul de la mirada de Yulia. Yulia absorta con los bellísimos ojos verdigrises de Lena.  
  
- Ladrona de corazones – susurró la morena.  
- Culpable – sonrió la pelirroja.  
  
Ambas se fundieron en un dulce beso cargado de su amor. Exploraban con sus lenguas como si investigasen el alma de la otra, intentando averiguar el alcance de los sentimientos que se profesaban. De repente, las sobresaltó el timbre.  
  
- ¿Esperas a alguien? – preguntó Lena, aún era temprano esa mañana.  
- ¡Sí! – Yulia dio un salto, se arregló la ropa y corrió hacia la puerta -. Tengo una sorpresita para ti.  
- ¿Una sorpresita?  
- Algo que te permitirá saber más cosas sobre mí – abrió la puerta -. Hola, Dima, Grisha, entrad.  
  
Por detrás de Yulia aparecieron dos muchachos bastante guapos. El primero, cuya voz reconoció en el instante en que saludó a su novia, era Dima. Rubio, con un tupé muy moderno, ojos castaños, mandíbula cuadrada endurecida por una perilla bien recortada y cuidada, y bastante musculoso. Llevaba un piercing en la ceja parecido al del ombligo de Yulia, así que Lena supuso acertadamente que se lo habían hecho juntos. Iba vestido con un jersey azul celeste de pico con una camisa blanca debajo y unos pantalones de mezclilla oscuros y ceñidos. El otro se llamaba Grisha y era moreno, con el pelo algo largo y rizado, también era bastante musculoso, pero sus facciones eran algo más suaves dándole, junto con sus ojos claros, un aspecto más juvenil que Dima, aunque según lo que Lena había oído era mayor que él. Éste último iba vestido con una camisa de cuadros oscura y pantalones claros. A primera vista, según los prejuicios que Lena ya no contemplaba pero tampoco desconocía, ninguno de los dos habría parecido homosexual en absoluto, pero había algo en su forma de moverse, en la sensación que le transmitían, que hacía a Lena pensar que eran más gays que los teletubbies.  
  
- Así que esta es tu Baribie super hetero – exclamó el rubio sin ningún tipo de contención -. Hola, soy Dima – le dio un beso en la mejilla a la pelirroja.  
- El inoportuno, supongo – respondió con una sonrisa y provocó las carcajadas de los tres amigos.  
- Sí, lo es, pero fue mi culpa, lo siento – se disculpó el moreno -. Yo soy Grigory, puedes llamarme Grisha – repitió el gesto de su novio.  
- Hemos traído la película – exclamó Dimitri sentándose al lado de Lena y robándole el sitio a Yulia -. Hemos traído “El Gran Dictador” de Charles Chaplin – hizo un silencio dramático -, todo un clásico.  
- ¡Hey! Ese es mi sitio – exclamó la morena llegando con dos boles llenos de palomitas y le dio una suave patada para que se levantase del sofá y fuese a sentarse con su novio en el otro.  
- Luego vas a explicarme eso de la Barbie hetero – le susurró al oído cuando se tumbó con la cabeza apoyada en mi regazo.  
  
Aunque en un principio Lena se sintió incómoda con que ambos chicos conociesen su sexualidad, la tensión se disipó conforme avanzaban los minutos. Vieron la película en un tremendo silencio únicamente roto por las carcajadas recurrentes que les provocaba el magnífico Chaplin y el leve crujido de las saladas palomitas en nuestra boca. Todos habían visto ya la peli en alguna ocasión, pero eso no quitaba que fuese una gran película. Al terminar, la charla comenzó haciendo referencia a la misma, pero se movió poco a poco al punto que realmente interesaba aquel día: Yulia y Lena, o más bien Yulia.  
  
- ¿Desde hace cuánto que conocéis a Yulia? – preguntó la pelirroja.  
- Pff… yo la conozco desde los 4 años – respondió Dima -. Y Grisha desde que empezó a salir conmigo hace cinco años.  
- Hemos hablado mucho por Skype al estar Yulka en EEUU, y la hemos visto mucho cuando venía de visita – completó Grigory -. Dima y yo nos mudamos hace un año aquí a Moscú, y contactamos con Viktor Gólubiev para que Yulia se mudase aquí.  
- O sea, que si no fuese por vosotros no habría conocido a esta mujercilla – sonrió Lena dándole un pequeño beso en la nariz a la morena, la cual la miró.  
- Cariño… nos habríamos conocido igual – respondió intentando ser lo más delicada posible sobre el recuerdo de su ETS.  
- Pero la primera impresión habría sido malísima – argumentó la pelirroja.  
- Nuestra primera impresión no es que fuese maravillosa – se le escapó a Yulia.  
  
Ambas chicas se mantuvieron un segundo en silencio mirándose. Yulia sabía que había metido la pata, y mucho, pero Lena solo recordaba la primera vez que la morena la vio. Recordó haberla visto sentada en su sofá de cuero, al lado de Anya, la cual solo estaba empeñada en que la alabase como una diosa por su gran carrera, cuando ella solo quería alabarla por su inhumana belleza.  
  
- No entiendo por qué dices eso – respondió al fin Lena -. Yo creo que todo fue bien.  
- No es lo que yo recuerdo – insistió la morena un poco mosqueada -. Me miraste con superioridad y me trataste con indiferencia.  
- ¡Uy! – se oyó decir a Dima y a Grisha.  
- ¡Eso no pasó así! – exclamó la pelirroja y su novia se incorporó para mirarla de frente con cara de enfado -. Por favor, si solo intentaba no morir deshidratada por toda la baba que se me estaba cayendo.  
  
La expresión de Yulia pasó de ser de enfado a ser de sorpresa, y posterior mente pasó a ternura y a picardía. Los chicos se reían, y cuando fue a darle un beso, Dimitri le tiró un cojín a la cara sacándole también unas cuantas carcajadas.  
  
- Dima, cuéntame algún trapo sucio de Yulia, ahora que no nos oye – sonrió.  
- ¿Sabías que en realidad es rubia? – Lena afirmó con la cabeza provocando que el chico se sorprendiese -. ¿Te lo ha dicho? Vaya, debes de ser buenísima en la… - el cojín impactó en su cara y Yulia se sacudió las manos -. Vale, vale… a ver… si es que siempre ha sido un frío témpano de hielo muy promiscuo, no hay nada interesante en su vida que no sea profesional.  
- ¡Jo! – la pelirroja apoyó la cabeza en el hombro de la doctora.  
- ¡Hey! – espetó Grisha -. ¿Y cuando salió con las “Bolleras moteras” en la cabalgata del orgullo? Tengo una foto – Lena dio un salto y miró el móvil de Grigory mientras la morena se tapaba la cara con las manos.  
  
En la foto estaba Yulia con el pelo más corto y de punta con las puntas rubias. Debía tener unos 19 o 20 años. Iba vestida con chaqueta y pantalones de cuero negro, una camiseta blanca de tirantes y botas militares, y estaba apoyada en una moto Harley junto con un joven Dimitri.  
  
- Madre mía, Yul, ¡cómo te queda el cuero! – espetó Lena sin querer y provocó la risa de los chicos.  
  
Más colorada que su pelo, volvió a su lugar en el sofá y recibió un beso en la mejilla de su novia, que se mantuvo abrazada a ella como si se fuese a escapar.  
  
- Bueno, chicas, nosotros nos vamos yendo, que tenemos que darle de comer a Vadik – dijo Grigory mientras se levantaban e iban hacia la puerta.  
- ¿Tenéis un hijo? – preguntó extrañada Lena acompañándolos junto a Yulia.  
- Casi – respondió el rubio -, es nuestro golden retrieber – abrió la puerta -. Mucho gusto, Lena.  
- Adiós – dijeron los cuatro.  
  
Las chicas se quedaron solas y Yulia volvió a tirarse en el sofá. Lena, por otra parte estuvo unos segundos dentro de la habitación y después se dirigió a la cocina.  
  
- Tengo hambre – se quejó Yulia, que estaba tumbada boca abajo -. Y eso que me he comido casi todas las palomitas...  
- Eso tiene fácil solución – respondió Lena con un tono que hizo que la morena se diese rápidamente la vuelta.  
  
La pelirroja Estaba enfrente de la encimera de la cocina con un conjunto de lencería roja y negra de encaje, un bol repleto de fresas y un bote de nata en espray. Desde luego la pelirroja era toda una caja de sorpresas. El corazón de la morena se aceleró notablemente y la sangre empezó a instalarse en su mejillas. Empezó a notar que un calor abrasador se extendía por todo su cuerpo y una sonrisa lujuriosa se instauró en su boca.  
  
- ¿Quieres fresas? - preguntó pícaramente ofreciéndole con un gesto la fruta y le guiñó un ojo.

**Capítulo 13: El de que parece una mafiosa del lobby gay.**  
  
  
- Eso tiene fácil solución – respondió Lena con un tono que hizo que la morena se diese rápidamente la vuelta.  
  
La pelirroja estaba enfrente de la encimera de la cocina con un conjunto de lencería roja y negra de encaje, un bol repleto de fresas y un bote de nata en espray. Desde luego Lena Katina era toda una caja de sorpresas.  
Yulia sintió cómo su pulso se aceleraba de repente y cómo la sangre acudía a toda su cara provocando que se tornase de un rojo intenso. Una mirada lasciva, una sonrisa que reflejaba una emoción confusa entre picardía y sorpresa, y saltó del sofá. Se acercó a la pelirroja y atrapó sus labios con los dientes, comenzando una pasional danza de labios y lenguas en la que ambas eran ya maestras. Manteniendo las manos en su cintura, Yulia se separó de la pelirroja con esa sonrisa de incredulidad que aún se mantenía en su rostro.  
  
- En seguida estoy, ve a la cama – le dijo y se permitió darle un leve y pícaro golpecito en las nalgas antes de que se alejase mucho -. Vale, vale… - dijo para sí mientras se volvía loca abriendo y cerrando los armarios de la cocina.  
  
Miró en el frigorífico. Nada. En las repisas. Nada. En el armario de los cereales. Nada. Eso le pasaba por llevar una vida tan sana. De pronto abrió un cajón y sonrió. Algo era algo. Cogió el tubo amarillo y salió corriendo hacia la habitación. Antes de entrar respiró profundamente un par de veces, tampoco era cuestión de fastidiar la noche sufriendo un infarto. Pero es que la pelirroja le hacía perder completamente la cordura. Cuando se decidió por fin a entrar la encontró tumbada en la cama agitando la nata. Había cortado las fresitas en trozos, retirando la parte del tallo.  
  
- Lamento la tardanza, no podía faltar el chocolate – explicó la morena enseñándole el bote de lacasitos.  
  
Lena sonrió y le indicó que se acercase con un suave y provocador gesto de la mano, sin pronunciar ni una sola palabra. Yulia se despojó de la camiseta arrojándola a un rincón de la habitación y recorrió a gatas la cama hasta llegar a la pelirroja, la cual le puso un poco de nata en los labios y le dio un cariñoso beso eliminando cualquier resto de dulce. La morena sonrió mientras se dejaba besar y le intentó arrebatar el bote de nata. Con un rápido gesto, Lena golpeó la mano de la doctora y dibujó una sonrisa en su rostro.  
  
- Yo también tengo hambre, así que esta Barbie superheterosexual come fresas primero – con un ágil movimiento se situó encima de la morena inmovilizándole las manos -. Además vamos a establecer una regla para este juego – sonrió ante la mirada de desconcierto de su novia -. No puedes tocarme mientras lo haga.  
- ¿Y qué pasará si te toco? – preguntó la morena con mirada inquisitiva.  
- ¿Está planeando saltarse las reglas, señorita Volkova? – se inclinó hasta sacar medio cuerpo de la cama y rebuscó por el suelo hasta dar con un objeto metálico -. Me temo que no le va a quedar otra opción que cooperar – continuó mientras daba vueltas a unas esposas metálicas con terciopelo blanco entre sus dedos.  
- ¡Madre mía! Estoy saliendo con un ama de sado – rió divertida por la ocurrencia; le encantaría esposar a la pelirroja, pero ser esposada… no le hacía tanta gracia -. No harán falta, palabra de girl scout.  
- ¿Fuiste girl scout? Ahora me siento como una corruptora de vírgenes – sonrió mientras dejaba las esposas encima de la mesa -. Aunque de virgen tú tienes poco, Volkova – y se inclinó a besarla.  
- Pero podría tener un poco menos, Katina – recibió el beso de buena gana.  
  
Pasaron unos minutos así, besándose, acariciándose con sus lenguas como si no hubiese mañana. Yulia estaba expectante, a la espera de más, pero Lena tenía claro el juego al que quería jugar esa tarde. Se incorporó y liberó a la morena de su pantalón para después despojarla de su ropa interior entre lentas caricias, incitando a Yulia a tocarla. La morena situó los brazos debajo de la almohada, cada vez le era más difícil resistir la deliciosa tentación de acariciar a la pecosa, pero tenía que seguir las reglas del juego si no quería verse esposada al cabezal de la cama. Lena agitó un poco más el bote y colocó la nata sobre el cuerpo dorado de Yulia. Labios, barbilla, cuello, clavícula, pechos, esternón, vientre… llegando hasta la entrepierna de la morena, que posteriormente se encargaría de decorar. Cogió unos cuantos trozos de fresa y los dispuso estratégicamente. Ombligo. Pezones. Labios. A continuación, colocó lacasitos en forma de camino encima del resto de la nata.   
Cerró los ojos y comenzó por los labios, dándose unos segundos para masticar y tragar la fresa, e intentando no mancharse ella misma con la nata. Bajó con la lengua por la barbilla, mordisqueó poco a poco el cuello de la morena mientras atrapaba los lacasitos, y llegó a las clavículas, donde se entretuvo entre besos durante unos segundos deleitándose con los suaves suspiros de su novia. Retiró de ella las dos fresas paralelas, recogiendo con la lengua y los labios la nata que poblaba sus pezones y una pequeña gota de nata derretida del canalillo de la chica. Siguió su recorrido bajando por el vientre, mordisqueando la piel al retirar los lacasitos, imprimiendo su respiración en la dorada piel hasta el ombligo. Retiró suavemente la fresa y se encontró con el piercing. Ahí estaba, pequeño, brillante y plateado, cubierto de nata medio derretida ante el calor de sus cuerpos. Apreció con una sonrisa victoriosa cómo los puños de Yulia se cerraban bajo la almohada y cómo ahogaba numerosos gemidos en su garganta hasta hacerlos prácticamente imperceptibles. Estaba siendo algo testaruda, lo sabía, pero así era mucho más divertido. Sentía que tenía completo dominio sobre el cuerpo de la morena, que tenía el poder absoluto y legítimo de provocarle el más delicioso éxtasis, y eso la excitaba de una forma particular y algo diabólica. Manteniendo los ojos cerrados, retiró con sumo cuidado la crema que cubría la zona y sintió una oleada de calor acudiendo a su cuerpo, la cual se convirtió en un gran incendio cuando sintió el estremecimiento del cuerpo de Yulia debajo de ella. Deslizó las manos hasta sus pechos mientras se deleitaba con la nata y los lacasitos.   
Yulia apretaba los ojos fuertemente y se asía a la almohada para no tocar a la pelirroja, estaba prohibido y eso solo le hacía desearlo con más fuerza. Sentía cómo la lengua de la pelirroja se deslizaba por su ombligo sensualmente. De pronto notó que la pelirroja se había separado de ella y cogía de nuevo la nata en espray. Lena deslizó su cuerpo un poco más al sur de la cama y acarició el interior de los dorados muslos de la morena antes de llenarlos de crema justo hasta antes de llegar a la entrepierna. Lamió lentamente, envolviendo a Yulia en una espiral de locura que la obligó a agarrarse fuertemente al cabezal de la cama. La pelirroja sonrió y continuó con su tarea, recorriendo con su lengua el interior de los muslos de la doctora pero sin llegar a la meta a pesar de las insistencias de la morena mediante leves movimientos de su pelvis. Pero Lena disfrutaba de eso, de verla excitada, sofocada, deseante, anhelándola a ella más que a nada. No cedería hasta escuchar las palabras de súplica que no tardaron en llegar.  
  
- Lena… - gimió desesperada.  
  
La pelirroja ascendió sin dejar de acariciar el interior de los muslos de su novia, e incluso por el camino se permitió retirar con la lengua algo de nata que había quedado en uno de los pezones de la morena. La miró con una sonrisa y se acercó lentamente a sus labios sin dejar que se uniesen. No la besaría de momento, sería un leve desahogo para la morena que no quería que se permitiese en ese instante.  
  
- Dime, mi amor.  
- Por favor… - gimió cuando uno de los dedos de Lena llegó algo más lejos en una caricia.  
- Dime lo que quieres, lobita – con un movimiento evitó que Yulia atrapase sus labios.  
- Tócame… Por favor, te necesito… - suplicó con voz ahogada.  
  
Ahí estaban. Esas palabras tuvieron un efecto superior al esperado en la pelirroja, que al mismo tiempo que se puso colorada, se enterneció sumamente. Bajó siguiendo un recorrido de besos por el pecho y vientre de la morena hasta llegar a su entrepierna. Vertió un poco de nata y colocó un trozo de fresa encima de su clítoris. Eso iba a ser divertido. Acarició por última vez el interior de los muslos de la morena y deslizó sus manos hasta la parte baja del vientre de la misma, impidiendo que pudiese moverse. A continuación retiró la fresa utilizando los dientes y rozando con ello el botón de la morena, provocando que se retorciese bajo su cuerpo de una forma que sorprendió a ambas. Lena prosiguió retirando la nata y comenzó a acariciar el extremadamente hinchado botón mientras que la morena, sin poder ahogar más los gemidos, se agarraba con todas sus fuerzas al cabezal de la cama. Sentía la lengua de la pelirroja acariciándola, provocándole poco a poco la llegada al séptimo cielo. Lena empezó a penetrarla con su lengua, provocando mayores espasmos en la morena que se amortiguaron bajo la fuerza que la pelirroja ejercía sobre ella. Una gran sacudida y un grito de placer fueron el indicativo de que su amada había llegado al éxtasis, pero no era suficiente, no en su juego. Lena continuó acariciando su botón provocando espasmos en la morena que cada vez le eran más difíciles de sofocar hasta que pronto llegó el segundo, y a continuación el tercero. Pero Lena no se daba por vencida, le había prometido cinco, y aunque no estuviesen en su consulta, era su primer fin de semana juntas. Se incorporó un poco, ascendiendo por su cuerpo y continuó penetrándola con sus dedos mientras mordisqueaba su cuello.   
Yulia sentía que iba a explotar en cualquier momento. Después del primero la zona había quedado sensible, pero tras los otros dos orgasmos las sacudidas se hacían presentes a cada movimiento de la pelirroja. Se le hacía cada vez más difícil respirar y más fácil gritar. Nunca en su vida había sentido tanto placer, con nadie. Al llegar el cuarto, lo cual no llevó demasiado tiempo, no pudo evitar soltarse del cabezal y agarrar las sábanas con tal fuerza que pensó que las iba a desgarrar; y con el último, simplemente dio una violenta sacudida bajo el cuerpo de la pelirroja y quedó agotada, igual que Lena, que cayó al otro lado de la cama jadeante. Permanecieron tumbadas con la respiración agitada durante varios minutos, tal vez media hora, extasiadas, cansadas, pero perfectamente capaces de seguir. Yulia se levantó poco a poco y fue hacia la cocina. La pelirroja frunció el ceño y observó cómo su novia bebía agua con movimientos lentos, con el cuerpo tan relajado que le costaba realizar incluso esa simple acción. Cuando la vio observarla, dejó el vaso de agua, frunció el ceño y fue hacia ella.  
  
- A la cama, ¡ahora! – dijo provocando una sonrisa en la pelirroja, que obedeció sus órdenes.  
  
Lena se tumbó en la cama y Yulia prácticamente se lanzó encima de ella. Le quitó la ropa interior con los dientes y, con una sonrisa macabra, la esposó al cabezal de la cama. A la pelirroja le estaba encantando esa parte de la doctora, la cual estaba descubriendo que era sumamente polifacética. Yulia cogió el bote de la nata y sonrió. Era su turno.  
  
\*\*\*  
  
Era algo más tarde de la hora de cenar cuando ambas mujeres cayeron completamente rendidas en la cama. Jadeantes, sudorosas, extasiadas y complacidas, habiéndose amado durante horas la una a la otra en una maratón de dulce placer que había llegado a su final. Lena se acurrucó en el pecho de la morena, la cual tapó a ambas con la sábana, y ambas sucumbieron a un merecido sueño. Ropa tirada por todas partes, un bote de nata completamente vacío con el tapón desaparecido, las esposas con su llave dentro del bol de fresas vacío, eso era todo lo que había quedado de esa noche. Eso, y el amor y el deseo que se podían palpar entre ellas dos.  
Era de madrugada, bastante antes del amanecer, cuando Yulia se despertó. Intentó moverse y sintió un agudo pinchazo en la entrepierna. Eran unas bestias, se habían destrozado, pero había valido la pena. Le dio un beso en los labios a la pelirroja, que la abrazó con más fuerza y abrió los ojos. Se sonrieron unos instantes y volvieron a besarse dulcemente.  
  
- Desde luego, Lena, no quiero ni imaginar el día que lo hagamos en mi consulta – rió.  
- ¿Eso quiere decir que vas a ceder?  
- Eso quiere decir que tal vez, y solo tal vez, ceda – sonrió y le dio un beso en la frente -. Por cierto, me tienes que decir donde te has comprado ese conjunto.  
- En Victoria’s Secret, soy cliente VIP – sonrió ampliamente y comenzó a ponerse la ropa interior sintiendo, también, ese dolor punzante.  
- Pues luego tienes que acompañarme de compras, tengo que renovar mi fondo de armario – comentó haciendo lo mismo -. La temperatura aquí en Moscú no es exactamente igual que la de EEUU… ¿por qué me miras así?  
  
Yulia se había dado cuenta de que la pelirroja la miraba con ojos brillantes, al borde de las lágrimas y una sonrisa algo boba en la boca. Lena se acercó a ella corriendo y la abrazó efusivamente.  
  
- ¿Dónde has estado toda mi vida? – le preguntó para luego devorarla a besos mientras la morena reía.  
  
En ese momento Yulia recordó algo. Esa noche era luna llena, la más grande que iba a haber en todo el año. Avanzó hasta las cortinas y las retiró siendo bañada por la luz de la luna. Fue un momento mágico para ambas que compartieron en silencio.  
  
\*\*\*  
  
La mañana recibió a Svetlana con gran alegría. Era la única de los criados que gozaba de cuarto en aquella casa, lo cual era muy práctico porque así no tenía que ir todos los días de un lado para otro. Sus viejos huesos se resentían cada vez más y las comodidades de aquella casa le permitían aplacar un poco del dolor que le tocaba debido a su avanzada edad. Se dio una ducha, se puso el uniforme y, tras tomarse un buen desayuno, comenzó a limpiar las habitaciones del segundo piso que ya estaban desocupadas. Comenzó por el cuarto de huéspedes, que no solía utilizarse. Era increíble cómo por mucho que limpiases algo a los dos minutos volvía a tener polvo. Increíble y frustrante. Al salir de éste se encontró con los señores recién levantados y arreglados, y ordenó a un par de criadas que acababan de llegar que les preparasen el desayuno. Porque esa era su tarea, dirigir al personal, lo había sido desde que la señora Smirnova había abandonado la casa en 1988.   
Entró a la habitación de la señorita Lena. Daba gusto entrar y que las cosas estuviesen ordenadas, y eso se debía a que la señorita se había ido de fin de semana a un lugar desconocido. Svetlana pensaba en eso con el ceño fruncido mientras limpiaba la estantería con el plumero. ¿A dónde había podido ir la señorita?, y, sobretodo, ¿con quién? Terminó de limpiar la mesita de noche y vio una mancha intolerable en el cristal de la ventana. Trajo en un abrir y cerrar de ojos el limpiacristales y comenzó a frotarle a la huella hasta que la ventana quedó limpia como una patena.   
Antes de retirarse hubo algo que le llamó la atención. Al parecer, la vecina de en frente acababa de levantarse, podía verla desde la ventana desperezándose como un perrito. Iba en ropa interior, seguro que había pasado la noche con alguien, pues con esas temperaturas en Moscú y viniendo de EEUU, no se aguantaba el frío sin un buen pijama o sin alguien que calentase tu cama. La vena fisgona de la criada se hinchó hasta más no poder. Había oído que Yulia Volkova era toda una eminencia en la medicina, en especial en la ginecología, y teniendo solo 24 años ya contaba con prestigio mundial. También había oído decir a la señorita Anya que hacía turnos voluntarios en el hospital público, por lo que parecía buena persona. Sin embargo, y eso era conocido por todos en aquella casa, había una cosa cuanto menos peculiar en aquella mujer. Era una libanesa o lesbilana de esas, mujeres que se acuestan con mujeres. Al parecer el camino del pecado podía tentar incluso a las mentes más brillantes, por eso era de vital importancia rezar a diario. La doctora Volkova nunca encontraría la estabilidad de una pareja y el amor que un buen hombre podría profesarle, y engañaría con su erróneo estilo de vida a cualquier muchacha inocente y de bien, llevándola al camino del pecado. O eso era lo que Svetlana pensaba.  
Negó con la cabeza en repetidas ocasiones antes de hacer intención de irse, pero justo cuando iba a despegarse del cristal estuvo a punto de tener un infarto. Sí, un infarto, o una angina de pecho o un paro cardiaco. De morirse, vamos. ¿Y qué fue lo que provocó tal conmoción en la criada? Precisamente que una mujer había aparecido por detrás de la doctora y la había abrazado. Una mujer de unos 25 años, pelirroja, con el pelo rizado, pecosa y de piel nívea. Una mujer que, estaba completamente segura, tenía los ojos verdigrises. Ella vio a la mujer y la mujer la vio a ella, provocando que saliese apresuradamente de la habitación. Sí, definitivamente aquella mujer era la señorita Lena Katina.  
  
\*\*\*  
  
- Tranquila, pecosa, tranquila – intentaba calmarla Yulia mientras la pelirroja no dejaba de ir de un lado para otro recogiendo sus cosas.  
  
La habían pillado. Sí, había sido descubierta con las manos en la masa… o más bien sobre la sexy doctora en ropa interior. Estaba jo.dida, o eso pensaba ella. Su mente era un vaivén de imágenes y emociones confusas que solo la llevaban hacia un ataque de ansiedad. “¿Qué haría?”, esa era la pregunta a la que no dejaba de darle vueltas mientras recogía y se ponía frenéticamente toda la ropa de su propiedad que encontraba por el camino. Salió con la maleta hasta el salón, dispuesta incluso a huir del país.  
  
- ¡Ya sé! – espetó provocando que la morena dejase de perseguirla por toda la casa -. Svetlana está ya vieja, puede darle un mareo en la calle y morir con el golpe, nadie sospecharía, parecería un accidente.  
- Cariño – Yulia se acercó a ella y le sostuvo la cada con las manos -. Frena, pareces una mafiosa.  
- Sí, del lobby gay – respondió haciendo un puchero -. Esto es serio, Yulia, ¿y si se lo dice a mi hermana?   
- Anya no tendrá ningún problema con ello y lo sabes.  
- Pero… ¿y qué dirán los criados? – preguntó más exaltada todavía imaginando la cara de superioridad y asco que le dedicarían aquellas simples criadas, como si fuesen más que ella, la hija de Serguey e Inessa, una de las herederas de los Katin.  
- Nada, y si dicen algo los despides que para eso les estás pagando - resolvió con vehemencia, no pensaba permitir que nadie despreciase a su amada y adorada pelirroja.  
- Vaya, lobita, y yo que te creía la defensora del pueblo – sonrió y le dio un abrazo.  
- Nadie que sea capaz de tratar a alguien mal debido a su distinta orientación sexual merece ser tratado con benevolencia – respondió apretando el puño detrás de la espalda de la pelirroja. Segundos después se separó de ella y la miró a los ojos -. Pecosa, hay que hablar con Sveta.  
  
La pelirroja asintió lentamente con sus ojos fijos en los de Yulia. Si estaban juntas se sentía capaz de todo.

**Capítulo 14: El de que está poseída por el demonio.**  
  
  
Svetlana se encontraba bajando a toda prisa las escaleras. No podía creer lo que había visto: Elena Katina, la chica a la que prácticamente había criado, que se había casado, que había llevado tantos hombres a casa que la anciana mujer había perdido la cuenta, esa Elena había pasado la noche con su vecina. ¡Una mujer! Al principio se preguntó si era posible que su enfermedad mental hubiese vuelto a atormentarla, ya había hecho cosas raras cuando la esquizofrenia la dominó en su adolescencia, pero eso se llevaba la palma. Desestimó esa posibilidad pues, al contrario de lo que había sucedido tiempo atrás, la pelirroja no se había aislado, estaba tranquila y trabajaba seriamente con su hermana. El comportamiento de la señorita Katina había mejorado extraordinariamente en los últimos meses, y eso solo podía tener un nombre: brujería. *Sí*, pensó la mujer mientras bebía un vaso de agua intentando tranquilizarse, *esa mujer ha hechizado a mi niña, es el mismo demonio.* Puede que al lector de este relato le parezca estúpido, pero la mujer lo pensaba y, bueno, ¿qué podría hacerla cambiar de opinión? Después de todo la llegada de la doctora Volkova había marcado un antes y un después en la vida de la pelirroja: había dejado las fiestas sin sentido y el comportamiento de niña mimada para comenzar con un trabajo serio que desempeñaba mostrando gran esfuerzo y dedicación y, además, se había entregado a la meditación haciendo alarde de unos buenos modales que todo el mundo creyó que habían desaparecido junto con la vida de sus padres en aquel accidente.  
La anciana estaba inmersa en sus pensamientos cuando una melena pelirroja atravesó la puerta como un tornado. Miró a la señorita Lena, aquella expresión de preocupación, temor y enfado en sus ojos. Sí, le dio ternura, pero este sentimiento desapareció al ver como la bruja aparecía tras ella con un gesto frío, o tal vez simplemente demasiado relajado para hablar del peliagudo asunto que venían a tratar. La pelirroja iba a hablar elevando el tono de voz y dilatando las aletas de la nariz, como siempre había hecho, como la antigua y caprichosa Elena, como su verdadera señorita, pero la bruja de ojos azules le puso una mano en el hombro y la calmó con su magia. Sí, Svetlana estaba cada vez más segura de que esa mujer de cabello negro, ojos de color de mar y aura de seriedad era la encarnación del mismo Lucifer. Seguramente ese moreno dorado lo había adquirido con el fuego del infierno. Entrecerró los ojos, tenía que salvar a su señora.  
  
- Sveta, no sé qué has visto, pero necesito… - comenzó a decir la pelirroja despacio para que la anciana entendiese todo -… que no le digas nada a Anya, ni a Vlad, ni a nadie… aunque te cueste… - *pedazo de cotilla*, pensó -. Por favor.  
  
¡Y encima le pedía las cosas por favor! No, esa no era su señora, era más que evidente que debía estar bajo un hechizo. La verdadera Elena Katina no pedía las cosas “por favor” y mucho menos a simples criados como ella. No, no, no y no, esa no era su señorita, la que había visto nacer y crecer, reír y llorar, y tenía que hacer algo al respecto. Pero, ¿cómo enfrentarse a una bruja? Lo primero sería intentar que la pelirroja se diese cuenta, que entrase en razón y saliese del trance en el que aquel demonio moreno la tenía.  
  
- Señorita Katina, yo… - miró a Yulia a los ojos con odio -. ¿Pero no se da usted cuenta de lo que está pasando? Esa bruja – señaló a la doctora con el dedo – la tiene hechizada, es la única explicación para esto.  
  
Ambas mujeres la observaron con una mirada de incredulidad en el rostro, pero mientras que Yulia terminó sonriendo por lo absurdo de la situación, Lena empezó a enfadarse de verdad. ¡Acababa de llamar a su novia “bruja”! Sí, a esa deidad morena de ojos cautivadores e inteligencia en ocasiones irritante, pero siempre muy sexy. A esa adorable y dorada mujer que le producía unas ganas enormes de abrazarla y besarla hasta que la desgastase. A Yulia, a SU lobita. La pelirroja apretó el puño y cambió el peso de una pierna a otra, respiró varias veces intentando relajarse, alinear sus chakras y no gritarle a la mujer todo lo que quería gritarle. *Con la gente mayor hay que tener paciencia*, se dijo.  
  
- A ver, Sveta, Yulia no es una bruja, es ginecóloga, a no ser que esté pluriempleada y yo no lo sepa – miró a su novia con una sonrisa que ésta le devolvió encantada.  
- Pero mírela, señorita, está sonriendo porque sabe que tiene poder sobre usted – decía la criada desesperada -. ¡Es el mismo demonio, señorita! – intentó separar a la pelirroja de Yulia, pero Lena le apartó el brazo de un manotazo.  
- Baje el volumen y sea razonable, Svetlana – la morena habló por primera vez -. Yo quiero a Lena, y ella me quiere a mí. Estamos enamoradas y salimos juntas, ¿cuál es el problema?  
- ¿Enamoradas? ¡Ja!, permítame que lo dude – el tono de la criada estaba empezando a crisparle los nervios a la pelirroja -. Señorita Katina, ¿no ve que lo que quiere es hacerle caer en el pecado para que no pueda ir al cielo? ¿Eso quiere? ¿Desea arder en el fuego del infierno por toda la eternidad?   
- Si eso significase estar con ella hasta en la otra vida, no me importaría arder, explotar o sufrir todas aquellas torturas que cuenta Dante Alighieri – respondió Lena cortante y se acercó un poco a la criada, inclinando un poco la espalda para estar a su nivel y que la mirase bien a los ojos -. Y ahora escúchame tú a mí – le dijo muy despacio y con una voz que incluso le erizó el vello a la morena -. Si le cuentas esto a mi hermana, a los demás criados o a quien sea, me da igual, te deportaré a tu pueblo, a la República Independiente de tu casa o a donde sea que hayas salido, ¿me he explicado con claridad?  
- Satanás habla por usted, señorita, pero yo la salvaré de esa zo.rra de Lucifer – respondió diligentemente mirando a Yulia, que frunció el ceño.  
  
Lena estuvo a punto de abofetearla, pero la morena le tomó la mano y la abrazó por detrás llevándola hacia la puerta.   
  
- No merece la pena, nena – le susurró al oído mientras atravesaban el jardín -. Además, tenemos un aquelarre a las dos.  
  
**\*\*\***  
  
Tres semanas habían pasado desde aquella pelea con la criada. Tres semanas desde que habían sido pilladas. Tres semanas en las que Svetlana había estado documentándose sobre hechizos y encantamientos, Lucifer y su influjo en las personas. Tres semanas en las que, a pesar de que la señorita Katina no le dirigía la palabra, había intentado salvarla de su hechizo vertiendo en su café extractos de distintas hierbas, sin efecto aparente. Jengibre, lavanda, hinojo, ajo… La pelirroja había decidido pasarse al café de máquina a la cuarta semana, por lo cual su plan había sido truncado. Encima la máquina Nespresso se la había regalado la bruja de ojos azules. Era evidente que no soltaría a su señora tan fácilmente, pero no podía dejar de intentarlo.  
  
  
Por su parte, Lena y Yulia habían estado pendientes de las reacciones de todo el mundo de su entorno. No parecía que Svetlana hubiese dicho nada al respecto. ¿Y qué podría decir? Los desvaríos de esa mujer eran impresionantes y también muy tristes.  
  
- Me habían llamado muchas cosas en mi vida, pero nunca “zo.rra de Lucifer” – se reía Yulia con Lena en su regazo mientras tomaba una copa en una discoteca con Dima y Grigory.  
- ¿Te acuerdas cuando tu madre dejó de llevar bollos a tu casa para desayunar por si “te curabas" así? – reía el rubio.  
- No te rías, en su momento fue muy triste – sonrió y al recordar su adolescencia la sonrisa se tornó en una mueca.  
- ¿Lo pasaste mal? – preguntó Lena apoyada en el hombro de su novia mientras le acariciaba un mechón negro.  
- Mis padres no eran lo que podríamos decir gay-friendly – bufó y le dio un beso en la mejilla -. Se lo dije en mi último curso del instituto, y fue el mejor momento, en realidad – comenzó a explicar, Grisha tampoco se sabía la historia y escuchaba atento mientras le daba un sorbo a su “sex on the beach” -. Yo tenía dieciséis años y llevaba saliendo un par de años con Anastasia Tkachova. Estaba en mi mismo curso y tenía dos años más que yo, por supuesto. ¿Te acuerdas, Dima? Tenía una melena rubia…  
- Sáltate los detalles de tu ex, por favor – pidió Lena dándole un buen trago a su ginebra.  
- Vale – sonrió y dio un trago a su caipiroska de fresa -. En fin, se lo conté un viernes, creo que era el último del curso. Llegué a casa desde instituto muy cansada, acababa de terminar el último examen de Biología y volví algo tarde – tomó otro trago -. No sé qué me impulsó a hacerlo, simplemente lo hice. Fui al salón, donde estaban mis padres empezando a comer y, sin ni siquiera sentarme les dije: “Papá, mamá, soy lesbiana”. Mi madre estaba sirviendo la ensaladilla y el bol calló con gran estrépito a la mesa. Mi padre se levantó mientras mi madre empezaba a llorar y me sentó por la fuerza en un sillón. Me pidieron que lo repitiera y lo hice bastante asustada por la reacción de mi padre; después me preguntaron si entendía lo que significaba eso, yo les respondí que sí, que para algo era superdotada y me gané una bofetada que aún me duele – rió tocándose la mandíbula -. Mi madre lloraba y me decía que estaba poniendo triste a Cristo, que lloraba porque era una pecadora; mi padre, por otro lado no dejaba de gritar que su hija no podía ser una bollera, que no me había criado para comer… Prefiero no acordarme de eso – suspiró y sintió cómo Lena besaba su mejilla con dulzura -. Me encerré en mi habitación durante al menos dos días, sin comer ni beber, ignorando los golpes, los gritos y los llantos de mis padres, y ahogándome en los míos. El domingo llamé a Anastasia, estaba preocupada por mí – bufó -. Le dije que se lo había contado, que podríamos ser libres, podría ir conmigo a EEUU y estudiar junto a mí, pues tenía notas muy buenas… Dejó de escucharme en cuanto pronuncié la primera frase y cortó conmigo.  
- ¡Ouch! – exclamó Grisha haciendo un gesto de dolor, a lo que Yulia respondió con una cabezada de afirmación.  
- Antes de las vacaciones de verano me fui a Massachusetts, y tuve suerte porque los de la beca de Harvard les insistieron a mis padres, que no pensaban dejarme ir, querían internarme en algún lado, seguro – prosiguió -. No vinieron a despedirse de mí al aeropuerto y durante meses no hablamos. Cuando llegaron las primeras Navidades recibí una llamada de mi madre. Me pidió que fuera a pasarla con ellos, que habían recapacitado y que me querían mucho, que lo sentían – otro trago -. Hablé también con mi padre y les dije que me entendiesen, que no podía verlos, que en ese momento estaba muy dolida, destrozada. Estuvieron de acuerdo y poco después empezamos a hablar por Skype; las siguientes Navidades las pasé con ellos y todo comenzó a mejorar – concluyó con una sonrisa.  
  
Lena quería decir algo, reconfortar a la doctora que, aunque mostraba una sonrisa relajada, tenía una mirada melancólica que la enterneció. Abrazó a Yulia, escondiendo la cara en su hombro y dándole pequeños y reconfortantes besos, y ésta pasó las manos alrededor de la cintura de su novia devolviéndole el gesto. Permanecieron un rato así, ante las miradas conmovidas de sus dos amigos. Fue entonces cuando Grigory, olvidándose de que estaban en un sitio público, le dio la mano a Dimitri, y este, despistado, la aceptó sin más. Primer error.  
  
- ¡Id a un hotel, maricones! – les gritó un muchacho que pasaba acompañado de dos chicas.  
  
Los cuatro amigos fruncieron el ceño, e incluso Lena se levantó, pero Yulia la cogió de la muñeca y negó con la cabeza. Por supuesto que la morena se habría levantado, habría cogido el cuchillo de partir limones y le habría cercenado los genitales a semejante gil.ipollas… o simplemente le habría dado un puñetazo, pero eso ya no era Estados Unidos, eso era Moscú, Rusia. La pelirroja miró primero a su novia, después a los muchachos que tenían la cabeza agachada y después al imb.écil que se había atrevido a insultarlos. Apretó los dientes y los puños, pero se limitó a sentarse en un taburete al lado de Yulia.  
Decidieron salir a la pista a bailar… con las parejas divididas. Primero Dimitri bailó haciendo el tonto con Lena mientras que Grigory bailaba con Yulia, y luego la situación fue a la inversa. En cierto momento, con los efectos del alcohol aflorando, el calor de la pista y la música del ambiente, Grigory le dio una vuelta a Lena, que acabó torpemente en brazos de Yulia. Mientras reían, Dimitri se acercó a su novio y le dio un beso. Sí, fue la segunda metedura de pata de la noche, teniendo en cuenta que estaban rodeados de homófobos alcoholizados. Sucedió muy rápido. Alguien empujó a Dimitri y Grisha recibió un puñetazo en el estómago que lo hizo caer de rodillas. Dima fue rápidamente a comprobar el estado de su novio y recibió otro puñetazo, esta vez en la mandíbula. Las chicas corrieron en su ayuda, empujando con todas sus fuerzas a los chicos que querían continuar con la trifulca.  
  
- ¡Maricones! ¡Sodomitas! ¡Muerde almohadas! ¡Degenerados! – gritaba la gente del local a los chicos, que estaban doloridos y a punto de llorar.  
- ¡Dadles una lección a esas nenazas! – un chico de pelo rizado y castaño se acercó para seguir con la pelea, pero fue empujado fuertemente por la pelirroja.  
- ¡Alexey! – le gritó -. Dejadlos en paz, no os están haciendo nada.  
- ¿Lena? ¿Defiendes a unos maricas? – Anastasia apareció entre la multitud y fue a apoyar a su hermano.  
- Es asqueroso lo que están haciendo, Elena – secundó Olga.  
- Pues Tatiana está ahí detrás, a la vista de todos, vomitando y no veo que le deis una paliza – señaló al pelirroja con gran enfado.  
- ¿Vuelves a esa etapa enfadica y asocial del instituto? Mira que esta vez no espero hasta que se te pase la esquizofrenia – advirtió una borracha Olga mientras se sujetaba al brazo del chico.  
- Simplemente dejadlos en paz, ya nos vamos – dijo dirigiéndoles una mirada de desprecio.  
- Mira, te voy a hacer caso, y por los años de amistad vamos a dejar que tus amigos se vayan, pero no queremos a amigas de anormales con nosotros – sentenció Nastia.  
  
La pelirroja se limitó a ayudar a Dimitri a levantarse mientras que Yulia hacía lo mismo con Grigory, y juntos avanzaron hacia la salida. Estaba asqueada por el comportamiento de aquellos a los que creía sus amigos, y también horrorizada porque sabía a la perfección que en otras circunstancias ella hubiese hecho lo mismo. No quería volver a ser la persona amargada, caprichosa y prejuiciosa en la que se había convertido a lo largo de los años. Esa era su nueva determinación.  
  
- ¡Me debes un polvo, pelirroja! – le gritó Alexey desde la puerta.  
  
Yulia estuvo a punto de soltar a su amigo y entrar para partirle la cara al chico, pero Lena se lo impidió. Tenían que llevar a los muchachos a casa.  
  
**\*\*\***  
  
Era domingo, un día particular y cansado. Lena no había salido en dos días de su casa, y ni siquiera había llamado a su novia. Simplemente estaba en el salón, meditando y haciendo yoga, pensando en aquellas cosas importantes que necesitaba arreglar en su interior. Debía hacerlo, debía superar por fin la muerte de sus padres para poder abrir una nueva etapa en su vida, para poder seguir adelante definitivamente.  
  
- Katina – oyó como una voz levemente ronca y muy pero que muy sexy la llamaba, una voz muy conocida.  
- Buenos días, lobita – saludó sin abrir los ojos mientras hacía el escorpión, totalmente relajada; ni siquiera se había parado a pensar si había alguien más en la sala.  
- ¿Estás bien? No he sabido nada de ti, estaba preocupada – continuó diciéndole la voz.  
  
Eso de responder a voces cuya procedencia no veía estaba empezando a traerle malos recuerdos, pero lo que bajó hasta el suelo muy despacio, respiró hondo, se levantó, volvió a respirar hondo y abrió los ojos. Ahí estaba su novia, su amada, su Yulia, con el pelo, algo más largo que cuando la conoció, recogido en una cola de caballo, una camisa blanca sin mangas y unos pantalones negros y cortos muy elegantes. Avanzó despacio hacia ella y la abrazó.  
  
- Necesitaba pensar – respondió cuando se separaron.  
- Si es por lo ocurrido en la disco, no tienes por qué preocuparte, Lena – sonrió con ternura y le acarició la mejilla -. Los chicos están bien, y han pasado por cosas peores – admitió con un deje de tristeza en la voz.  
- No es solo por eso, Yul – suspiró y le dedicó una mirada triste y arrepentida -. Podía haber sido yo. Hace unos años, hace unos meses, yo podría haber estado insultándolos y riéndome con su sufrimiento – una lágrima ausente resbaló por su mejilla mientras empleaba todas sus fuerzas en no imaginarse la situación.  
  
La morena la abrazó fuerte, y Lena se dejó abrazar pasando los brazos por detrás del cuello de su novia. El timbre sonó sorprendiéndolas a ambas, y una joven criada fue rápidamente a abrir la puerta. Por ella aparecieron Anya y Vlad cargados de cosas para bebés. Rápidamente, y antes de que Yulia pudiese decir nada, Lena ya había ido a cargar con algunas cosas que llevaba su hermana.  
  
- ¿Cómo se te ocurre dejar que lleve peso? – le dedicó una mirada furiosa a su cuñado -. ¡Está embarazada!  
- Solo estoy de unas semanas, Lenka, no pasa nada – su hermana le dedicó una sonrisa de felicidad.  
  
¿Qué más podía pedir Anya en ese momento? Tenía un esposo maravilloso que la amaba, una hermana que por fin parecía ser la chica que hablaba animadamente con sus amigas en clase de Química, y un precioso bebé en camino que estaba siendo controlad estrechamente por la que posiblemente era la mejor y más joven ginecóloga del mundo que, por cierto, estaba allí mismo, en su salón, mirando la escena con una sonrisa. Mientras Vlad y Lena colocaban las cosas en el cuarto del bebé, Anya se acercó a la doctora.  
  
- Tu hermana tiene razón, aunque estés de poco tiempo no deberías coger ese peso – comentó Yulia calmada.  
- Vale, pero no le digas que tiene razón – sonrió -. No quiero que se gafe ese subidón de felicidad y madurez que le ha dado.  
- ¿Cómo es eso? – preguntó divertida haciéndose la desentendida.  
- Hacía mucho que no la veía tan bien, de verdad – explicó Anna acompañando a la doctora hasta un sofá y tomando asiento -. Es una Lena diferente, la que debió ser antes de la muerte de mis padres, querer salvar a los mapaches, el matrimonio… Todo era un desastre, ¿sabes?  
- Sí, me lo ha comentado – hizo una mueca y sonrió -. Me alegro de que esté feliz.  
- Créeme, Yulia, en cualquier momento se pondrá a vomitar arcoíris – ambas rieron y Anna miró a la doctora -. Me alegro de que cuente contigo, eres una gran influencia para ella.  
  
Ambas se sonrieron y el timbre volvió a sonar. La pelirroja apareció dando saltos y riendo junto a Vlad, que abrió la puerta mientras Lena se sentaba con expresión confusa ante las sonrisas que se dibujaban en los rostros de las dos mujeres. Por la puerta aparecieron Svetlana y un hombre relativamente mayor vestido de negro con una cruz colgando del pecho. Ambos entraron en la casa si ni siquiera guardar las formas.  
  
- Sveta, ¿pero qué…? – comenzó a decir Vlad, pero la mujer lo ignoró.  
- Es ella, la pelirroja mística – señaló a Lena con dedo acusador y posteriormente dirigió su mirada hacia la doctora -. Y ella es la bruja, ¡ella es la furcia de Satanás!  
- ¡Svetlana! ¿Qué significa esto? – gritó furiosa Anya, que se levantó rápidamente -. Pídele ahora mismo disculpas a Yulia.  
- El mal y el pecado se siente en esta casa, señora – avisó el hombre y se dirigió hacia ella -. Mi nombre es Yegor Fiodoróvich Záitsev, y se me ha encomendado la misión de expulsar el mal que se ha apoderado de su hermana.  
- ¿Quieren exorcizar a Lena? – preguntó Vladimir incrédulo -. Llega unos meses tarde, se ha exorcizado ella solita.  
- ¡Fuera de mi casa, ahora! – gritó Anna enfurecida.  
- Anya, vete y tranquilízate, este estrés afecta a tu bebé – advirtió Yulia -. Nosotras nos encargamos.  
  
La muchacha asintió y su marido la acompañó al piso de arriba. En cuanto quedaron solos, Lena miró con desprecio a la criada, ésta manifestaba su odio hacia la doctora, que a su vez no perdía de visa al exorcista, y éste miraba a Lena con un deje lujurioso. La situación repugnaba.  
  
- Siento las molestias que le ha causado esta criada – la pelirroja fulminó con la mirada a Svetlana -, pero no tiene nada que hacer aquí. Como ya le ha dicho mi hermana, me gustaría que saliese de nuestra propiedad.  
- Señorita Katina – comenzó diciendo el hombre -, el demonio se está apropiando de su espíritu, sé que es difícil, pero debe luchar por echarlo y abandonar el pecado – se acercó a la muchacha pero la sola mirada furiosa de la morena le obligó a retrocede.  
- La próxima vez se lo pediré con menos amabilidad – advirtió Lena.  
  
El hombre miró unos segundos a Svetlana, que le devolvió una extraña mirada, y se dio la vuelta enfurecido.  
  
- Arderán en el purgatorio consumidas por el fuego del infierno, ¡lascivas pecadoras! – gritó antes de salir como un huracán de la casa.  
  
Quedaron las tres mujeres en un silencio tenso que se podía cortar con cuchillo. Lena miraba a la mujer muy decepcionada. Sí, ella no la había tratado bien, era consciente. El recuerdo de aquella horrible mañana en la que le comunicó junto con su hermana la muerte de sus padres volvía cada vez que miraba esos diminutos ojos que ahora la escrutaban con desdén. Sin embargo, y a pesar de todo, aquella mujer la había cuidado, había estado siempre ahí, y nunca pensó que fuese capaz de llevar a cabo semejante espectáculo.  
  
- ¿Por qué simplemente no puedes ver y aceptar que la amo con todo mi ser? – preguntó de forma inexpresiva, quizá sin dirigirse directamente a ella, sino pensando en voz alta.  
- Porque es antinatural y asqueroso, y la llevará a arder en el infierno – escupió la anciana.  
- ¿Es tu última palabra? – preguntó seriamente y la mujer asintió -. Entonces no quiero volver a verte por aquí, mandaré a Mijail que lleve las cosas a tu casa.  
  
La mujer salió por la puerta dando un portazo y Lena, con el mismo semblante oscuro, abrazó a la doctora pidiendo perdón por todo lo acontecido. Al oír el portazo, Vladimir y Anna bajaron para encontrarse con las chicas. Lena se separó lentamente de su amada para mirar a su hermana. No podía aguantar más toda esa situación, necesitaba liberarse de aquel peso.  
  
- ¿Se puede saber a qué ha venido todo eso? – preguntó su hermana visiblemente enfadada.  
- Anna, Vladimir, tengo que deciros una cosa – cogió de la mano a la morena y depositó un beso en el dorso -. Yulia y yo estamos saliendo.  
  
**\*\*\***  
  
Yulia empezó a recoger sus carpetas y a apilar papeles. Había sido una semana dura, y en especial un día duro. Aún no sabía lo que iba a hacer con esa paciente, pero tenía que pedir ayuda a Lena, eso estaba claro. Su pelirroja había demostrado una gran fortaleza esos últimos días, incluso con el gran desastre que armó Svetlana. Tenía que admitir que incluso llegó a asustarla el semblante frío que mostró aquel domingo, ese semblante que escondía la tristeza más profunda que podía sentir Lena. Quiso abrazarla, quiso besarla, quiso decirle que iba a estar siempre con ella, pero no lo vio apropiado dadas las circunstancias. Y, de repente, sale del armario, así, rompiendo la puerta de una patada. Era obvio que tanto Anya como su marido se lo tomaron muy bien… Quizás el hombre se sorprendió un poco más, pero su hermana le venía viendo el plumero desde hacía unas semanas.  
Avanzó por el pasillo a paso rápido tras cerrar la consulta, dio las buenas noches a la recepcionista y se metió en la consulta de su amada, que estaba clasificando fichas y expedientes.  
  
- Hola, pecosa – saludó con aire cansado, provocando que la aludida le dedicase una mirada de preocupación.  
- ¿Estás bien, lobita? – cerró con llave el cajón y le rodeó el cuello con los brazos.  
- Estoy agotada – admitió y le dio un suave beso en los labios -. Hoy ha venido una paciente…  
- ¿Mujer? – Lena frunció el ceño algo celosa.  
- Mi amor, si tuviese un paciente que no es mujer… o que no esté en proceso de serlo, sería preocupante – rió y volvió a besarla -. No te pongas celosilla, que sabes que no me gusta nada – comenzó a profundizar el beso cuando la puerta se abrió y se separaron rápidamente.  
- Tortolitas, esto es una zona de trabajo – bromeó Anya, que traía una carpeta, finjiendo enfado.  
  
Yulia se puso del color del pelo de Lena, quien simplemente rió.  
  
- No era una zona de trabajo cuando Vladimir y tú concebisteis a mi sobrinito o sobrinita – puntualizó señalando su levemente abultada barriga.  
- Touché.  
- Chicas, tengo que hablar con vosotras dos, ahora que estáis juntas – ambas mujeres miraron a la morena -. Se trata de una paciente que he tenido hoy en el hospital… No es precisamente una mujer adinerada, aunque por su trabajo en la banca tiene un buen seguro médico – continuó explicando -. Necesita nuestra ayuda.  
- ¿Cuál es su problema? – preguntó Lena entrelazando sus dedos con los de la morena.  
- Es un caso de violación.

**Capítulo 15: El de que hablar con la gente no es lo suyo.**  
  
  
  
El caso fue noticia desde su comienzo hasta su final cinco meses después. Las noticias no dejaban de sacar la imagen de una asustada y agotada chica, sus gestos, sus declaraciones; y de un chico fibroso y rubio que solo se cubría la cara con una capucha cada vez que lo enfocaban las cámaras. Todos los periódicos del país contaban ya con sus reportajes, e incluso se habían rodado documentales acerca de aquella desgracia.   
  
*Ekaterina Petrova, de 26 años, había sido atacada el 31 de octubre por un hombre inicialmente desconocido. La muchacha, nacida en San Petersburgo, se dirigía hacia una fiesta de Halloween que se daba en una de las discotecas más famosas de Moscú cuando el sujeto en cuestión la abordó en la puerta. Según su testimonio inicial, el hombre era alto, delgado, de nariz prominente y sonrisa ancha. No alcanzó a ver el color de sus ojos, o de cabello, y poco más recordaba de las características de su agresor, pero al parecer éste ni siquiera se molestó en cubrirse el rostro. No iba borracho aún, pues la muchacha atestiguó que no olía a alcohol, solo a tabaco y a una fragancia suave, quizá aftershave.   
El caso fue denunciado por la doctora Yulia Volkova, especialista en ginecología, que atendió a la víctima dos días después en su consulta de la clínica Katin encontrando indicios de violación. Rápidamente, la doctora se puso en contacto con la policía, la directora de la clínica, Anna Katina, y la psicóloga, y también dueña, Elena Katina. Tras pasar un mes en tratamiento, yendo a la consulta de la doctora Katina hasta tres veces por semana en sus inicios, la víctima fue capaz de aportar más datos acerca de su agresor. La descripción que proporcionó la señorita Petrova junto con el análisis de las muestras de semen encontradas en su cuello uterino, revelaron que el nombre del agresor era Ivan Shapovalov, hijo de un magnate de la industria minera con residencia en el mismo Moscú.  
  
Se efectuó una detención preventiva del presunto violador, de 30 años, al que se sometió a diversos interrogatorios llevados a cabo, según cuentan nuestras fuentes, por diferentes policías para garantizar que no se falseasen los testimonios. Esta medida de prevención fue ordenada por el jefe de policía Boris Kuznetsov, que, sorprendentemente, es el padrino de la señorita Petrova.  
En su primer interrogatorio, monitorizado por cámaras, se puede ver a un nervioso Shapovalov que no deja de dar vueltas alrededor de la mesa hasta que llega la policía. Se sienta en la silla y comienza a mover la rodilla frenéticamente. Finalmente, llega el abogado defensor y el acusado se relaja de repente. La primera declaración del presunto violador defiende que ese día, a la hora estimada de la violación, estaba con su amigo Alexey Korsakov y su exnovia Olga Ustinova, pertenecientes a la mediática “Familia Real”, en su limusina. Aunque al principio los integrantes de este grupo no quisieron pronunciarse, finalmente verificaron el testimonio del señor Shapovalov. Sin embargo, numerosos testigos afirmaban que habían visto al acusado en las inmediaciones de la discoteca, pues el portero, que atestiguó lo mismo, no quería dejarle pasar sin estar acompañado de la “realeza”.   
Además, aún quedaba un factor determinante, y era el semen encontrado en la víctima que concordaba perfectamente con el ADN del señor Shapovalov. Cuando esto le fue preguntado, simplemente respondió: “Me acosté con muchas chicas aquella noche, no sabría decirle el nombre ni el aspecto de todas”. Tras esto, el acusado alegó que recordaba a la señorita Petrova y que el coito había sido consentido.  
  
El juicio por violación se inició el 30 de noviembre, siendo en un inicio el jurado favorable al señor Shapovalov. Las declaraciones tanto de la doctora Volkova como de la doctora Katina, bien conocida por ser acompañante frecuente de la “Familia Real”, fueron de gran ayuda a la hora de llevar el juicio a un terreno más neutral y justo. Sin embargo, lo que propició finalmente el veredicto de culpabilidad contra Iván Shapovalov, fue el descubrimiento en su ordenador personal de numerosos archivos de pornografía que incluían a menores y fotos fuertemente encriptadas de más víctimas del acusado. Mujeres de edades comprendidas entre los 15 y los 26 años, destrozadas, semidesnudas, violadas, vídeos del mismo grotesco acto que, aunque en ellos apenas se distinguía al acusado, sirvieron para condenarle a 20 años de prisión.  
  
Muchos creen, y seguramente es cierto, que la condena de Iván Shapovalov es muy reducida, y que se reducirá más por las influencias de su padre y su buena conducta, pero bla,bla,bla...*  
  
Yulia cerró el quinto periódico y lo lanzó al otro extremo de la habitación. Era increíble cómo el imbécil de Shapovalov se iba a librar. Su padre, ayudado por las influencias de la mal.dita “Familia Real”, había conseguido una reducción de la pena a 15 años, y con el buen comportamiento que iba a mostrar y algún otro truco sucio, lo máximo que cumpliría serían diez años. Recordaba su sonrisa durante el juicio, cuando ella misma sirvió de testigo. Tan confiado, tan soberbio. Le habían dado ganas de destrozarle la cara a golpes cuando fue Lena la que subió. Había sido duro para la pelirroja, eso estaba más que claro, y no solo porque conociese previamente al tipo, sino también porque había acompañado el dolor de Katya durante todos aquellos meses. Ella se lo había pedido, y Lena había aceptado. La recordaba subir al estrado con su traje, tan parecido al de una ejecutiva agresiva, con su falda hasta las rodillas, su americana a juego y la camisa blanca. Estaba preciosa, y esa expresión seria y decidida solo acentuaba la credibilidad que ofreció al jurado. Fue cuando estaba respondiendo a las preguntas del fiscal. Ella hablaba sobre algunas de las terapias que había tenido con Katya, y llegó a la parte en la que ya había sido asaltada, cuando el violador se separó de ella y pudo ver su nariz prominente y su pelo rubio. Shapovalov le lanzó un beso.  
Pero no merecía la pena seguir recordando todo aquello. Por fin, tras tres meses de juicios e interrogatorios, el causante de las desgracias de la pobre chica había sido encerrado y ellas podrían volver a su vida normal.  
  
- No te enfades con los periódicos, ellos nunca lo harían contigo – comentó en tono jocoso la pelirroja mientras se apoyaba en el pecho de su novia.   
  
A decir verdad, Lena pasaba más tiempo en casa de Yulia que en la suya propia. Prácticamente vivían juntas, y aunque ambas deseaban que fuese oficial ninguna de las dos se atrevía a decirlo por miedo a precipitar las cosas. Después de todo, llevaban unos siete meses saliendo, los mejores siete meses de la vida de ambas. Y ese tiempo no solo había sido ocupado con juzgados y sexo salvaje, no. Se habían divertido, se habían amado, habían dado paseos, ido al cine, salido con amigos, peleado… Sí, peleado, y en varias ocasiones, sobre todo en los últimos cuatro meses. Las peleas habían empezado desde ambas partes, y por razones variadas: que si Yulia se había puesto un poco celosa por lo que se estaba implicando Lena con Ekaterina (celos completamente infundados, no hace falta ni decirlo), que si Lena se enfadó porque Yulia estaba obsesionada con el caso, que si Yulia se enfadó porque Lena ya conocía a Ivan, que si Lena le gritó porque había escondido a su Elisabeth Taylor, que si Yulia le devolvió el grito porque era un ma.ldito bolso… Todo mejoró cuando empezaron a hacer yoga juntas, por mucho que Anya, al verlas por la ventana, se riese diciendo que Lena era una sectaria mística y estaba convirtiendo a Yulia. Era evidente que la tensión que estaban sufriendo por todo el caso afectaba severamente a su relación, pero precisamente ahí se demostraba la magia que podían crear ambas, su fortaleza y perseverancia indestructibles. Se amaban la una a la otra y eso estaba por encima de cualquier estú.pida pelea.  
  
- No estoy satisfecha – susurró la morena con un profundo suspiro.  
- Pero eso puedo arreglarlo yo – Lena sonrió pícaramente y comenzó a besarle el cuello.  
- Me refería al caso, tontita – rió Yulia para estrecharla entre sus brazos.  
- Yo tampoco lo estoy – respondió cerrando los ojos y dejándose abrazar -, pero no podemos hacer nada más. Al menos Katya y las otras chicas tienen algo a lo que agarrarse…  
  
La doctora entrecerró los ojos, no le gustaba nada cuando Lena llamaba a la muchacha “Katya”, con ese tono tan cercano. ¿Tan difícil le era llamarla Ekaterina como todo el mundo? La alarma de los celos saltó en la cabeza de Yulia y trató de calmarse. Eran unos celos completamente infundados e insensibles. ¡Habían violado a la muchacha, por el amor de Dios! Y encima era heterosexual… De eso era perfectamente consciente, pero el solo imaginar que su pelirroja podía querer, acariciar o mirar a alguien más que a ella le producía un enorme nudo en el estómago. Iba a decir algo, pero el móvil de su novia sonó. La pelirroja se revolvió un poco para poder sacar el aparato del bolsillo de su pantalón y atendió a la llamada.  
  
- ¿Anya?... Sí… Vale, no hay problema… Sí, sí, iremos encantadas, hay que celebrarlo – oía que decía su amada -. Claro, a las 8… Bien, un beso – Lena colgó el teléfono y miró a la morena -. Cena familiar en mi casa, esta noche – la informó, pues en algunos asuntos Lena informaba, no preguntaba -. No te parece mal, ¿verdad? – preguntó un poco preocupada al ver la expresión recelosa que se mantenía en la cara de su amada.  
- No, no, claro que no – aclaró -. Es más, tú has conocido en profundidad a mis amigos… yo quiero conocer a tu familia.  
- Si ya los conoces, lobita – sonrió y le dio un beso en los labios.  
- Pero como “la doctora Volkova”, no como tu novia – explicó acariciándole los brazos.  
  
Lena sonrió sin dejar de besarla, se dio la vuelta y comenzó a acariciar su lengua con la propia, haciendo más profundo el beso. Sí, así era como quería pasarse el resto de su vida, besando a Yulia mientras ésta la abrazaba y la acariciaba con sus suaves manos.  
  
- Te amo más que a nada en el mundo, ¿lo sabías? – pronunció con un hilo de voz pero que resultó perfectamente audible para la morena.  
- Sí, lo sé, pero nunca me cansaré de oírlo.  
  
  
**\*\*\***  
  
  
La cena estaba resultándoles de lo más entretenida. En cuanto llegaron, vestidas ambas de noche, resplandecientes, elegantes, preciosas, habían saludado a Anya (con una barriga ya muy crecidita) y a Vladimir, que se había quedado inicialmente sin aliento. Al matrimonio y a las chicas se les habían unido un grupo selecto de amigos de la familia, sobre todo de sus difuntos padres, a los que siempre habían considerado como parte de la familia. La impresión inicial al conocer a la novia, en femenino, de la pequeña Elena dio lugar a un cúmulo de risas bienintencionadas y charlas interesantes sobre el sistema sanitario ruso en las que el foco de las preguntas era su Yulia.   
Acabado el primer plato, sopa Solianka de carne, se dio paso a una animada conversación sobre el bebé que nacería en menos de tres meses.  
  
- ¿Y cómo piensas llamar al bebé? – preguntó Yevgeni Romanov, amigo desde el instituto de su padre.  
- Pues si es niño hemos decidido llamarlo Serguei, como papá, y si es niña Inessa, como mamá – respondió sintiendo la confortable mano de su marido acariciando su vientre.  
- ¿No lo sabéis aún? – preguntó Irina Golubeva, mejor amiga de su difunta madre.  
- No queremos saberlo – dijo Vlad terminando su sopa -. Preferimos saber el sexo del bebé cuando nazca.  
- ¿Y qué apellido le daréis al niño? Porque tú, Anya, no te has cambiado el apellido por la clínica, ¿verdad? – continuó Irina sonriente mientras le servían el segundo plato.  
- Pues no, no me lo cambié – dio un mordisco al golubtsí evitando que se le cayese el arroz y tragó antes de responder -. Quizá optemos por llamarlo o llamarla por ambos apellidos.  
- ¿Vas a someter a semejante crueldad a mi sobrinito o sobrinita? – comentó Lena tras beber un sorbo de vino -. Serguei Kozlov Katin o Inessa Kozlova Katina… - dijo y todos pudieron apreciar lo raro que sonaba -. Por favor, si es niña al menos pon nuestro apellido primero… No te ofendas, Vlad.  
- Tranquila, es verdad que suena raro – respondió su cuñado concentrado en su comida y todos rieron.  
  
La cena siguió su curso pasando a temas políticos, tanto nacionales como internacionales, y posteriormente a otros deportivos que desembocaron en el caso que acababan de ganar. Desde luego, las opiniones eran de lo más variopintas coincidiendo casi siempre con la edad, trabajo y sexo de los presentes. Eso sí, siempre reconociendo que el tipo era un monstruo y que tenía bien ganada la cárcel. Si no hubiese sido así, la cena se habría convertido en una guerra civil seguramente iniciada por la morena y seguida de la pelirroja. Yevgeni, apoyado por el viejo Nikolaj Smirnov, defendía que había que confiar en la justicia, que el hombre recibiría su castigo. Los más jóvenes, por otro lado, defendían que el dinero le compraría la libertad en apenas unos años, como había ocurrido siempre. Podría resultar un poco raro que aquellos dos adinerados y sabios hombres defendiesen el sistema judicial, pero trabajando como juez el primero y como fiscal el segundo, era evidente que querían convencerse más a sí mismos que al resto de comensales.  
Inevitablemente, a la hora del postre, la conversación se tornó mucho más incómoda para la pareja de chicas, pues era evidente que todas las preguntas que se habían formado en las mentes de la familia al conocer la noticia les caerían, por haber guardado todos su buena educación, al final de la velada.  
  
- ¿Cuánto lleváis juntas, chicas? – preguntó Ruslanna Kameneva, hija de unos amigos y socios de sus padres, y mejor amiga de Anya desde el colegio.  
- Unos siete meses – respondió Yulia haciendo alarde de su temple profesional.  
- ¿Siete ya? – se sorprendió la muchacha -. Sois vecinas y compañeras de trabajo, ¿verdad?   
  
Ambas chicas asintieron y algo incómodas siguieron respondiendo preguntas sobre cómo se conocieron, quién le habló primero a quién, sus primeras impresiones… ocultando lo de la ETS, por supuesto. Lena se indignó al saber que al principio Yulia pensó que era una niña caprichosa y bastante simple, debido a sus malas formas cuando las presentaron. Y la morena también se sorprendió al descubrir todo lo que había hecho su novia para llamar su atención. Todo esto y mucho más no dejaba de provocar las risas de sus invitados, que se estaban divirtiendo como nunca con el azoramiento y las reacciones de ambas chicas.  
  
A la hora del café, el ambiente había decaído mucho dando lugar a charlas banales y la posterior división de los interlocutores en grupos que instauraron una enrevesada red de conversaciones distintas. No fue hasta casi la media noche cuando alguien tocó el timbre. Una de las criadas fue a abrir la puerta y los invitados se dieron la vuelta para recibir a la visita. Svetlana había entrado en la habitación con unas modestas vestimentas que resultaron raras a la pelirroja, la cual no había visto a aquella anciana sin su uniforme en mucho tiempo. Vladimir evitó que Anna se levantase, pero Lena si lo hizo seguida por la mirada de Yulia, que creyó mejor no intervenir.  
  
- ¿Podría hablar contigo, Elena? – preguntó la mujer dubitativa a la hora de pronunciar el nombre.  
  
La pelirroja miró a los invitados, les sonrió, se disculpó y siguió a Sveta hasta la cocina, de donde desalojaron a todos los empleados para tener privacidad.   
La anciana tomó asiento en uno de los taburetes mientras que Lena, haciendo alarde de su juventud y bastante despreocupada, se encaramó a la encimera y se dispuso al lado de la vitrocerámica. Pasaron un rato así, en silencio, mirándose. Svetlana intentaba recordar aquellas palabras que tanto había practicado y que habían volado de su memoria tan pronto como puso un pie dentro de la casa; por otro lado, Lena se estaba impacientando, pero se obligaba a estar tranquila para no precipitar y estropear las cosas. Al fin y al cabo Svetlana había sido como una especie de… tía para ella durante todos aquellos años.  
  
- Elena, yo… quería pedirte perdón por mi comportamiento – comenzó diciendo, y al ver que la pelirroja ponía atención en sus palabras continuó -. He demostrado ser una persona más antigua de lo que me consideraba, y muy egoísta, pues a pesar de que yo siempre he defendido desde que los señores fallecieron que lo que pretendo es tu felicidad y la de tu hermana no he querido ver la pureza de la felicidad que esa… - carraspeó - … doctora produce en ti.  
  
Se hizo un intenso silencio solo atenuado por las risas y los comentarios que se dejaban oír procedentes del salón. La anciana miraba a Lena esperando su respuesta, y ésta estaba muy sorprendida, aunque adoptase ese semblante tan serio y frío. Se le ocurrían miles de comentarios hirientes como “¿Qué pasa? Necesitas dinero, ¿verdad?” o “Esto lo haces porque temes que mandemos a tus miles de familiares a la calle, ¿no es cierto? Os reproducís como conejos...”, pero realmente no era lo que quería decirle. Estaba feliz de que Svetlana la intentase comprender, que cesasen sus intentos por “exorcizarla” y que comenzase a aceptar que Yulia Volkova formaba parte de su vida. No, hablar con la gente no era lo suyo, así que simplemente se guardó las palabras y le dio un abrazo.  
  
- Llámame señorita Katina, criada - dijo manteniendo el abrazo y Sveta sonrió aliviada.

**Capítulo 16: El de que qué haces tú aquí.**  
  
  
  
- ¿Qué haces tú aquí? – preguntó Lena sorprendida e indignada por la presencia de Oksana en la puerta de la consulta de su novia.  
  
No hizo falta que respondiese, en ese instante la puerta se abrió dando paso a una sonriente Masha y a Yulia, que llevaba unas carpetas en la mano y le decía algo que no llegó a escuchar, pues a pesar de que estaba a una distancia corta de ambas mujeres el escote de la morena le pareció muchísimo más interesante que su casada ex. Porque sí, ya se habían casado, y eso había podido notarlo la pelirroja en persona al ver la alianza en el dedo anular de Oksana. Yulia levantó la mirada hacia ella y expuso una mueca. Lena no sabía cuál debía ser su expresión, quizá una sorprendida, o incluso enfadada, o tal vez una mezcla de ambas, pero la mirada de indiferencia que le dedicó Masha sí que la dejó notar cómo su ceño se fruncía y automáticamente sus brazos se cruzaban sobre el pecho. Afortunadamente no había nadie más en la sala de espera aquella tarde del viernes, por lo que la guerra silenciosa y fría que se estaba llevando a cabo en la mente de las tres mujeres pasó desapercibida; y digo de las tres porque Yulia era una espectadora silenciosa y solo pensaba en el tiempo que tardaría en dar unos pasos hacia atrás y encerrarse en su consulta.   
No, no le había dicho a su pelirroja que estaba tratando a Masha para que se hiciese la fecundación in vitro (por supuesto, constando como “madre soltera” en el papeleo), y era lo mejor. ¿Para qué propiciar una pelea con su novia cuando llevaban casi un mes sin discutir? Todo había vuelto a su tierna e idílica normalidad en cuanto el juicio terminó, y no quería acabar con la paz y la tranquilidad que reinaba en su relación con Lena. Pero ahora todo se había descubierto. Yulia optó por la misma estrategia que siempre usaba cuando se encontraba en un aprieto de cualquier tipo: ponerse su máscara profesional y fingir que no pasa nada.  
  
- Doctora Katina, ¿necesita algo? – preguntó con toda la serenidad del mundo mientras veía como en la mirada de su novia se formaba ese sentimiento de infinito desprecio que le dedicaba muy pocas veces cuando metía la pata hasta el fondo.  
  
De repente, Lena se relajó. No sabía qué le daba más miedo, si su novia cabreada o su novia sospechosamente relajada.  
  
- En realidad venía a preguntarle si estaba ya lista para irse, pero veo que está ocupada – explicó, la miró un par de segundos a los ojos con cara de “esta noche abrazas a la almohada”, e hizo intención de irse.  
- ¡Espere! – dijo Yulia elevando la voz más de lo que pretendía.  
  
Masha y su esposa se miraron en cierto modo divertidas y bastante confusas, no por la escenita que estaban mostrando ambas novias, sino por el cambio tan notable que apreciaban en Lena. En otra época, sabía Masha de muy buena tinta, Lena habría puesto el grito en el cielo montando un espectáculo mayor al del Circo del Sol en plena clínica. Además, ninguna había visto a la pelirroja trabajar en su vida, portarse como una profesional, y mucho menos enfrentarse a su queridísima “Familia Real” en un juicio, nada más y nada menos. Era más, si habían elegido a la doctora Volkova para que llevase su embarazo no era solo porque fuese la mejor y lesbiana, sino también por la curiosidad de saber qué tal le iban las cosas a las muchachas. A esas alturas Masha ya no le guardaba rencor alguno a Lena, y aunque Oksana nunca se iba a llevar bien con la muchacha, no le deseaba demasiados males.  
La pelirroja se dio la vuelta, levantó una ceja y se acercó un poco a las tres mujeres. Agarró una de las carpetas que llevaba Yulia con los labios fruncidos y sin mediar palabra lo ojeó hasta llegar a una parte muy interesante. Cerró la carpeta, se la entregó a Yulia con el mismo silencio y ante la sorpresa de todas abrazó a Masha con cuidado.  
  
- Felicidades, futura mamá – murmuró en su oído y le dedicó una amplia sonrisa.  
- Gra-gracias – balbuceó la muchacha y soltó una lágrima, emocionada por el gesto y en parte también por el desequilibrio hormonal que estaba comenzando en ella.  
  
Cuando se separaron le echó un leve vistazo indiferente a Oksana y le hizo un gesto con la cabeza a Yulia para que fuesen a hablar dentro de la consulta. La doctora se despidió del matrimonio, recibiendo sus palabras de ánimo ante lo que se avecinaba, tomó aire y entró en su consulta. Lena estaba sentada en la camilla con un aire relajado que Yulia interpretaba como la calma antes de la tempestad. Cerró la puerta tras de sí y se acercó a su novia, que lentamente dirigió la mirada hacia ella. Le indicó que se acercase un poco más y la morena obedeció. Llegó hasta su lado y entonces fue cuando la pelirroja posó sus brazos encima de sus hombros y comenzó a besarla dulcemente para después ir subiendo la intensidad dando paso a su lengua. Yulia estaba feliz y sorprendida por la nueva actitud de su novia, y respondía con avidez a los besos que le daba comenzando a caldearse. Pasó las manos por las caderas de su novia, y cuando estaba a punto de levantarle la camisa, ésta se separó. La doctora suspiró profundamente y observó los ojos verdigrises de Lena.  
  
- No vuelvas a callarte las cosas, no me gusta, quiero que seas sincera conmigo – murmuró la pelirroja y apoyó la barbilla en el hombro de su novia.  
- Lo siento, quería evitar una pelea – se excusó.  
- No me iba a enfadar contigo, es tu trabajo – respondió Lena -. ¿Qué ibas a decirles? “No, no os atiendo porque no le caéis bien a mi novia”, no es profesional, y si lo hicieses sí que me enfadaría.  
- ¡Wau! – exclamó sin alzar demasiado la voz y Lena se separó sin comprender su reacción -. Es increíble cuánto has madurado, Elena – sonrió y la pelirroja le devolvió el gesto.  
- Tú también has cambiado mucho en estos meses, lobita – ahora era Yulia la que no comprendía lo que decía la otra. Lena sonrió con malicia -. Estabas levantándome la camisa, en tu consulta, preciosa.  
  
La morena soltó una risotada y acarició la mejilla de su novia para luego depositar un dulce beso en aquel lugar. Poco a poco fue bajando hasta el cuello, acariciando con la punta de la nariz la línea de la mandíbula de Lena.  
  
- Bueno, podríamos terminar lo empezado – susurró Yulia mientras devolvía las manos a las caderas de la pelirroja.  
  
Lena soltó el aire contenido lentamente, asintió y buscó los labios de la morena con los suyos hasta encontrarlos. Rodeó el cuello de Yulia con los brazos mientras esta comenzaba de nuevo a levantar su camisa y a acariciar su abdomen con la yema de los dedos.  
  
- Disculpe, doctora Volk…¡Ah! – exclamó una mujer que pasaba a la consulta sin tener la decencia de llamar a la puerta.  
  
Las muchachas dieron un bote y se separaron instantáneamente, pero solo llegaron para ver a una mujer andando con paso acelerado por el pasillo. Se miraron la una a la otra, quizá era el momento de volver a casa.  
  
  
**\*\*\***  
  
Aquel fue un instante que ambas mujeres recordarían por siempre. Esa imagen grabada en la retina de la morena: Lena llegando aceleradamente por el pasillo de la clínica acompañada de Anya, ambas con el ceño fruncido y cerrando la puerta de la consulta tras de sí, y un hombre trajeado con sonrisa de hiena entregándole un amplio sobre de tamaño A3. No pesaba, o eso pensó la morena con rostro inerte al principio, pero después fue la mayor carga que nadie hubiese podido echarle a los hombros.  
  
- ¿Qué haces tú aquí? – preguntó la pelirroja con enfado cuando por fin llegó al lado de su amada.  
  
Se puso delante de ella, como protegiéndola del hombre tan bien vestido. Lena sabía que algo estaba muy mal, pero no podía ni imaginar cómo cambiarían sus vidas a partir de aquel instante. Observó a la morena de reojo. Anya estaba a su lado, y ambas, con gesto inexpresivo, se disponían a abrir el sobre.  
  
- Lamento… o más bien no – rió aquel hombre con barba incipiente y sonrisa burlona – decirte que ésta no es una visita de cortesía.  
  
La pelirroja no entendía nada mientras ambas mujeres leían a sus espaldas el contenido del sobre. Lena pudo percibir el sonido del papel arrugándose cuando la morena apretó el puño en un gesto de frustración.  
  
- Me han demandado – oyó murmurar incrédulamente a su novia.  
- En efecto – el hombre dio un paso hacia adelante y se ajustó la corbata gris y roja -. Doctora Yulia Volkova, vengo a presentarle la demanda por daños morales que ha presentado mi cliente contra su persona.  
- ¿Qué estupidez es esa? – saltó Lena que pronto rodeó a su novia por la cintura para reconfortarla y escudriñó el papel.  
- Vaya, vaya… tenía mis dudas – el hombre frunció los labios y miró con gesto sombrío a la pelirroja -. Si dejases de cambiar de pareja como de camiseta dejarías de provocar tantos problemas, Lenita.   
  
La aludida apretó los dientes, pero sabía que era mejor en esos casos guardar la compostura y mostrar indiferencia. Simplemente estaba frustrado, enfadado con ella. Era un rencoroso, y lo sabía, sí, lo sabía desde hacía mucho tiempo. Era como ella había sido, pero de un modo mucho más retorcido. Y lo que peor le sentaba es qu een cierto modo aquel hombre tenía razón: ella lo había fastidiado todo.  
  
- ¿La bollera psicóloga ya te dio la patada? - se jactó volviendo a cambiar su expresión al observar la furia enmascarada de temple que poco a poco se iba mostrando en la pelirroja.  
- ¡Ya vale! – espetó Yulia -. Una cosa es que venga a hacer su trabajo y otra que insulte a estas señoritas, ¿quién se cree que es?  
- Yulia… - Lena dudó un momento. Era mejor decir la verdad, al fin y al cabo todo se sabría antes o después -. Es Andrei Sokolov, mi ex marido.

**Capítulo 17: El de que es el principio del fin.**  
  
  
La visita de Andrei no había sido ni mucho menos mera cortesía, y vino con una oleada de emociones que arrasaba todo a su paso. Yulia había pasado toda la semana molesta. No solo molesta, también muy asustada. Ella, la doctora Yulia Olegovna Volkova, se enfrentaba por primera vez en su vida a una demanda por daños morales, impuesta por una paciente que se sentía “violada” por haber sido tratada por una mujer lesbiana. Y para más inri el ex marido de su novia, un trajeado e irritante individuo, era el abogado de la susodicha mujer. Si aquel primer día Yulia pensaba que nada podía ir peor, averiguar a final de semana que Lena había quedado para cenar con Andrei a sus espaldas no había puesto las cosas nada mejor.  
Se había enterado la mañana anterior. Cierto era que la noche de antes se había quedado dormida temprano, antes de que Lena se marchase, pero cuando la pelirroja volvió un par de horas pasada la media noche, tropezó con algo que había en el suelo y dio un portazo provocando que la doctora saliese de su ensueño. Fue el inicio del caos. Primero una adormecida Yulia preguntó de dónde venía sin abrir los ojos para detallar el exuberante vestido verdoso de su novia, y Lena le respondió que había salido a cenar, pero no le dijo con quién y la ginecóloga estaba demasiado cansada para preguntar. Después, al levantarse esa mañana, todo había sido normal; Lena se había levantado a hacer tortitas para intentar animarla, y cuando Yulia se levantó, más tarde que de costumbre, se sintió algo culpable por no poder mostrarle buena cara a aquella mujer a la que adoraba y que estaba poniendo todo su esfuerzo en intentar reconfortarla en aquellos momentos tan duros para ella. Sus padres la habían llamado, como cada día desde que se admitió el caso por negligencia. La verdad es que Yulia no tenía muchas ganas de hablar con ellos, pero ¿qué más podía hacer? Algo más tarde, Lena salió a comprar algo de comida para hacer el plato favorito de Yulia, y fue entonces cuando tocaron el timbre. Sí, era Andrei Sokolov que, oportuna y casualmente, venía atraer un pañuelo que Lena había dejado olvidado en su hotel la noche anterior. Yulia cogió la prenda y le cerró la puerta en las narices sintiendo no haberle golpeado con ella hasta reventarle la cabeza. No soportaba ver esa sonrisa de hiena.  
  
Durante un par de horas se mantuvo sentada en el sofá con la mirada ausente y acariciando lentamente le pañuelo de seda beige. Su mente era un bullir de pensamientos que iban desde los más pesimistas (“Lena se ha acostado con ese hijo de…”) hasta los… no, realmente solo los más pesimistas. Cuando la pelirroja volvió, la pelea dio comienzo. A penas hubo puesto un pie en la casa supo que las cosas no iban a ir bien. Dejó las bolsas encima de la encimera y colocó la compra intentando entablar una conversación animada, pero Yulia solo podía apretar los dientes intentando mantener la compostura. Pero habían sido demasiadas emociones en muy poco tiempo. En apenas una semana todos sus años de esfuerzo y dedicación parecían derrumbarse, y todo por culpa de la maldita paciente anónima y su abogado, el mismo que era el ex marido de Lena. ¿Esto significaría que la pelirroja seguía sintiendo cosas por él? Al principio Yulia sabía que era completamente imposible, después tuvo alguna duda, creyó que no y terminó por intentar convencerse a sí misma. Ya no estaba segura de nada, y aquel gesto que consideró como “traición” solo la confundía y la enfadaba más.  
  
Se levantó del sofá con el pañuelo en la mano, fue hasta la cocina colocándose justo enfrente de Lena, con la encimera de por medio y dejó cuidadosamente el pañuelo encima. Lena reconocía esa mirada fría y ese semblante en apariencia tranquilo, y supo que las cosas estaban muy mal.  
  
- Sokolov te lo ha traído esta mañana, dice que te lo dejaste en su hotel – comentó con la voz levemente apagada y sin dejar de atravesarla con su mirada -. Deberías agradecérselo… o quizás ya lo has hecho.  
  
Lena sintió esas palabras como patadas en el estómago, pinchazos en su corazón. Era perfectamente normal que su novia se enfadase, era perfectamente normal que tergiversase los hechos y que Andrei se divirtiese con ello. Ya lo previó cuando decidió mantener la salida en secreto.  
  
- Yulia, mi amor – comenzó a decir despacio y le dio la vuelta a la encimera para eliminar la separación entre ellas. A continuación la cogió de las manos aunque la morena intentase desasirse -. Escúchame bien, ¿de acuerdo? No ha pasado NADA, absolutamente NADA, ente Andrei y yo, ¿vale?  
- Nada, ¿eh? – Yulia bufó e intentó una vez más sin éxito soltarse de la pelirroja. ¿Cuándo se había vuelto tan fuerte aquella muchacha rica e infantil? Apretó los dientes y suspiró, Lena siempre lograba tranquilizarla pasase lo que pasase -. Entonces, ¿me puedes explicar por qué tenía ese… individuo tu pañuelo?  
- Fui a cenar con él – respondió simplemente, cerrándose en banda.  
- Eso lo suponía, ¿por qué?  
- Teníamos cosas de las que hablar, no le había visto en más de dos años – respondió secamente y esa vez fue ella la que intentó desasirse de Yulia.  
- Eso me suena a escusa – se quejó la morena con el enfado de nuevo en aumento.  
- No te pongo escusas, Yulia – apartó la mirada y fue hacia el cómodo sofá.  
  
Lena encendió la televisión y comenzó a ver las noticias. Caos en todo el mundo, y las propias injusticias en el suyo. Decían que un muchacho homosexual había muerto al ser torturado por una banda de neonazis. Quedarían impunes. La pelirroja sintió una náusea al pensarlo, apagó la tele y se recostó en el asiento. Yulia avanzó hacia ella y la miró con el ceño fruncido.  
  
- Lena, quiero una respuesta sincera – insistió Yulia con el puño cerrado.   
  
Comprendía el enfado de su novia, pero ¿qué podía hacer? Si le decía la verdad Yulia terminaría derrumbándose, le quitaría toda esperanza. Pero si no se lo decía su relación se hundiría por los secretos. Quizá había sido una mala idea ocultarlo. Quizá y solo quizá. Lena se incorporó y la miró directamente a los ojos, preparada para destrozar a la morena.  
  
- Yulia… - la pelirroja tragó saliva y una lágrima bajó lentamente por su mejilla.  
  
  
**\*\*\***  
  
  
- ¡Vergonzoso! - no dejaba de gritar una embarazadísima Anya mientras saciaba su antojo de alitas de pollo -. Me daría incluso más naúseas de las que ya tengo si este pollo no estuviese tan rico - arrancó la carne del hueso con un solo bocado y lo tiró al rebosante cuenco de desperdicios.  
- Tranquila, cariño, el estrés no es bueno para el bebé - intentaba tranquilizarla inútilmente su marido -. Ya quedó hablado la otra noche, la clínica no sufrirá ni siquiera por mala publicidad.  
- ¿Y crees que eso lo hace mejor? - de no haber tenido los pies tan hinchados y el cubo grande de pollo encima se habría levantado indignada -. Es nuestra cuñada, Vova, es nuestra cuñada, y mi ginecóloga, la que ha estado ocho meses cuidando de NUESTRO BEBÉ.  
- Lo sé, lo sé, pero ¿qué podemos hacer?  
  
Pereció que Anya se desinflaba de repente. Nada, no podían hacer nada. Yulia perdería su licencia tras el juicio, así eran las leyes de Rusia, y así se lo había dejado de claro Andrei a Lena la otra noche. Su hermana debía estar destrozada, pero ¿qué podían hacer? Dudaba que el jurado ni siquiera les escuchase. El juicio estaba perdido antes de empezarlo. Anna dejó el cubo con alitas de pollo encima de la mesa, se limpió bien las manos e hizo la intención de levantarse cuando sintió algo líquido bajando con sus piernas. "Mie.rda, el sofá" fue lo primero que pasó por su cabeza al ver el asiento de cuero empapado.  
  
- Vlad - llamó la atención de su marido, quien con ceño fruncido se pasaba las manos por la cara -. He roto aguas.

**Capítulo 18: Not gonna get us**  
  
Las chicas llegaron velozmente al hospital. Atravesaron los pasillos como si se encontrasen en medio de una carrera y, al fin, divisaron a Vladimir. Yulia fue a hablar con las enfermeras mientras que Lena abrazaba a su cuñado.  
- ¿Cómo está?  
- Las contracciones son cada vez más frecuentes, pero algo no va bien – respondió Vlad agobiado y aflojó el nudo de su corbata.  
- Está dilatando muy poco – les informó Yulia mientras se despojaba del grueso abrigo que traía -. Si en unas horas no ha dilatado lo suficiente tendrán que realizar una cesárea.  
Vlad se echó las manos a la cabeza, visiblemente preocupado.  
- Voy a ver como está, las enfermeras han dicho que no haya mucha gente a la vez, así que cuando salga podréis pasar- dijo el hombre.  
  
Lena se dejó caer en una de las sillas de la sala de espera y Vlad pasó primero a la habitación de Anya. La morena tomó asiento a su lado sin mirarla, sacó el móvil y comenzó a mirar carpetas e imágenes distraídamente, sin buscar nada en concreto.  
  
- ¿Ahora tampoco me hablas? – preguntó la pelirroja fatigada.  
  
No obtuvo respuesta de Yulia.  
  
- No tenía más elección – intentó explicar cada vez más superada por las circunstancias -. No quería dinero, no quería acciones… ¡Por Dios!, si hasta le ofrecí mi parte de la clínica.  
  
La ginecóloga miró sorprendida a su novia durante unos instantes para luego fruncir los labios. No era excusa, se lo había ocultado, había planeado seguir ocultándoselo. Pero la pelirroja había ofrecido aquello por lo que tanto había trabajado, aquello que tanto significaba para ella.  
  
- Debiste decírmelo, al fin y al cabo soy yo la que tiene que irse – bufó la morena.  
  
Así era. La condición que Andrei había puesto (o más bien impuesto) para retirar los cambios era que la morena abandonase el país. Estaba celoso, eso era más que evidente. Aunque también era posible que solo quisiese destruir la felicidad de su ex mujer. ¿Qué por qué Lena había aceptado semejante condición? Lo cierto era que la muchacha estaba siendo práctica. La denuncia pública en contra de la homosexualidad de su novia la convertía en un blanco muy fácil para… realmente para el 95% de Rusia. Neonazis, homófobos, ortodoxos… y gente que cumplía todas esas cualidades sabrían donde encontrar a alguien para desquitarse, para sacar ese odio irracional que fabricaba su retrógrada y envenenada mente. No podría soportar que le pasase algo a su novia, no era así como quería que viviese la morena, y no era así como quería vivir ella tampoco.  
  
- Pero, doctora Volkova, no es usted sola la que se va – acarició disimuladamente la mejilla de la morena -. ¿O es que me piensa dejar aquí?  
  
Yulia miró a su novia con los ojos brillantes. Tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para sustituir el beso que deseaba darle por una leve caricia en la mano. ¡Qué demonios!, pensó. Cuando iba a abrazar a la pelirroja, un grupo de enfermeras atravesó corriendo el pasillo y entró en la habitación de Anna.  
  
- ¡Anya! - gritó Lena y se levantó de un salto.  
  
  
  
**Epílogo**  
  
Cinco años después, en Los Angeles, una tranquila pelirroja espera pacientemente a que el reloj de las cuatro en punto mientras se deleita con una gran taza de Mocca Blanco. Desde luego, en los Starbucks hacían el mejor café del mundo, estaba segura de que eran las cafeterías de los dioses. Le hubiese gustado pedirse un muffin, pero debía guardar la línea, no podía relajar su dieta a pesar de ser, otra vez, una mujer casada. Observó la alianza presente en su dedo con una inmensa sonrisa y comenzó a darle vueltas para volver a mirar el reloj. Faltaba solo un minuto.   
Dio un pequeño sorbo al delicioso café cerrando los ojos para apreciar con más precisión su sobrenatural sabor. Sí, eran muy, pero que muy caros, pero estaban tan buenos...  
  
- Señorita Katina - oyó pronunciar a alguien con una voz que le erizó el vello.  
  
Ahí estaba de nuevo, aquella mujer de tez dorada y larga melena negra mirándola con aquellos ojos azules que la atrapaban hasta hacerla parecer estúpida. La mujer se sentó enfrente de ella y pidió un frappuccino de chocolate. Ella no tenía que guardar tanto la línea, tenía un metabolismo irritablemente acelerado. Miró conteniendo una mueca la brillante alianza que portaba Yulia en su dedo. Sí, ambas eran mujeres casadas.  
  
- Doctora Volkova - respondió a su saludo con la misma expresión neutral que le dedicaba la morena -. Debería recordar que mi apellido ya no es "Katina".  
- Lo siento, es la vieja costumbre - respondió sin cambiar de gesto hasta que, al dar un sorbo a su bebida, esbozó una amplia sonrisa inquisitiva -. Aún me pregunto cómo aceptó cambiarse el apellido de su familia.  
- Mi hermana ya mantuvo el suyo, y, además, la persona por quien lo hice lo valía… y lo vale, por supuesto - se limitó a responder.  
  
Lena se inclinó sobre la mesa con los ojos entrecerrados mirando inquisitivamente a la morena, que frunció el ceño ante semejante escrutinio. Hacía tiempo que no se veían, daba la sensación que más de cien años, aunque no hubiese sido tanto ni de lejos.  
  
- Si me permite, tengo una pregunta para usted, doctora Volkova.  
- Pregunte - respondió adoptando una posición de seriedad.  
  
Ambas se miraron intensamente durante unos segundos hasta que la pelirroja decidió darle otro trago más a su café, que se estaba empezando a enfriar de más. Cuando volvió a mirarla, su expresión había cambiado levemente, como si hubiese surgido una chispa en su mirada, y esbozó una amplia sonrisa.  
  
- ¿Tenemos que hacer el payaso cada vez que vuelvas de una conferencia? - preguntó y su esposa le plantó un intenso beso.  
- Eres tú la que me sigue el juego - respondió y le dio un buen sorbo a su frappuccino -. Además, cuando tú te vas a dar tus charlas también vienes con ganas de guasa.  
- Pero mi interpretación está al nivel de una estrella de Hollywood - sonrió bebiendo el último y delicioso sorbo de café.  
  
Yulia rió, a su esposa se le había quedado un bigote blanco de espuma. Se volvió a acercar a ella, le dio un corto beso y estuvieron abrazadas unos minutos.  
  
- Tengo unas sorpresitas de bienvenida - susurró a su oído la pelirroja.  
- ¿Ah, sí? - preguntó con tono de picardía y recibió una pequeña palmada en la espalda.  
- Esa no es tu sorpresa, pero ya hablaremos de ello esta noche - sonrió con malicia y dejó unos cuantos billetes encima de la mesa.  
  
La morena cogió con una mano su frappuccino y se dejó arrastrar hasta el exterior de la cafetería, en el área de "Llegadas" del aeropuerto. Una sonrisa enorme se dibujó en su cara cuando vio a Dima y a Grisha sujetando una pancarta en la que ponía "Bienvenida", y, debajo de ellos, un niño rubio y una niña también rubia pero algo mayor sujetaban otra en al que ponía "Mamá". La doctora corrió a abrazar a sus hijos Samir y Victorika, y Lena pronto se les unió.   
  
- ¡Mami, me aplastas! - dijo Vika provocando la risa de todos.  
  
Lena cogió en brazos al pequeño Samir mientras Yulia le daba la mano a Vicka. A penas un año después de que saliesen de Moscú, y habiéndose establecido en Los Angeles, sus dos mejores amigos, Dimitri y Grigory, habían decidido optar por conseguir su libertad y huir también a EEUU, donde, al igual que ellas, se habían casado aprovechando que el matrimonio homosexual era por fin legal. Compraron una casa al lado de las chicas y les hacían de canguros de vez en cuando de los "dos mocosos", como ellos los llamaban. Desde luego, les había costado varias discusiones, pero años atrás habían decidido que Yulia sería la que se quedaría primero embarazada, naciendo nueve meses después por inseminación artificial Victorika. Cuando quisieron ir a por el segundo, Lena tuvo que resignarse y "engordar" ella, dando a luz más tarde al pequeño Samir. Aunque ninguna se atrevía a volver a Rusia, cada Navidad sus familias iban a visitarlas. Por un lado, Oleg y Larissa, que por fin conocieron a aquella pelirroja que le había robado el corazón a su hija; y por otro lado, Anna, Vladimir, Svetlana y el pequeño Serguei, que era idéntico a su madre. Sí, la hora de las despedidas eran tristes, pues ni ellas podían volver ni sus familias dejarlo todo, pero el maravilloso Internet les permitía hablar viéndose las caras todo lo que quisiesen.  
<http://www.tatufics.com.ve/viewforum.php?f=16>  
- Cariño - llamó su atención la morena sacando a Lena de su ensimismamiento -. ¿Nos vamos a casa?  
  
Ambas mujeres entrelazaron sus dedos y toda la familia se perdió entre el bullicio del aeropuerto.